

El Grupo de los Diecinueve Jóvenes y la Primer Puerta

EDICIÓN FINAL

Online en la web del autor:

www.estudiargratis.net

Junto a muchos otros contenidos

Dirección alternativa:

www.estudiargratis.com.ar

*Dedicada a: Jazmín Cinacchi y Rocio Cinacchi,
con quienes más he disfrutado leerla.*

Por
Javier R. Cinacchi

Buenos Aires, Argentina.

Autor: Javier Ruben Cinacchi

Cuarta edición (La edición final).

 *Javier Ruben Cinacchi 2007-2013*

Algunos derechos reservados

3.0 License de Creative Commons

Atribución-SinDerivadas

Atribución - Sin Obras Derivadas

Información sobre permisos. Siendo el autor de esta obra literaria deo constancia que puede: Realizarse copias de la misma, únicamente sin variar nada de su contenido. No puede alterar, transformar, quitar partes, o generar una obra derivada a partir de esta obra -no puede por ejemplo sacar el link a la web del autor-. Debe reconocer los créditos de esta obra de forma clara indicando el nombre del autor (Javier R. Cinacchi) en cada página, pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo por el uso que hace de la misma. Con relación a este ejemplar puede comercializarlo -no está obligado en este caso a abonar derechos de autor-, pero debe incluir también esta información sobre permisos.

Índice

	Prólogo: Edición Final	7
I	El Primer Encuentro	9
II	Nace un Pequeño Grupo	23
III	El Joven Número Veinte	36
IV	La Reunión de los Veinte Jóvenes	52
V	Acontecimientos Extraños	71
VI	Un Lugar Desconocido	85
VII	La Primer Batalla	94
VIII	El Viaje al Castillo Oculto	110
IX	En Busca del Castillo	122
X	La Primer Puerta	135
XI	Un mundo distinto	145
XII	Historias de guardianes	157
XIII	De Regreso	171

Prólogo

a

LA EDICIÓN FINAL

Pasaron los años de haber escrito la primera edición de esta novela. Me quedé con ganas de haber indicado algunos detalles extra, que si bien a la mayoría los dejé mostrar desde el principio, no los redacté o amplié lo suficiente. También mejorar detalles en la expresión. Pasaron ediciones menores, y ahora la amplio.

Asimismo ya sin poder contener el escritor que llevo en mí, prefiero permitir que aquel que quiera reproduzca esta novela sin abonarme derechos de autor en lo económico, a que quede en olvido los mundos y puertas que abre a ellos. Cambio por tal motivo la licencia en este libro puntual, y sin variar, dejo que descargue gratis el ebook, lo lea online si lo desea en mi web, y hasta incluso lo puedan reproducir editoriales para acercarle esta obra en papel, en su país.

Sigo trabajando, lo mejoro aún más esta vez, una vez final a esta obra literaria, para luego seguir con su continuación, que quedó durante un tiempo estática en la espera de ser terminada la segunda parte de la saga.

La historia no varía, pero sí su calidad, al volcarle muchas más horas de trabajo a la misma. También su tamaño, le añado extensiones narrativas que ayudan a comprender ideas y disfrutar más sumergiendo al lector en el relato.

Algunas frases, o incluso lograr una narración puntual de un pequeño párrafo pueden llevar horas de trabajo extra en algunos casos.

Javier R. Cinacchi

Por tal motivo también le comento, le invito a que lea mis distintas publicaciones en www.estudiargratis.net o lo que es lo mismo www.estudiargratis.com.ar Sitio web en el cual trabajo -mientras sea mío, lo cual espero sea así durante muchos años-, y al acceder allí cada visitante, me permite seguir escribiendo. Así podemos disfrutar juntos del universo literario y variados contenidos.

Está colaborando conmigo al leerme allí. Muchas gracias por su comprensión y ayuda. Lo invito a disfrutar de mi trabajo.

Tomando el saludo de Sueñosreales, uno de los personajes de esta novela paso a relatar la historia.

Éxitos y buenos caminos por siempre.

Javier R. Cinacchi

1

EL PRIMER ENCUENTRO

Era martes 11 de diciembre, casi la una de la mañana, en Buenos Aires, Argentina, del año 2007. Cuando cruzaron palabras por primera vez, las dos señoritas que comenzarían con El Grupo de los Diecinueve Jóvenes, grupo del cual oiría el mundo entero.

Carla Florentina Miriani, de veintidós años de edad, pasea por la capital del país, sola, en busca de algo distinto. Pensaba ir al cine, a una función especial; pero cambia de idea luego de ver gran cantidad de gente aguardando con cara no muy contenta, la entrada demorada, de la última función de la noche.

Carla, mujer hermosa e inteligente, morocha, de voluptuoso cuerpo envidiado por muchas y deseado por muchos. Se detiene un momento, en la plaza central de la capital, a metros del Obelisco a observar una pareja de bailarines de tango. Algo un poco inusual por ser martes a tal hora.

En esa plaza, han pasado muchas cosas. Es una plazoleta llena de historia que ha sido reformada varias veces. Hubo allí una iglesia, y por primera vez se elevó allí la bandera argentina. Su nombre es La Plaza de la República. A veces es lugar de escenarios y manifestaciones, hay un alto monumento que se eleva en su centro: el Obelisco. Mucha gente transita por allí, mucho tráfico de vehículos a su alrededor; y a veces es el sitio elegido por

artistas y vendedores ambulantes. Suele ser un lugar de encuentros y referencia.

El tango no es extraño escucharlo de fondo en la ciudad de Buenos Aires. Una música nacional nacida por emigrantes en barrios de Uruguay y Argentina. Los argentinos llegaron a hacerla su música nacional, un símbolo; pero cada vez se opaca más tal música que brillaba, en un época en que muchas cosas eran distintas... no obstante perdura.

Allí Carla, deteniéndose para disfrutar, observa. A unos metros ve a otra chica aproximadamente de su edad, sentada sola, mirando la gente pasar. Le agrada su apariencia, sencilla y bien vestida. Se acerca a ella para estar en compañía. Hay considerable gente en la plaza.

—Disculpa ¿Puedo sentarme al lado tuyo para ver como bailan? —Le pregunta Carla señalando a los bailarines de tango.

—Sí, claro —le responde, apenas observando a quien le pregunta.

La noche posee una brisa suave y apacible, el cielo está despejado, el sonido de los vehículos y de la gente realizan en su conjunto reiterada sonora armonía de la ciudad porteña. Ésta se mezcla, en ese instante, en ese lugar; con tangos provenientes de un equipo de música gastado, que posee la pareja que baila ante la mirada de la gente en la plaza; y entre medio de aquellos que caminan sin ni siquiera dirigirles una mirada. Lo hacen, a cambio del merecido aplauso de aquellos que los observan y por el pequeño dinero que su ocasional público les brinda. Se nota que su artístico trabajo les apasiona.

Bailan hermosamente el tango. Efectúan ágilmente posturas, a veces sensuales, al ritmo de la música. Formando figuras, sus cuerpos se rosan, tocan, alejan o vuelven a su encuentro, de forma apresurada o lenta.

Parece no se dieran cuenta de la gente que los rodea. Fijan reiteradas veces la mirada mutuamente, como si ellas jugaran también a perderse y hallarse. Carla observa en silencio, a través de pocas personas interponiéndose con su pasar.

Finaliza una canción, comienza otra, y al terminar éstas, la pareja de bailarines quedan abrazados en una postura tanguera,

observándose fijamente a los ojos. Sin importar lo que ocurre a su alrededor, inmóviles casi como estatuas, perduran largo instante mientras en sus rostros emerge cálida sonrisa. Mónica Palmero Tinia, la mujer que está al lado de Carla, absorta en la escena, suspira profundamente.

Inmediatamente recuerda que está en compañía de una extraña, mira a Carla; a quien le llamó la atención tal suspiro, y se inclina alejando su cuerpo lo más que puede; le dirige una mirada, demostrándole como que le resultó gracioso su suspiro. Mónica, hablando rápidamente le explica el porqué.

—Iba a venir mi novio. En realidad, alguien que conocí en Internet, pero me ha dejado esperándolo. Me gustaba... Pero ya no viene —hace una pausa, y continúa mientras se levanta—. Por eso el suspiro... Me hubiera gustado mirarlo como la pareja de bailarines se miraban... Hablamos mucho de hacer cosas románticas y al final no llegó. Mejor me voy.

Carla dejando escapar el pensamiento que tenía. Agarrándole suavemente del brazo, le interrumpe la partida a Mónica. Le dice:

—Espera ¿Por qué no hacemos algo distinto?

Mónica, con cara de asombro; más incomodidad le responde no entendiéndolo.

—¿¡Hee...!?

—¡Estoy cansada de estos tontos! —dice Carla—. Te dejan sola esperando; aún después de intentar estar con una durante días o meses. Igual, si te encuentras con un chico, siempre terminas haciendo lo mismo. No sé... ir al baile... y luego a casa cansada, o ir a comer... o estar por ahí... A mi novio ya casi no lo veo. Hoy le dije a mi mamá, le diga, que me duele la panza y estoy dormida. ¡Viene todos los días a intentar verme! Y a veces se queda cayado mirando la televisión, sin prestarme atención, durante lo que me parecen horas...

Mónica sonríe, ya sin la mirada de asombro, y un poco interesada en la conversación que se ha dado entre ellas. No desea volver a su casa para acostarse a dormir, con la sensación de pena y fracaso del encuentro esperado y frustrado.

—Sí, ¿pero qué se podría hacer de distinto, que no sea nada

raro? ¿Y a esta hora?

—Conocer gente nueva —afirma Carla.

—¿Para qué? ¿Para terminar haciendo lo mismo? Siempre uno termina haciendo lo mismo. Además, después te dejan como tonta esperando... un novio, o amigos que no vienen. Aunque a veces se da y está bueno, pero últimamente me parecía este chico sólo quería una relación por Internet, y eso me da desconfianza, insistió un montón que el día de encontrarnos fuera hoy, y no vino. —Mónica suspira y se queda en silencio.

—Yo conozco a una linda pareja, que se casaron y se conocieron por Internet, hablaban horas cada día mediante Internet. Pero no siempre se da, y hay que tener cuidado con los mentirosos, si no se te dio por algo será. —Dice Carla, Mónica asiente y comenta.

—Sí es peligroso, pero por eso nos íbamos a ver en este lugar muy transitado. Y cada uno luego a su casa. Hace meses que hablamos.

—Qué tal si no perdemos el tiempo, busquemos a alguien que sea distinto, sin que sea un loco a ver si podemos formar un grupo de amigos para hacer cosas distintas. Y al principio sólo nos reunimos en grupo.

Carla y Mónica con expectativas, un poco contentas por emprender algo; aunque no sabían si su entusiasmo duraría tan sólo un breve intento. Comienzan a observar a su alrededor, para dar comienzo con acciones a una idea.

Carla, poco tímida, se dirige a un joven que vio se detuvo a tomar de la gaseosa que llevaba. El muchacho de unos 25 años, la mira como casi todo hombre, al ver una muy linda chica acercándosele. Deja dibujársele una pequeña sonrisa, al tiempo que parecería se le vuelven más brillosos los ojos y se queda estático mirándola. Carla, no buscando novio sino simplemente hacer algo distinto, ya se está arrepintiendo de dirigirse a tal muchacho, antes de haberle hablado.

Mónica se acerca para poder oír, Carla le dice a al muchacho:

—Estamos buscando con mi amiga, chicos y chicas para formar un grupo de amigos. Para no hacer siempre lo mismo, ni hacer algo malo; tan sólo una sana amistad y diversión, que sea

distinta a lo que generalmente se suele hacer, y divertirnos en grupo.

El joven va cambiando su sonrisa, por una cara seria dándose cuenta que Carla solo busca amigos, y para peor por lo que dice le será difícil invitarla a bailar o a comer estando ellos solos. Una mujer complicada. Al notar lo miran fijo a los ojos esperando una respuesta, responde.

—No gracias, no me interesa.

Al haber escuchado Mónica a Carla y la respuesta del joven. Sin perder el tiempo, por esas cosas extrañas que a veces ocurren, sintiéndose ya un poco amiga de Carla, comienza a buscar a alguien a quien hacerle semejante propuesta. Carla, comenzaba a poseer un tono sonrojado en sus mejillas, mientras se alejaba aquel joven a quien aún observa, preguntándose si era una tonta por tal escena. Mónica entonces se interpone al paso de otro chico, quien casi se tropieza con ella, y le realiza semejante pregunta, con parecido argumento.

Al hacer esto, el joven se queda como de piedra un instante, intentando comprender lo que pasaba ante singular proposición, proveniente de una desconocida y a tal hora. Responde a los segundos, mientras Carla se acerca.

—La verdad, me sorprende; pero como no tengo nada que perder me gustaría saber de qué se trata, y si es gratis. Mi nombre es Marcos ¿Y el de ustedes?

—Ella es Carla y yo Mónica. —Dice Mónica mirando a Carla, esperando que comience a hablar, por ser la de la idea.

—Somos los primeros integrantes del Grupo de los Veinte Jóvenes —comenta Carla, casi aprendiéndose de memoria lo que decía. —Buscamos divertirnos sanamente haciendo cosas distintas a lo común.

Marcos Cristian Lafordio, con quien habla Carla, es un joven de 24 años, flaco, de pelo medianamente largo, a quien le encanta leer y conocer gente. Viste una remera amarilla con pantalones de jeans ajustados, gastados, y un poco rotos. Sin mucho tiempo para pensar, les contesta con preguntas.

—Qué bueno... ¿Me cuentan cómo es todo esto? ¿No me van a robar no? ¿Me aceptan en su grupo sin conocerme? ¿Ha esta

hora, un martes, buscando gente para un grupo de amigos? ¿Veinte?

Ante estas preguntas seguidas de Marcos, Mónica y Carla ríen.

Carla a quien ya se le había ido la vergüenza del primer rechazo, comienza a estar contenta nuevamente. Responde muy convencida.

—Sí... sentémonos ahí, y te contamos. —Señala el lugar donde hace unos instantes se encontraban observando la pareja de tango, la cual continua bailando espléndidamente.

Marcos, por las dudas observa bien a su alrededor. No hay nada extraño. Entonces se dirige a sentarse con las que serían, piensa, tal vez sus nuevas amigas.

Mientras caminan, Mónica le pregunta con un tono burlón a Marcos dirigiéndole una mirada pícaro.

—¿Me viste cara de ladroncita? —sonríe y continúa—. Nosotras tendríamos que tener miedo.

En ese momento a Marcos, se le grabará por siempre la escena de la sonrisa de Mónica. Sus labios pintados, sus ojos brillantes, sus palabras, sus gestos... y los recordaría en sus momentos más difíciles.

Se sientan, y al hacerlo añade:

—Pero suponemos que eres bueno. No sé... Tenés cara de bueno, nos arriesgamos un poquito. ¿Qué estabas haciendo?

—La verdad, me quedé recorriendo librerías. De vez en cuando leo. No encontré el libro que quería ¡Y fui a todas! Una novela de fantasía...

—Recién comienza a formarse el grupo —interrumpe Carla para explicar—. La idea es... hoy sería bueno encontrar a alguno más, acordar una forma de comunicarnos y volvernos a ver. Así decidimos qué hacer, que sea distinto a lo que generalmente hacemos. Pero nada de cosas como sexo, ir a romper algo, tirarnos al río o... no sé... nada de hacer algo incorrecto. Ni tampoco de esas cosas que se hacen siempre; como ir al cine, o a bailar, a comer a un lugar común, o tan sólo charlar mientras se escucha música.

—Aunque primero —interrumpiendo dice Mónica seriamente

—. Antes de hacer algo un tanto distinto, tenemos que conocernos un poco, para... Fuera de broma... Tenernos confianza, y saber no hay ningún mal intencionado.

—Sí, me parece excelente —responde Marcos—. Pero... ¿Qué puede ser, hacer algo distinto? ¿Reunirnos en un castillo a bailar la danza de la lluvia?

Se ríen, y luego pregunta un poco más seriamente Marcos.

—¿Hacer algo así, como ir a un castillo?

A Marcos, siempre le interesó el tema de los castillos, los caballeros, y todo lo relacionado con esa época. Se queda en silencio luego de esta pregunta, pronunciada sin pensar. Aunque en realidad siempre quiso realizar una visita a un castillo. Mónica mirándolo con sus grandes ojos de color castaño claro, mientras el viento parece acariciar su liso, negro y largo cabello, le comenta.

—A mi no me molestaría ir a pasear a un castillo, de hecho sería interesante... siempre que hagamos algo divertido, y no estar todo el tiempo paseando. Pero creo, antes deberíamos conocernos un poco, como dijo Carla. De hecho, ya estamos haciendo algo distinto ahora, un grupo no comienza generalmente así de espontáneo. En realidad, esta idea comenzó hace unos minutos —mira a Carla y añade—. Idea de Carla, por cierto.

Al decir esto, Marcos ya con un entusiasmo notorio; principalmente porqué no le rechazaron su idea de ir a un castillo. Comenta.

—¡Me parece excelente! ¿Puedo hacer entrar a otro extraño al grupo?

—Sí, claro —contesta Mónica y añade mirando a Carla—. ¿No?

—Sí, obvio —responde Carla contenta.

Los tres comienzan a mirar a su alrededor a la gente que camina. No mucha, debían seleccionar a alguien rápido o sería un grupo muy pequeño, hasta para un comienzo. Es muy difícil encontrar a gente que quiera tener una actividad en grupo, que demande tiempo aunque sea para divertirse; más esfuerzo en coordinar, y demás detalles. Y un grupo grande ¡veinte personas! Para peor para hacer cosas fuera de lo común. Todo un reto.

—...Debería ser alguien que camine solo —murmuraba parándose Marcos, añade—. Así no se me rien en la cara o me miran como a un loco... Que no camine muy rápido, así no parece que lo estoy corriendo por toda la plaza... Ese no... Esa chica... Mejor selecciono un varón, porque va a pensar que quiero salir con ella...

Carla y Mónica, sentadas, lo miran sonrientes.

Marcos se queda en silencio, avanza un poco más a donde transita la gente. Le llama la atención un joven, que se dio cuenta, lo estaba observando de lejos. Su pelo es de un rubio casi blanco. Viste campera de cuero negra sobre una remera negra con algún dibujo; tiene una barba de unos días. Además parece ser alguien que practica mucho ejercicio, de contextura física robusta. Lo observaba, está con los brazos cruzados, como esperando algo.

—Espero no sea conocido de las chicas... —murmura Marcos, sin ser oído por ellas— Ni se me acerque....

Observa a otro joven acercársele para pasar por su lado, carga con un pequeño paquete. No se ve nada extraño. También de aproximadamente su edad, estatura media y contextura robusta. Tiene puesta una remera de un grupo musical nacional de rock que le agrada. Marcos, les dirige una rápida mirada a las chicas, las cuales hablan entre ellas sin apartarle la mirada a él. Le dice al que venía:

—Hola, discúlpame te moleste.

—Sí, ¿Qué necesita?

—Si... En realidad, nada... Es que...

Lo mira serio y Marcos dándose cuenta está un poco nervioso, se pone aún más nervioso, al darse cuenta no pensó bien como expresarse. Siente se le acelera un poco el corazón de los nervios por temor a quedar como un tonto siendo rechazado. Esto, acrecentado por la mirada de Carla y Mónica fijadas en él...

—Olvídalo, no has ganado tu lugar —le dice Marcos.

—Pero... ¿De qué habla? —le responde a Marcos quien estaba dando media vuelta para alejarse. Viendo la oportunidad retorna al intento.

—Del Grupo de los Veinte Jóvenes. Faltan integrantes y se me ocurrió decirte, por casualidad, para que participes. Pero creo, me equivoqué. No me parece esté interesado...

—¿Grupo para...?

—Buscamos divertirnos haciendo cosas distintas. Que nos saquen de la rutina. Pero sin que estas sean raras o insanas, y siendo buenos amigos. Algo así...

Se queda este posible nuevo integrante, pensando si dice “sí”, o “no”. Comprende en un instante, puede esa respuesta, tal vez afectar a su vida ¿Quién sabe? Conocer cosas distintas le resulta interesante. Por otro lado piensa si no será quien le hablaba de una secta o algo extraño... o tal vez se había ganado algo... Decide en esos pocos segundos por curiosidad su respuesta.

—Sí, me interesa. Mi nombre es Juan...

Marcos mira a las chicas, grita llamando la atención a más de uno.

—¡Acá hay otro, aceptó!

Marcos y Juan se acercan a donde están ellas. Éste último se presenta. Juan da la impresión de ser una persona seria.

—Hola, mi nombre es Juan.

—Yo soy Carla, y ella Mónica. —Dice Carla.

Carla le cuenta la idea, mientras Marcos observa fijamente al extraño que no los dejaba de mirar. Se da cuenta, hay dos policías en la esquina de enfrente, y piensa si no estará aguardando a que se separen alejándose los nuevos amigos, para así seguir a alguien. O que se retiren los policías.

Marcos interrumpe entonces a Juan, el cual un poco asombrado iba a contestar nuevamente que quería ser parte del grupo. Señala a aquel extraño que los mira. Nadie lo conoce. Al mirarlo los cuatro, dirigiendo su mirada al suelo, comienza a alejarse. Marcos comenta, aprovechando para notar la reacción de los otros.

—¡Hay cada loco suelto!

Nadie se muestra incomodo y Marcos de cierta forma se queda más tranquilo. Siempre suele hacer comentarios para ver cómo reaccionan las personas, y así conocerlas más. Juan les cuenta:

—Recién, justo antes que me cruzara con vos. Un anciano no me dejaba de hablar. Vengo de comprarme unas botas. Primero me pidió lo ayude a cruzar la Avenida Corrientes, porque desconfiaba de unos que pensaba le podían robar la jubilación. Y luego me agarró del brazo y me quería dar dinero por acompañarlo dos cuadras. Me insistió tanto que lo tuve que acompañar. Hasta acá, en la entrada del tren subterráneo. Y luego no me dejaba de hablar. Era re gracioso, pero no se si no estaba un poco loco... Y ahora pienso que si no me hubiera desviado por él, no los hubiera cruzado a ustedes.

—Te aseguro que no tenemos nada que ver —dice Carla—. Pero a veces coincidencias parecieran marcan nuestro destino. Me gusta, gracias por contarlo. Cuando tengamos muchos años de amigos, podrás contarlo como anécdota. Qué bueno que le ayudes...

Los cuatro: Carla, Mónica, Marcos y Juan se quedan charlando un poco de cosas cotidianas de la vida, y de lo bueno de hacer un grupo grande de amigos. Para salir de la rutina de vez en cuando con cosas entretenidas fuera de lo común. Se entusiasman más, sabiendo son los fundadores y se supone tendrán algún tipo de privilegio. Aunque sea decir que fueron los primeros, y los valoren más por tal motivo.

Los bailarines de tango comienzan a prepararse para irse... Carla bosteza sin querer. Al instante comenta.

—Tendríamos que ponernos de acuerdo, dónde nos encontraríamos la próxima vez. Con más tiempo y no ya siendo las dos de la mañana ¿Les parece en *La Costanera*?

La Costanera, se le dice a un lugar ubicado a pocos minutos de allí. Un espacio ecológico, con abundantes árboles y unos caminos. También posee caminos pequeños, tortuosos que salen de otros, principalmente de los principales perdiéndose algunos entre la vegetación. Tres caminos principales, llevan al *Río de la Plata*, y están rodeados en su mayor parte también de vegetación. Posee algunas especies de animales que suelen acaparar la atención de turistas fácilmente diferenciados por sus cámaras y su idioma. Es un lugar donde acuden muchas familias para pasar un rato tranquilo, caminar un poco, o incluso hacer alguna ex-

cursión guiada. En la entrada hay una larga plaza, y otras pequeñas...

Todos asienten.

—En la entrada principal —añade Mónica—. Del lado del viejo polideportivo. No la que queda más para el lado del aeropuerto.

—No antes de las catorce horas —afirma Juan—, el sábado para mí es el mejor momento.

—Bien, el sábado a las catorce y media —dice Carla—. En la entrada principal. La más cercana de lo que queda del abandonado polideportivo. Para ir al río. Traigo mate y galletitas ¿Hacemos así?

Todos se saludan afectuosamente y se marchan con la sensación de haber comenzado algo nuevo y divertido. Marcos, además no deja de pensar en un castillo que tal vez sebe dónde hallarlo. Y le parecería algo fabuloso ir con este nuevo grupo algún día; pues nunca se animó, o animaría a ir solo.

Juan se aleja murmurando casi imperceptible.

—Interesante... ¿Qué será de todo esto?

Mónica y Carla caminan juntas unas cuadras. Se intercambian datos para seguir hablando por Internet. Pregunta Carla a Mónica antes de alejarse:

—¿Contenta?

—Sí —contesta Mónica y añade saludando—. Encantada de conocerte... Mejor ya me voy rápido que es muy tarde.

—Sí, también. Nos vemos, cuidate —saluda Carla.

Los cuatro de regreso a sus casas se preguntaban: “¿Nos volveremos a ver?”

Marcos, se dirige a la parada del colectivo, el cual lo llevará hasta pocas cuadras de donde vive. En una linda vivienda, no lujosa, con sus padres. Llegaría más tarde que de costumbre.

Se sube al transporte público en el cual hay pocas personas viajando. Está cansado y se dirige a un asiento donde se queda esforzándose para continuar despierto. Se le cierran los ojos, mientras observa pasar monótonas luces; amarillas melancólicas llenas de sombras. Los tonos amarillos, grises y negros; se le confunden estando a punto de dormirse.

Venciendo el sueño llega al fin -nunca se duerme totalmente al viajar-, bajándose del colectivo en la parada correcta para ir a su casa. La calle está muy oscura, no se escucha nada al alejarse el transporte. Ni siquiera canta un grillo.

Camina una cuadra, es extraño tanto silencio. Escucha únicamente el sonido que hace al moverse. Avanza hasta una esquina y escucha otro caminar acercándosele. Su primer pensamiento, es el de aquella persona corpulenta, de pelo casi blanco, que los miraba de lejos ¿Lo habrá seguido de alguna forma?

Mira hacia atrás y no observa a nadie.

—Debo estar dormido... —Se dice sintiendo un poco de miedo. Está seguro de lo que escuchó, sin poderse engañar a si mismo.

—Quizás fue algo movido por el viento —comenta con voz apenas por él audible, tratando de quitarse el miedo rompiendo el silencio—. Sí seguro... Hay tanto viento que dentro de poco salgo volando... Lo más probable es que lo haga del susto.

Continúa caminando un poco más deprisa, aún le faltan cuadras.

Está llegando a los últimos metros; casi corriendo, cuando siente sin lugar a dudas la sensación extraña, de alguien observándolo. Se detiene y lentamente se vuelve a mirar por sobre su hombro. No hay nadie.

Piensa se está volviendo un poco paranoico. Aunque es la primera vez que le ocurre algo así, al menos la primera entre sus recuerdos.

Llega a su casa. En la puerta, hay una nota con un dibujo pequeño realizado. No se detiene a leerla, pero la agarra guardándola en un bolsillo del pantalón. Entra un poco nervioso a su hogar.

Intenta no hacer ruido para no despertar a sus padres. Llega a su dormitorio, luego de subir una escalera por el patio de atrás e ir al baño. Cansado y con hambre, pero sin ir por comida, por el sueño que le es más fuerte.

Acostado saca el papel estrujado de su bolsillo. Lo observa y piensa. “¿Lo miro? Quizás es algo importante...” Se decide y lo lee. Su curiosidad es fuerte.

“Esto no es una broma, aunque dudo lo crea. Sospecho se atreverá a atravesar la puerta, por favor hágalo. Me lo agradecerá.”

—¿Qué es esto? ¿Atravesar la puerta? ¿Qué puerta?

Al decir esto, algo golpea la ventana de su habitación, ésta da a la calle. Comienza a sospechar que el encuentro de esa madrugada fue una broma de muy mal gusto. Dice en voz alta, intentando no despertar a sus padres:

—¡No estoy para bromas! ¡No moleste o llamo a la policía!

Luego, al no pasar nada, murmura pensativo dejándose llevar por sus sentimientos:

—¿Será alguna de las dos chicas?

Se dirige a la ventana con el papel aún en la mano, la ventana está cerrada, debe abrirla para observar.

Se detiene. Piensa, no le parece sea alguna de las chicas... ¡Son casi las 4 de la mañana! Aunque notó que Mónica lo miraba con cariño. Pero en realidad, es imposible estuviera allí porque nunca le dijo donde vivía, y en el colectivo con él no estaba. Además las vio marcharse en otra dirección. Sí, tarda en abrir la ventana...

El mismo golpe se escucha nuevamente, y se sobresalta. Se pregunta.

—¿Qué hago? Veremos... —Abre la ventana sin hacer ruido, lo mínimo para poder mirar.

Mira hacia abajo: Nada. Mira hacia los costados: Nada. Por último muy lentamente mira temeroso, hacia arriba: Nada. Abre toda la ventana y se apoya desafiante en ella (ya que no había visto a nadie). Haciendo un respiro profundo murmura.

—En cualquier momento viene mi papá y me pregunta si estoy loco.

Cierra la ventana y al ir a su cama, observa sobre esta, un anillo. Confundido lo levanta para verlo mejor. Parece de oro, por dentro en su parte central posee como una línea fina ondulada, como de plata, de unos dos milímetros. No la mira bien, pero se ve algo así. Tiene incluso la vista un poco nublada por el

sueño...

—¡Yo no soy ningún tonto! —grita Marcos y se dirige a donde duermen sus padres, y enojado les dice: —¡No me gustan este tipo de bromas!

—Me asustaste ¿Estás bien? —con cara de dormido, y sobresaltado por su hijo, le dice su padre. A lo cual Marcos piensa, nada tiene que ver con el anillo.

—Sólo tuve un sueño —le responde, por no saber qué decirle.

—Estás con la ropa puesta. ¿Y ese anillo con ese papel? —Le dice el papá de Marcos.

—No sé, el papel estaba en la puerta, el anillo en mi cama.

—¿Y de dónde salieron? ¿No estarás tomando drogas, no? ¿Por qué viniste tan tarde?

—No digas eso papá, tuve un sueño, sólo eso. Me habré quedado medio dormido con la ropa puesta, y se me confundió la cabeza. Mañana hablamos. Estoy cansado. El anillo no sé... De algún lado salió... se le habrá caído a alguien que pasó por acá. Pensé me estabas haciendo una broma.

—Para nada. Ya dejame dormir si no te pasa nada.

El papá de Marcos vuelve a acomodarse para dormir. Su madre no se había despertado y ronca. Marcos, cierra la puerta del dormitorio de sus padres y vuelve a su habitación, mira el anillo.

—Es lindo.

Se lo calza en el dedo, le va perfecto. Ya en su habitación, el papel, luego de mirarlo rápidamente, lo tira a un cesto de basura. Es muy tarde ya, mañana debe volver a ir a trabajar. Hace un gesto de “qué me importa”, suspira pensando en Mónica, quien le pareció atractiva y se acuesta.

—Espero soñar contigo Mónica.

En el suelo, cerca del cesto de basura, queda el papel arrugado. El dibujo, al cual nunca le prestó atención es de una pequeña puerta con su parte superior redondeada. En el frente, posee un rectángulo, el cual tiene a su vez una cruz.

2

NACE UN PEQUEÑO GRUPO

Juan se encuentra lavando su auto, un Ford Falcon modelo 89 color celeste brillante, muy bien cuidado; mientras escucha música en su estéreo. En realidad en lo que es todo un sistema de sonido de excelente calidad, Hard Rock un poco fuerte.

—¿Al final vas a ir? —le pregunta su padre vestido con su uniforme de policía, quien salía rumbo a su trabajo.

—Sí papá, veremos que ocurre. Ya te dije iría.

—Vos deberías seguir el camino de tu familia. No, perder el tiempo en esas cosas. Igualmente... espero te diviertas. Que la pases bien hijo.

—Gracias papá, nos vemos. Cuídate.

Juan, termina de lustrar su auto, para en él dirige al lugar acordado, días atrás. A la búsqueda del encuentro de Carla, Mónica y Marcos.

El día está estupendo, un sol fuerte recuerda la cercanía del verano, época de mayor calor en Argentina. Es todo un alivio para Juan, ya que no sabía qué hacer si llueve. Estuvo pensando mucho y se creó expectativas positivas de este grupo de amigos en formación. De hecho, podría ofrecerse, si emprenderían viajes, a utilizar su auto para trasladarse. Algo que no suele hacer por cuidar demasiado su vehículo que está como de colección. El

mismo, lo lustra todos los sábados, y lo lleva a controlar al mecánico, a más tardar cada seis u ocho meses.

A Juan, le gusta la mecánica y viajar le fascina. Se pregunta qué hará si tal vez cuando llega, no hay nadie y tiene que volverse, o pasear solo. Algo aburrido y desalentador comparado a las expectativas creadas. Aunque en auto y con buena música no se la pasa tan mal después de todo... Iba de cierta forma resignado a no encontrar a nadie, pero por la posibilidad de que así no fuera, se moviliza.

Emprende el viaje que le llevará unos veinte minutos. Cuando llega, ve a Carla, Mónica y tres chicas más. Sigue de largo. Ellas están en grupo en medio de la entrada. Imposible no verlas, en especial a Carla, la cual no pasa fácilmente desapercibida. No pensaba iba a haber tantas chicas ¿Sólo él, entre cinco mujeres que se la pasarían hablando cosas de mujeres? ¿Y si le hacían burla de algo? Tuvo miedo.

—Espero no me hayan visto. —Murmura Juan un poco melancólico.

Pero no puede evitar se le pasen por su mente, de forma muy clara una tras otra, las caras de Marcos, Carla y Mónica. Con miradas de asombro, llenas de vida; como si los estuvieran mirando, esperando que no los defraude. Detiene el auto para que no le ocurra un accidente y pensar un instante. Pareciera algo lo impulsa a volver al punto de encuentro acordado. Piensa, “tal vez Marcos llega pronto y viene también con alguien. Pero... qué tonto. Estuve a punto de perder esto, por no animarme a ser el único varón entre medio de bonitas mujeres ¿Y no es acaso el sueño de muchos?”

Mira el reloj para comprobar no se le ha hecho tarde. Lo cual ya está ocurriendo, da media vuelta con cuidado, avanza, y estaciona lo más cercano posible, justo en la entrada. Se baja del auto y no puede impedir se le dibuje una sonrisa de alegría, mientras se acerca a las cinco señoritas mirándolas de lejos. ¿Alguna de ellas llegaría alguna vez a ser su novia? La mayoría de los solitarios al formar parte de un grupo, se hacen esta pregunta interna de no tener aún su pareja que lo acompañe: “la mitad que falta ¿estará aquí?”

—¡Hola Juan! —dice Carla en cuanto lo ve, corriendo a abrazarlo, y añade: —¡Qué bueno que viniste!

Mónica, de forma notoria muy bien arreglada; se había quedado allí con las demás mujeres que aún no lo conocen.

—¡Hola Juan! —dice Mónica y lo saluda con un beso en la mejilla.

Juan se sonroja un poco, Mónica añade.

—¡Contenta de verte! Ella es Sonia. —Dice presentándole a una chica flaquita, de pelo rubio y largo, de ojos claros, tez blanca; de estatura tendiendo a baja.

—Y ella es Estefanía —dice presentándole a una chica no tan flaquita, de pelo rubio y largo, de ojos marrones.

—Ceci —dice Cecilia cuando la va a saludar. Una chica bajita de ojos negros, muy negros, y cabello castaño.

—Ya somos siete... si viene Marcos. ¿Sabés algo de él? —pregunta Mónica.

—Sí, ahí viene corriendo con otro. —Le responde alegre Juan, señalando a Marcos y Mateos. Un amigo del trabajo de Marcos a quien éste, no le había dejado de hablar un sólo día, del grupo en formación, en especial de Mónica. Mateos le lleva casi una cabeza de estatura en altura a Marcos y es flaco, flaco y alto.

—¡Qué bueno, ya somos ocho! —Dice Carla y añade:— ¡Menos mal que traje dos termos para el mate!

Se saludan y comienzan a caminar para llegar al río, no sin antes bajar Juan una mochila con otro mate, termo, y galletitas.

El mate es una infusión, y al mismo tiempo se le dice así al recipiente que se utiliza para tomarlo. Es la “bebida social” que más se usa en Argentina. Es raro que un argentino no tome mate. Se usa un recipiente (“el mate”), de tamaño un poco menor a una taza, con un sorbete (“la bombilla”), que posee en el extremo que va en el recipiente unos orificios de determinada dimensión, para que al succionar con la boca en el otro extremo, no pase yerba mate junto con el líquido. Ésta se pone en tal recipiente que suele ser de metal inoxidable, vidrio, o formado a partir de alguna semilla acorde. Hay de distintos tipos, y generalmente es decorado de forma artesanal. Lo que se absorbe por la bombilla es el agua caliente que se coloca en el recipiente y se impregna

del gusto de la yerba mate.

Se hace así, se le vierte agua, se espera unos segundos a que tome el sabor de la yerba, y se la bebe por la bombilla de forma suave, hasta que hace un ruidito, provocado por acabarse el agua. El termo es infaltable al pasear cuando se lleva el mate. En él, se tiene el agua caliente para que dure su temperatura lo más posible. Aproximadamente a unos 80 grados centígrados es la temperatura justa del agua, y así dura también más la yerba. Se suele entre amigos invitarse a tomar mate como excusa o entretenimiento extra, mientras se charla. Posee un poco de alimento, y características beneficiosas, favorece incluso a la atención. Si no está el mate es como que faltó algo. La yerba se cambia cuando pierde el sabor, el mate se llena con esta, hasta un centímetro menos del borde.

Se lo puede tomar al mate; amargo, dulce, con limón, o con agua bien fría en lugar de caliente. Hay también algunas variedades de yerba con sabores que se han añadido a la común. La calidad de la yerba es algo importante, y cuando es “con palo” es más suave; incluye pequeños tronquitos del arbusto del que proviene; la yerba despalillada tiene menos tronquitos. Actualmente la preparación de la yerba lleva incluso un estacionamiento promedio de seis meses...

(Cómo extraño el mate —expresa el que relata esta historia—. No se pierdan el conseguirlo cuando tengan oportunidad. Hay muchas cosas que uno extraña lejos de su hogar. Muchas de las cuales al tenerlas cercanas, uno no se da cuenta de lo valiosas que son. Pero nadie tiene todas las cosas entre los mortales, salvo aquel que se conforma con poco, y pierde así muchas otras...)

—¡*Che, qué nave!* —comenta Marcos al ver el auto de Juan, el cual, se observa impecable. Mónica de repente parece estar un poco triste y callada. Mira mucho al suelo. De repente cambió de ánimo.

—¿Estás bien? —le pregunta despacio Carla.

—Sí... —le susurra, aunque con mirada triste.

Se los observa muy contentos caminando (salvo a Mónica), por el camino principal de la costanera, rumbo a la orilla del río, un camino de tierra reseca aunque poco polvoriento. Mientras

tanto, conversan de todo, y se pasan el mate uno a otro. Marcos, queda entre medio de Juan y Mónica quien está muy silenciosa.

Sonia, Estefanía y Ceci, las tres chicas nuevas los acompañan. Las encontraron Carla y Mónica, quienes habían ido dos horas antes. Se interesaron por la idea, sumándose así al grupo.

Todos están contentos. Caminan, hacen chistes, miran a su alrededor, bromean, toman mate, de vez en cuando comen algunas galletitas...

Están caminando tranquilamente, cuando de repente, luego de haber transcurrido unos quince minutos, Ceci se detiene bruscamente. Queda totalmente inmóvil, y observa un angosto camino bifurcado del principal. Uno de los tantos que se internan entre la vegetación.

Esta actitud sorpresiva llama la atención de los demás. Ceci, parece como alguien que ha visto un fantasma o algo parecido. Los que no la conocen ya pensaban, si estaría media loca. No eran los únicos que están caminando por ahí en ese momento, y llama verdaderamente la atención. Se le acerca Estefanía y le pregunta.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay?

Ceci la mira con cara de asombrada, vuelve a mirar al pequeño sendero y dice como hipnotizada.

—Vengan.

Comienzan a seguirla. ¿Qué le pasaría? Juan se adelanta hasta quedar detrás de Estefanía, quien seguía a Ceci, y le pregunta despacio.

—¿Está bien tu amiga?

—¡Shh! —exclama Ceci, dirigiendo una rápida mirada hacia ellos.

Comienza a caminar más rápido, en fino camino entre la vegetación; la siguen un poco confundidos por su actitud. Atraviesa una casi seca laguna, se nota está siguiendo algo. Llegan así a la entrada de un pequeño bosque, donde el sendero comienza a ser menos notorio. Juan le toma entonces del brazo y cuando lo hace se queda mirando fijo hacia delante. Los que están detrás de él rápidamente miran, y ven unas hojas moviéndose, como si alguien hubiera pasado rozándolas.

Juan había llegado a ver una persona bajita, con un buzo blanco con capucha, usando a la misma. Estefanía, está inmóvil con una mano en la boca.

—Regresemos —dice Juan sin soltar suavemente del brazo a Ceci. Ella sólo hace un movimiento de afirmación con la cabeza.

Algunos susurraban: “¿Qué pasó?” “¿Qué vieron?”. Estefanía se da vuelta a los demás que murmuran detrás, sin más decir ahora ella, que:

—¡Shh! Silencio.

Mónica le agarra la mano a Marcos. Y así recorren unos metros, volviendo hacia el camino principal. Hasta el claro con lo que antes era una laguna, y ahora está casi seca, y los caminos que la rodean prácticamente cubiertos en algunas partes. Se ve a alguien en la otra orilla, en una parte descubierta por la vegetación, tomando tranquilamente sol mientras lee. Ceci mira a Juan, quien aún la tiene suavemente del brazo y le dice.

—Estoy bien, gracias. Ahora les cuento, aunque no me crean.

Se sientan en frente de la laguna esperando a que Ceci hable. Sonia intenta calmar a sus dos amigas. Mónica le dice a Marcos en voz baja, soltándole la mano.

—Discúlpame.

—¿De? —Pregunta Marcos.

—Tenés novia —afirma Mónica dirigiéndole una mirada al anillo de Marcos.

—Este anillo de mier... —decía esto Marcos ante la mirada atenta de Mónica, cuando escucha nuevamente un “¡shh!”. Se saca el anillo, y lo guarda en un bolsillo, expresando una negación con un movimiento de la cabeza. Todos miran a Ceci, quien pregunta en voz baja y un poco agitada.

—¿Alguien los vio?

—¡Ehh!? ¿A quiénes? —dice Marcos, tomándole suavemente la Mano a Mónica.

Juan, mira hacia la vegetación, con la mano dentro de su bolso.

—Yo alcancé a ver a uno de esos —dice Estefanía con voz de asustada.

—¿Esos? —pregunta Mateos.

—¿Les viste los ojos? ¿Sentiste algo? —con voz de miedo pregunta Ceci a Estefanía, mientras los demás no comprenden que ocurre.

—¿Les parece si vamos a un lugar donde hay más gente? —dice Juan, casi con tono de orden, y nadie parece escucharlo. Sólo Marcos le hace una seña como diciéndole “espera”.

—Sus ojos —habla extrañado Estefanía, mirando de donde habían venido—, la parte blanca; no era blanca, era amarillo azulado. Sus labios eran rosa pálido, casi blanco y su nariz fina. El iris...

—Blanco —dice Ceci interrumpiendo a Estefanía—. Y su pupila fue un instante grande y brillaba un poco, luego se volvió bien oscura. Casi negra como la pupila de alguien normal. Una era una chica. Supongo, por su pecho. Su pelo era como el sol. Sentía me arrastraban a seguirlos, me atraían como imán. El más alto, la chica, tendría casi un metro y medio...

—Nunca me paso algo así... —continúa ahora un poco más calmada Ceci—. Menos mal alguien vio a uno, lo que me impresionó, fue como me impulsaban a seguirlos. No era miedo lo que sentía, aunque un poco sí ahora. No sé, parecía como si quisieran jugar.

—Yo también sentí algo así —afirma, Estefanía.

—Van a pensar que estamos locas —añade Ceci.

—No, como mucho un poco confundidas —dice Sonia—. Y mejor salgamos de acá que me da miedo.

—Sí mejor salgamos de acá —dice Juan parándose, y comenta—. Pero vi a uno de atrás, y sus zapatillas eran raras, como de plástico, parecían una imitación de zapatillas. No sé de dónde salieron, quizás eran nenes disfrazados. Aunque acá no deberían estar paseando nenes.

—No estaban disfrazados... —Murmuró, Estefanía.

—¿Y cómo sabés que no tenían disfraz? —pregunta Marcos quien mostraba mucho interés.

—¡Ya lo dije antes que preguntes! De sus ojos y mi sentir —dice un poco alterada Ceci mientras Estefanía la mira inquieta.

Cuando se le fue un poco el susto, a los minutos Estefanía comenta.

—Chicos ¿Volvemos al camino principal? Ya estoy más tranquila. Gracias.

Comienzan a caminar. Quizás aquellos estaban disfrazados. Era lo más probable y lógico; tal vez sólo se dejaron llevar las dos chicas por el encuentro curioso y repentino. Piensan y hablan hasta llegar a unos metros donde hay más gente, a las cuales se la escucha pasar con sus diálogos distantes.

—Chicas si quieren las acompañamos a una parada de colectivo, las llevo en mi auto o le damos para un taxi... Como quieran... —les pregunta Juan a Ceci, Estefanía, y Sonia. Los otros asienten con un movimiento de la cabeza o susurran una afirmación.

—No se preocupen estamos bien... seguro nos dejamos asustar... Especialmente yo, por unos tontos nenes disfrazados, corriendo por ahí, es lo más lógico. —Le responde Ceci con cara de no creerse lo que habla.

—¿Seguimos? —pregunta Juan mirando cortésmente a cada uno.

Continúan y a los pocos pasos están en el camino principal, donde hay más gente. De apoco se les va el miedo, aunque ahora Marcos es él, quien está muy pensativo y en silencio.

Marcos cuando se encontró con Mónica, Carla y Juan había observado a una persona robusta, aunque nada petiza; con el cabello como si fuera del color del sol. Luego había encontrado una nota en la puerta de su casa, un anillo, y ahora ocurre esto.

Camina tomado de la mano de Mónica, quien ya no está triste. Se había vuelto así, al ver a Marcos con ese anillo; en su mano derecha, en el dedo anular, lo cual suele significar estar comprometido o de novio. Marcos tontamente ignoraba ese significado. Para él era lo mismo ponerse un anillo en cualquier dedo de la mano.

Así fueron, por el camino principal, no sin ver de reojo cada caminito que se apartaba, para adentrarse perdiéndose entre la vegetación. Especialmente Juan, quien en una oportunidad también se detuvo en uno, aunque no como lo había hecho Ceci, y le dijeron todos un fuerte...

—¡No!

Siguieron caminando, no sin que Juan añadiera sonriendo.

—Me pareció ver algo moviéndose... En serio... Quizás era una iguana, o... Nada. —No queriendo decir “o alguien que andaba por ahí siguiéndonos”.

Juan sabe de las iguanas allí, son inofensivas y tienden a esconderse en cuanto ven a alguien. Se acercan al camino principal únicamente cuando no hay nadie; es decir, generalmente en días de la semana, cuando la gente trabaja. Como la mayoría de los que viven cercanos, había paseado varias veces por allí desde que era chico. Cada vez hay menos iguanas, pero piensa tal vez aún es posible llegar a ver a alguna.

Al final del camino principal, se detienen en frente del río, en un sitio lo suficiente cómodo. Algunos se sientan en un tronco viejo, colocado sobre unas piedras como asiento. A metros de un árbol pequeño, inclinado por el viento y maltratado por las personas. Otros, en alguna piedra o grupo de ellas, acomodadas de tal forma que sirviera para sentarse.

Observan disfrutando el paisaje, mientras comen de vez en cuando alguna galletita y toman unos mates al mismo tiempo que charlan. Tiran pequeñas piedritas al agua, compitiendo haber quien las hace rebotar más veces, o llegar más lejos.

El río está tranquilo, las pequeñas olas del agua mojan suavemente a la multitud de piedras de todos los tamaños y formas que cubren la orilla. Y podría decirse, que los jóvenes amigos, están entretenidos pasándola muy bien, disfrutando del momento en compañía.

Pero Marcos continua un poco serio y callado. Piensan, quizás está un poco tímido. Porque en un momento Mónica le agarró su brazo y se abrazó con él; además lo miraba mucho fijo a los ojos, aunque no hablara. Se la veía muy contenta ahora.

Continúan así hasta que Mateos interrumpe con la idea de integrar al grupo a otro extraño que anduviera por ahí. Él no había incorporado a nadie, y no deseaba ser menos. Lo mismo haría Sonia.

Deciden entonces, que todos tenían que reclutar a alguien hasta ser veinte. ¿Por qué veinte? Porque se le había ocurrido ese número a Carla. También deciden, el que traiga a uno nuevo, de-

berá ponerlo al tanto sobre el grupo de amigos. Luego, se reunirían la próxima vez, para un comienzo formal, estando el grupo completo.

Mateos observa a un joven que se encontraba leyendo, un libro santo y religioso del numeroso grupo de los cristianos. Este grupo remonta sus raíces a la nación de Israel, luego el pueblo judío; pero los judíos no aceptaron al Cristo de los cristianos. Este libro está escrito por distintos autores muy destacados -guías espirituales únicas que soportaron grandes cargas, irrepetibles-. En un largo periodo de 1500 años, y por el cual muchos han dado su vida para conservarlo, o prefirieron morir antes de negar lo que expresa: la Biblia.

Le dice Mateo a los otros, antes de ir a su encuentro.

—Ese me parece un chico tranquilo, está sólo ahí leyendo la Biblia... Voy a ir a hablar con él. Si me habla de la Biblia y no me deja de hablar de lo mismo, notando no le interesa nada de lo que le diga, no le digo nada. Si hablamos de lo que sea, y veo le interesa hablar de todo, sí lo invito —y fue a su encuentro ante la mirada de los otros, quienes no dijeron, ni “sí”, ni “no”; lo cual significaba un “bueno...” o “hace lo que quieras”. Salvo Carla que le dijo un claro “Dale, excelente”.

A Mateos y Sonia se los ve hablando; Mateos con alguien que tiene una Biblia y a Sonia, pasando de una persona a otra, dando la impresión dos o tres veces de haber sido rechazada. Mónica no aguanta más su duda y entonces le pregunta a Marcos.

—¿Y el anillo que tenías?

—No sé si contar... En este momento... Cómo es qué tengo este anillo... —Mónica se lo queda mirando fija y seria a los ojos. Añade ahora despacito a ella: —Quizás asuste un poco a Ceci y Estefanía.

Todos en silencio comienzan a mirar a Marcos, ahora más atentos que antes. Sin querer, acaparó la atención con tal respuesta y actitud.

—No me asusta; me interesa ¿Te pasó algo raro al venir acá hoy? —dice tranquila Ceci.

Marcos saca del bolsillo el anillo, y comienza a mirarlo detenidamente, mientras lo mueve entre su dedo pulgar e índice.

El anillo brilla. Tiene un pulido excelente y la parte interna forma un grabado que parece de plata. Ésta, es una especie de dibujo. Una fina llama, rodeando internamente al anillo por el centro, una pequeña llama blanca envuelta en el amarillo oro; de la cual salían algunas pequeñas.

—La verdad... Este anillo debe ser caro... Miren —y se lo da a Mónica, para que uno a uno se lo pasen y lo vean.

Les contó, lo encontró sobre la cama, sin saber cómo es que llegó hasta allí. Al día siguiente había preguntado a todos los que supuso pasaron por su habitación. Respondiendo cada uno de ellos, que no sabían nada de tal anillo. Por último, se lo había dejado puesto restándole importancia, como enfrentando al misterio.

También les comentó de la nota extraña, la cual terminó tirada y sólo les dijo decía algo de una recomendación a que atravesara una puerta, si se animaba, porque lo agradecería.

Marcos se volvió a colocar ese anillo en el dedo, luego de que todos lo vieran; guiñándole un ojo a Mónica en señal de complicidad, como diciéndole “estoy contigo”. Al rato, se acerca su amigo Mateos con un nuevo integrante al cual lo presenta como “el cristiano medio rebelde de David”, el noveno en llegar al grupo.

Sonia regresa también, en compañía de Flavia, una chica que se interesó. Solía ir allí a tomar sol, pues vive cerca. Una simpática señorita, de unos treinta años.

—¿Qué tal si pasamos la noche acá? —dice Marcos al rato, luego de haberse presentado David y Flavia, habiendo hablado un poco.

Se comenzaba a observar rojizo el cielo, del lado del Río de la Plata, con algunas pequeñas nubes en él, escuchándose el sonido relajante de las olas con el viento. Estaban bien allí, pero luego de lo ocurrido, no sería el lugar ideal. Juan inmediatamente contesta, antes que otro pudiera opinar su deseo por quedarse.

—Dejé el auto afuera, no quiero le pase algo.

—No está permitido estar acá de noche chicos —comenta Flavia—; nos van a echar. Aunque afuera, en la plaza, ahí sí se puede estar.

Luego de quedar de acuerdo en algo tan sencillo al transcurrir media hora, los diez deciden, irán afuera de la entrada principal. En la parte que es un parque de forma alargada, con árboles viejos y altos. Comiendo algo comprado en un puesto cercano, de los que suelen haber por allí.

Comienzan a apurar el paso, pues la gente comienza a marcharse. Los diez caminan para emprender la vuelta juntos ¡Ya son todo un grupito! Y se los observa alegres.

Al venir la noche está serena. Viéndose las estrelladas y una hermosa luna llena que se asoma por sobre los árboles de “la costanera Sur”, la reserva ecológica de Buenos Aires. Se encuentran comiendo panchos y escuchando música proveniente del auto de Juan, mientras charlan y se cuentan cosas extrañas. Luego, siendo ya bastante tarde...

—Cambiando de tema —dice Juan interrumpiendo una charla de Sonia sobre ropa con Carla—. Sería bueno intercambiáramos datos de contacto, para acordar el día, y siguiente punto de reunión ¿Les parece bien?

—A mí sí... Y... ¿Les parece si nos reunimos recién cuando seamos veinte? —Dice Carla— Algo así como un juego. Luego seríamos “El Grupo de los Veinte Jóvenes”... Que buscan hacer algo distinto.

—¿Por qué tienen que ser veinte, Carla? —pregunta Mónica

—La verdad —dice Carla, quien generalmente añadía luego de decir “algo distinto”, “que sea algo sano”. Pensando un poco, responde:— digo veinte, porque me suena lindo... Algo así como decir... “El Grupo de los Veinte Jóvenes que Buscan Hacer Algo Distinto Siempre” que sea algo sano. Mejor, más corto: “El Grupo de los Veinte Jóvenes”.

—¿Y cuando ya no seamos jóvenes? —pregunta Mateos.

A lo cual se produce un corto silencio.

—No la compliques —dice Marcos riendo—. No sé... Ya se verá... Por ahora supongo es representativo...

—¿Y cómo sabemos si nos llevaremos todos bien?— Dice Ceci, a quien ya no le preocupaba en lo más mínimo aquello que vio y sintió en el camino hacia el río.

—Si a alguien no le agrada alguien nuevo, ese no será acepta-

do, así de sencillo —dice Juan.

—¿Y si al principio te parece simpático, y luego resulta es un pesado? —pregunta Ceci.

—¡Será a votación! —responde Mónica.

—Me parece excelente —afirma David, sintiéndose parte.

—¿Vos no me votarás para que me vaya si nos peleamos no? —comenta mirando Mónica a Marcos con ojos de enamorada.

—¡Nunca mi amor! —le dice Marcos quien aún no le ha dado un buen beso.

—¡Ay, qué emoción! —grita Carla—. ¡Se ha formado la primer pareja!

—¡Qué se besen...! ¡Qué se besen...! —comienzan a gritar todos.

Cada vez gritando más y más fuerte; Marcos y Mónica se miran. Ya estaban abrazados. Mónica comienza a estar sonrojada, y llega su primer beso de enamorados...

Aplausos, gritos y risas; están todos muy contentos. Juan corre hasta su auto y comienza a tocar bocina para hacer más ruido.

Faltaba poco para que se termine de formar el “El Grupo de los Diecinueve Jóvenes”, pese a que en un principio, pensaban ser veinte, ¡Y ya hasta se había formado la primer pareja! Iban re bien, sin sospechar, eligiendo ignorar todo aquello que les resultara raro. Incluso el hecho de que las cosas en la práctica no suelen andar tan bien. Los inicios suelen ser difíciles y complicados.

3

EL JOVEN NÚMERO VEINTE

Han pasado tres semanas. Despidieron el año 2007 por separado, y apenas algunos se llamaron para saludarse por navidad y año nuevo. Pese a esto, están claramente interesados en el grupo en formación. Esperan impacientes inaugurar el Grupo de los Veinte Jóvenes, y que sea todo un éxito. Algunos mostrando más afinidad con unos, y menos con otros. Se conocen poco en algunos casos, y sin contar a los que entre sí nada se conocen... Sin embargo, en esas semanas estuvieron mientras tanto, organizando la reunión y sumando integrantes.

Todos los del grupo saben, ya son diecinueve; pues están en contacto regularmente, con aquellos diez que se habían reunido anteriormente en la costanera. Quienes cuentan las novedades relacionadas a cada uno. Todo tipo de novedades, desde algún aparente romance y el estado sentimental de cada uno; hasta posibles sorpresas, o anécdotas cotidianas.

Todos se enteraron por ejemplo de lo siguiente.

Sonia soñó durante cuatro noches con un perro marrón claro abandonado, que con mirada triste recorría la calle. Con hambre, corriendo de otros perros, sin encontrar un lugar donde estar; acurrucado en algún rincón para dormir por las noches. A veces se veía en el lugar del perro, como si fuera ella, y sentía mucha

tristeza. Decía a los demás que nunca hagan esto, aunque sabía que ninguno haría tal cosa porque los considera buena gente. Lo asombroso además de soñar cuatro veces con lo mismo, fue un día que pasando cerca de su casa, ve a un perro igual al que había soñado. Contó “lo adopté como mi perro aunque nadie quería en mi casa. Es el mejor perro que he tenido hasta ahora. Pobrecito, espero que no haya sufrido lo que soñé”. También se enteraron todos de un accidente que le ocurrió a Ceci, ella se lo había contado a Mónica como en secreto. Caminando por la calle se le enganchó la pollera en un alambre que sobresalía apenas, de dos tablas de madera que ataba. En un andamio improvisado por unos trabajadores, los cuales subidos en él pintan una pared. La pollera se le rajó por el costado de una forma muy grande ¡Qué vergüenza! Los trabajadores le comenzaron a festejar eso, y a decirle que se la saque, que se ve más hermosa sin ella, y que ellos la ayudan si quería pasar a la casa. Obvio que de ninguna manera hubiera entrado. Tuvo que ir caminando dos cuadras hasta encontrar una remisería, juntando las dos partes de su pollera rota con las manos. Toda colorada de vergüenza caminando rápido. El remis es un servicio en Argentina semejante a taxis, que uno utiliza, para que lo lleven a algún lado, y es más económico en general que los taxis. Y para peor la llevó un joven que no dejó de fastidiarla pidiéndole su número de celular e invitándola a salir.

Pero lo peor en realidad le pasó a David. Perdió su trabajo de media jornada por la mañana. Llegó al kiosco donde trabajaba y allí mismo le dijeron que no venga más porque ahora iba a atender en el negocio el hijo del dueño que se había quedado sin trabajo. Ahora David se quedaba sin ganar ningún dinero... ¡Con lo complicado que está en Buenos Aires encontrar trabajo! Algunos tardan más de un año en conseguir uno, tenga o no estudios completos.

La relación entre Mónica y Marcos iba excelente.

Les solían prestar mucha atención a estos detalles, además de cuántos son en el grupo, y de la fiesta que marcaría el inicio formal estando allí todos. Cada uno de los diez incorporó a alguien, o participó activamente para que vengan nuevos. Salvo Juan. Lo

hacían charlando entre conocidos o con desconocidos, presuntamente acordes... Juan no lo hizo, por no sentirse lo suficiente simpático.

Marcos y Mónica habían realizado para el día esperado, una gran bandera en la cual se lee: “El Grupo de los Veinte Jóvenes”. Posee pintado a todo color, el dibujo de un anillo y el de tres peñis con capucha y ojos raros saludándolos... Seguramente había sido idea de Marcos, pues el tiende a burlarse de las cosas extrañas.

Todo iba bien. Flavia era una persona de considerable dinero, más de lo que aparentaba. Dijo, se encargaría de alquilar un local, y resulta que este era nada más ni nada menos, todo un salón. Con iluminación, escenario, bar, y muy bien decorado.

Flavia, Sonia, Mateos y Juan, se habían consultado mucho sobre los preparativos de la fiesta. Mantenían la incógnita a los demás, sobre algunos detalles de la misma para que sean lindas sorpresas.

Al finalizar las dos primeras semanas ya eran diecinueve, y estaba todo prácticamente preparado. A la espera del que ocupara el último lugar disponible.

Siguió otra semana ¡Y nadie consiguió al integrante número veinte! No es que no tuvieran interés en buscarlo, al contrario. Lo que ocurría es que uno tras otro respondió que no le interesaba; o no eran acordes por tener intereses muy cerrados. A algunos sólo les gustaba por ejemplo el fútbol, o ir a bailar y no algo distinto, o principalmente estudiar y trabajar siendo estas dos cosas su continua preocupación. Incluso no faltó quien preguntara:

—¿No puedo formar parte parcialmente? Me interesan las fiestas, ir a bailar o a ver a alguna banda, y no a cualquier grupo musical —dijo un muchacho en una ocasión a Sonia. El más cercano hasta el momento de ser el integrante número veinte.

Fue entonces, cuando Carla, previniendo se comience a perder el entusiasmo por un comienzo formal, o hasta mismos integrantes. Llamó a los otros nueve, a cada uno, y les preguntó si le daban el privilegio de encontrar al que faltaba. Lo buscaría entre la gente, entre extraños que no le resultaran ser muy extraños.

Aceptaron, y se despreocuparon así de tal tema. Se reunirían

el otro domingo, en el salón que reservaría Flavia, a las once de la noche. Esto le daba a Carla aproximadamente una semana de tiempo. En tal fecha, iba a ser, desde que no se veían todos juntos, casi un mes.

Intentó primeramente encontrar a alguien que quisiera participar, en la facultad a la cual asiste. A Carla le faltan dos años para recibirse de sicóloga. Pero al comentarles la idea, la miraban con cara de no saber que pensar, y le respondían: “No, gracias”; “no me interesa”; e incluso alguien le dijo: ¿y para qué querría hacer algo distinto?

Intentó nuevamente un día, hacer como cuando se conoció con Mónica. No le salió bien. Estaba contenta con una chica interesada y luego de estar charlado un rato, notó le había mentido la edad; era menor de edad. Le tuvo que explicar:

—Ocurre... seguramente, viajaremos a distintos lados, quizás, hagamos algún viaje al exterior, o en el transcurso de la salida decidimos cambiar los planes... O cosas por el estilo, y sería un poco problemático si eres menor de edad. Tendrás que disculparme.

—Comprendo —dijo la niña desilusionada.

Así transcurrieron para Carla lentamente los días. El sábado se dirigió a una plaza, donde hay una gran feria bastante importante, rodeándola. Iba a ir con Mónica pero le dijo no poder, pues ya había quedado con Marcos para ir a la casa de sus padres así lo conocían... ¡Iba muy rápido esa relación!

Realizó algunos intentos, pudo hablar bien con cuatro jóvenes, pero no se interesaron. Los demás, la mayoría estaban de a dos o más, y no quería ahora pasarse. Ya estaba un poco triste y se le notaba. ¡Cómo no puede encontrar a uno más! Antes, había sido muy sencillo.

Como si esto fuera poco, estaba cansada de escuchar comentarios como: “¡chau hermosa!” “¡me casaría contigo mi amor!” o piropos pasados de moda y nada originales. Hacía tiempo no los escuchaba tan seguido, y la fastidiaban cuando se volvían groseros, o muy tontos se quedaban mirándola.

Al salir del parque, se encuentra aguardando el colectivo para volver a su casa, cuando se da cuenta, otro joven la mira y no la

deja de mirar. Carla, hace gestos de fastidio. Piensa “¿no se cansan de molestar? ¿Qué les pasa hoy?”

—Discúlpame... —dice el joven.

—“*No tengo hora.*” —contesta Carla, cansada también de la pregunta “¿Qué hora es?” como excusa para comenzar diálogos y terminar invitándola a ir a algún lado “a tomar algo”. No estaba de buen humor.

—¡Huy, que humor tiene! Quería preguntar algo, nada tiene que ver... si me lo permite.

—Disculpame vos a mí... ¿En qué te puedo ayudar?

—No sé cómo decírselo... Pero, me pareció...

—Por ahora, me pareces, amable, espero sigas así... —Le interrumpe Carla mirándolo de reojo, con una pequeña mezcla de melancolía, enojo, fastidio, y desconfianza.

—Estaba caminando por el parque cuando escuché, si no me equivoco. A unas señoritas señalándole a usted. Diciendo entre ellas que está buscando gente para un grupo de amigos, vestida con esa pollerita tan corta que usa... Me interesa eso, lo del grupo de amigos. Espero no le moleste haya escuchado la conversación.

A Carla se le comienza a ir un poco lo triste, esperanzada de que sólo no quiera invitarla a salir, o sea un entrometido. Piensa tal vez sea acorde y quiera ingresar en el grupo de amigos. Se vuelve a él de frente, a lo cual el jovencito da un pequeño paso hacia atrás. Continúa un poco nervioso.

—...No tengo muchos amigos y tal vez... Pensé quizás... Me podría dar una oportunidad, digo... participar. —Dijo apenas mirándola a los ojos. Luego, bajando la mirada al piso, continuó.

—La verdad, sólo busco conocer gente, aunque debo admitir soy un poco tímido.

—¿Tímido? ¡No creo que seas muy tímido! —Le contesta Carla con una pequeña sonrisa, y añade:— ¿Tenés un tiempito para hablar?

—Sí, claro.

—¿Venís? —Le dice Carla haciendo un gesto, para que lo siga; alejándose un poco de la parada de colectivos.

Carla tuvo que pensar rápido: Parece ser educado, y posee la

edad adecuada, además no se lo observa raro. Aunque algo, en él le parece extraño, tiene esa sensación ¿Por qué será? Se aleja tan sólo un poco de la gente; no mucho por las dudas. El joven comenta un poco nervioso.

—Le aseguro no soy una mala persona. Carla, aunque soy un poco tímido.

Cuando le dice “Carla”, le dirige una mirada burlona. Hace notar, conocía su nombre y no fue dicho por error. Carla, no estaba de buen humor. Además, ¿por qué la aclaración de no ser una mala persona?

—¡Pero si no te dije mi nombre! —dice Carla un poco enojada.

— Ehh... —Murmura el extraño, mientras Carla lo miraba fijo y seria. Apresurado por responder, expresa:— Creo soy el más tonto de todos... —sin mirar a los ojos, y como si no lo dijera en serio, con una suave sonrisa burlona. Añade:— En realidad no soy tonto, pero sabe, es muy linda... Y eso me hace volverme un poco...

—¡Quiero saber, cómo sabe mi nombre! ¿De dónde me conocé?— Interrumpe Carla.

—Tengo que irme, discúlpeme. Le dejo algo. Es lo que en realidad quería hacer; darle un gran regalo. Y conocer al menos personalmente a unos de ustedes. Tengo la esperanza que sean de los grandes algún día.

Carla le mira con mezcla de emociones, y cara perpleja. El desconocido le deja algo en la mano, un paquete pequeño envuelto. Se aleja casi corriendo, doblando una esquina. Al desenvolverlo, observa le había dado un anillo, y parecía semejante al de Marcos.

Es un poco tarde, está sola, cansada y enojada. Esperando para irse a su hogar a descansar, luego de haber tenido un mal día. Lo último que desea en ese momento, es alguien, le dejara un anillo misterioso. Aparentemente igual al de Marcos, el novio de su reciente muy buena amiga Mónica. ¿Sería un amigo de él? ¿Alguien les está haciendo una broma a todos? ¿Quién era aquel? ¿Está siendo víctima de algún demente? No lo sabía, pero cada vez se siente más apenada, porque todo se le ha complicado

mucho.

Está pensando en todas estas cosas, cuando la llama por celular Juan.

—Hola ¿Cómo estás?

—Bien... —dice porque no tiene ganas de dar explicaciones, y comenzando a dudar de Juan, quien justo la llama en tal momento. Añade para ver la respuesta que le daría:— Aunque ya no quiero buscar más al faltante, me cansé, lo lamento. Es tarde y lo busqué por días sin que nadie acorde acepte. Además, hoy no me fue nada bien, y me molestaron bastante.

—Amiga, no te preocupes, yo me encargo totalmente. Intentaremos ser los veinte como querías, y si falta uno... ya veremos. Yo me encargo.

— Gracias Juan, ¿llamabas por algo?

—Sí, para saber cómo estabas y si habías encontrado al que falta... porque ya se reservó el salón.

Carla no le cuenta nada del anillo. Presupone tal vez es lo mejor hablar con Marcos para saber si es un chiste de él, un chiste de mal gusto, un juego tonto que inventó para crear una historia de anillos, o haber si le dice algo. Después de todo fue él quien había comenzado mostrando un anillo. Se fue a su casa. No habían salido las cosas como ella pensaba, como a veces ocurre.

Carla vive con su madre, quien no se metía en sus cosas y dijo no le había llamado nadie cuando regresó. Se preocupaba por su hija, y le interesaba mucho con quienes andaba, nunca le mentiría o le daría sustos.

Cansada, deja el anillo sobre una mesita pequeña, al lado de su cama antes de dormir, no se lo prueba. Parece de oro, aunque por dentro no tiene una línea en forma de llama, sino de diamantes y formando hojas, saliendo de un tallo. Si eran diamantes es muy, muy costoso; supone, son imitación. Sonríe, era un anillo muy lindo, espera no le traiga problemas.

Al día siguiente, Juan intenta completar lo que no pudo Carla. Se le ocurrió de David, como iba a una iglesia grande conocería a muchos. Se comunica con él por teléfono a la mañana.

—Hola David, *che*, te llamaba porque Carla...

Luego de charlar unos minutos David le responde.

—Sí claro, yo me encargo.

Cuando cuelga el teléfono, lo piensa mejor. Murmura preguntándose:

—¿Y a quién más podré decirle? Sea sociable, de nuestra edad y además le interese ser parte de un grupo de amigos que desean hacer cosas distintas a lo común. Y, antes de llegar a ser un grupo, se encuentran con un anillo misterioso, una notita que habla de una puerta, y ven personas petisas de ojos raros que atraen misteriosamente.

Los jóvenes se van llamando por teléfono ¿Cómo podría ser tan difícil encontrar a uno más? Ellos, habían aceptaron la idea rápidamente. ¿Por qué ahora es tan complicado? Como si esto fuera poco, no se podía postergar más la inauguración formal del grupo de amigos; estaba pago el local habiéndose realizado preparativos para ese mismo día. Se suponía, estaría aquel que faltaba.

Al final, Ceci llama a la enamorada de Mónica, quien fue hasta la casa de Marcos, después de comer; a la tardecita.

—Aún falta uno —le dice Mónica a Marcos.

—Ya sé... En realidad... ¡Ya somos muchos! Seamos Diecinueve, y listo...

—¿Y la bandera? ¿Y si ya los demás prepararon todo como para veinte personas? ¿Dejaremos un lugar vacío?

—Bueno... Lo vamos a arreglar rápido... Seguime —improvisa Marcos, de forma un poco impulsiva.

Salen a la calle, llegan a una avenida transitada y comienzan a comentarle, a algunos jóvenes que se les cruzan.

Una y otra vez repite: “Hola, somos un grupo...”; “Buscamos divertirnos sanamente...”. Pero nadie, les presta atención.

—No gracias —fue la respuesta más repetida.

—Seguro, si Carla le hace esta pregunta a alguno de los chicos a los que le preguntamos, acepta. —Dice Mónica hablando con Marcos, mientras caminan y mirándolo de reojo.

—Durante días lo intentó, y sólo querían salir con ella. —Le responde Marcos.

—¡Ahh... qué bien enterado estás! —Dice con una sonrisa irónica y añade:— ¿Cómo puede ser, nadie más quiere estar con

nosotros? Nosotros nos encontramos re rápido. ¿No es raro?

—Un poco. Puede ser.

Hacia mucho calor, Mónica y Marcos caminan en cualquier dirección, por donde haya bastante gente, buscando a alguien acorde para completar su grupo de amigos. Esta sintiendo incomodo el calor Mónica, y un poco mal humorados se ponen los dos.

—¿No te molesta el calor? —le pregunta Mónica a Marcos al notarse ella con síntomas de tener calor, y a su novio carente de estos.

—Últimamente no me afecta tanto, no sé porqué.

—¿Y si vamos a hablar con Carla para replantearnos? —dice Mónica.

—Sí —dice Marcos—, esto ya me está aburriendo... Aparte, en unas horas es momento de ir al salón. Si no pudimos durante tantos intentos ¿Justo se dará ahora?

—Sí, sería justo a tiempo, pero...

Continúan charlando unas cuadas más. Hasta que brusca-mente Marcos se detiene. Levanta la cabeza al cielo, como pensando. Mónica lo mira con su típica sonrisa afectuosa, ya que le gusta. Supone es el momento adecuado para darle su apoyo diciéndole que no se preocupe, que mejor ya regresan. Va pensando en esto a abrazarlo. Lo abraza un instante, y estando así siente el corazón de Marcos acelerarse. Cada vez se acelera más. Están en una vereda de una avenida muy transitada ¿Se sentiría mal por el calor? Lo mira a la cara; él continúa mirando al cielo y no parece estar pensando, sino muy serio ¿y nervioso? como intentando comprender algo, ansioso o asustado.

—Marcos —susurra y añade al no notar ninguna reacción de él—: Mi vida...

—¿Qué es eso que se acerca? —dice Marcos sin dejar de mirar el cielo.

—No veo nada más que algunas nubes y los cables atravesando las calles. —Dice Mónica mirando hacia el cielo, y llamando la atención.

—¿Sólo ves eso? —le pregunta Marcos.

—Marcos qué te pasa ¿Estás bien? No hagas chistes raros que

me incomodás.

Marcos veía por sobre sus cabezas, acercándose como un guerrero montado en un ave de amplias alas que no movía, en descenso lento hacia donde se encuentran. Ave y jinete son cómo de fuego. El mismo fuego que se observa al mirar al sol en fotos, no lo enceguece el resplandor. Se extiende de este extraño ser, algunas llamaradas pequeñas, de un color amarillo casi blanco. Se acerca más y más.

—¿Mi amor no ves nada? —vuelve a preguntar Marcos a Mónica, quien mira y nada ve fuera de lo normal, salvo el comportamiento extraño de su novio que le preocupa.

Todos le tienen un cierto miedo a la locura, asociada con actos antisociales, comportamiento ilógico que de inseguridad, incapacidad para vivir en sociedad, no vivir la realidad de todos, tener alucinaciones... A algunos considerados locos, hace unos trecientos años los encerraban y trataban realmente muy mal, pero no siempre fue así en la historia. Indudablemente la cultura es muy cambiante en todo aspecto. En el segundo milenio después de Jesucristo, los tratan de adaptar a la sociedad...

Mónica le da un beso. Marcos se pregunta qué pasará si esa cosa de fuego se les acerca más... o si le afectó el calor pese a no sentirlo tanto, de hecho la veía a veinte metros de ellos, siendo el ave muy grande. Aunque no debe ser real... ¿o sí?

—¿Viste que calor hace de repente? Vamos a la sombra. ¿Sí? Me parece no me siento muy bien, con tanto calor —dice Mónica mirando a Marcos, y hacia donde él miraba. Sintióse un poco incomoda porque no dejaba de mirar hacia arriba su novio; en ese momento no le estaba prestando atención, y sentía mucho calor.

Es de notar que solo quedaron ellos ahí parados, pues la gente, se alejó quejándose del tiempo, ya sin importarles que miraban los dos jovencitos.

—¡Vámonos! —dice Marcos.

Sumergiéndose en un profundo silencio, caminan rápidamente. Marcos, apurando a Mónica. Están tomados de la mano, y él no dejando de mirar hacia el suelo mientras avanzan. Se comporta de forma extraña como cuando piensa en cosas raras, intentan-

do buscar respuestas de algo inentendible. La única respuesta que obtiene es la ausencia de ideas. Mónica ya va conociendo las peculiaridades de su novio.

Minutos más tarde, luego de no responderle a dos comentarios que su novia le realizó, Marcos comienza de repente a contarle, algo muy extraño; y que resultaba ser su aparente realidad.

—Vi a alguien volando y se acercaba a nosotros en una especie de ave de fuego. Ambos eran como de fuego, de fuego amarillo claro, como del color del sol ¡Te juro por lo que más quieras, vi eso!

Le comenta caminando de vuelta hacia su casa, rápido y mirando hacia atrás y arriba en ese instante.

—¿Por qué no vamos de Carla así terminamos con esto de los veinte y nos quedamos en diecinueve? —dice Mónica, cambiando de tema.

—Me parece excelente, vamos a mi casa, la llamamos de ahí, y de paso me mojo la cabeza con agua fría un rato... y comienzo a dormir más.

Mónica ríe y le responde.

—Mejor no le digas a nadie lo de los pajaritos de fuego mi amor.

Continúan caminando. Al acercarse lo suficiente para poder ver de lejos su hogar, Marcos Dice:

—¿Y ese esperando en la puerta de mi casa? —añade con cara de confusión— ¿Lo ves, no?

Mónica vuelve a reír y responde:— Sí amorcito, lo veo.

—¿Qué tal? —Al llegar, saluda Marcos al que se encontraba allí, como si nada sucediera y mostrándole una sonrisa.

—Bien, busco a Marcos ¿Sos vos? Es por algo sobre un grupo de amigos, vengo de parte de Mateos.

—¿Querés formar parte? —dice Mónica antes que Marcos pueda decir algo.

—Si me dejan...

—¿Cuánto es dos más dos, y cuál es la capital de la provincia de Jujuy? —le pregunta frunciendo las cejas Marcos.

—Cuatro y San Salvador de Jujuy. Contesta con una sonrisa y sacando pecho.

—¿Edad?

—Veinte y un años.

—Humm... Bueno... Aprobado... Además conoce más de geografía que yo. —Dice Marcos y mirando a Mónica le pregunta:— ¿Sí?

—Bienvenido —dice Mónica—. Aunque ya te presentarás mejor, y nos presentaremos también mejor... Dame tu número de teléfono.

—No tengo. Te doy mi e-mail, el teléfono me lo cortaron por no poder pagarlo.

—No importa —dice Mónica—, le decimos te avise Mateos ¿Lo ves siempre a él?

—Sí, vivo a una cuadra.

—Excelente —responde Marcos—, decile te explique todo, incluso de la fiesta que es hoy, a la cual deberías venir, si querés formar parte... ¿Tú nombre?

—Nicolás. Sí, ya me contó todo.

—¡Qué más puedo decir! —dice Mónica—. Bienvenido eres el número veinte del Grupo de los Veinte Jóvenes.

—Gracias, en verdad quería conocerlos —dice Nicolás, los saluda contento y se aleja.

Marcos y Mónica entran en el hogar de Marcos. Se encuentran solos.

—Espero que vuelva... —murmura Marcos.

—Me siento más aliviada —contesta Mónica.

—Ufff... Sí... ¡Por fin!

Se dieron un beso, largo beso, muy largo beso, de esos besos que duran mucho tiempo. Marcos, se cambió de ropa y se dio un baño mientras lo esperaba su novia. Luego llamaron a Carla y fueron hasta su casa. Era una buena noticia, había sido muy difícil encontrar al integrante número veinte. ¡Casi se quedan en diecinueve!

Es increíble como pasa el tiempo, iba a ser de noche, cuando llegan a casa de Carla. Dentro de poco tendrían que ir al salón para la fiesta tan esperada.

Carla vive no muy lejos, en una casa decorada con pequeños ladrillos rojos, con un gran ventanal de madera a la calle, y mu-

chas plantas, en canteros y macetas; algunas con lindas flores de colores. Lllaman a la puerta, una señora les responde.

—Hola ¿Son los amigos de Carla?

—Sí —contesta Mónica—, él es mi novio Marcos, y yo soy Mónica.

—¡Oh sí, pasen! Me habló mucho de ustedes. Pasen, *pasen*, mi hija está en su habitación. Está un poco inquieta desde ayer. No se bien que le ocurre... ¿Saben? Tal vez está nerviosa porque deseaba encontrar alguien para el grupo que están formando, y no lo pudo hacer... ¿Ya son veinte?

—Sí señora— contesta Mónica con una cálida sonrisa.

—Me alegro querida ¿Quieren tomar algo? ¿Comer algo? —Pregunta la mamá de Carla mientras le señalaba la habitación de su hija. Y Añade—. Vayan, siéntanse como en su casa.

—Gracias —les responden Mónica y Marcos.

—Permiso... —dice Mónica mientras golpea despacito en la puerta, de la habitación de Carla. Y se asoma para pasar ella primero. La habitación es linda, con muchos colores que resaltan de las cosas, y en general ordenada.

—Pasen, vengan —se la escucha llorosa a Carla. Quien se estaba tratando de sacar, la pena para que no la encuentren en tal estado. Únicamente quitándose las lágrimas de la cara, y sentándose en la cama, pues estaba toda desacomodada en ella hasta hace un rato. Piensa, ser un poco alentada por sus amigos considera no le vendría nada mal. Qué bueno que llegaran, los necesita en este momento.

Está en un rincón de su cama, con un anillo como el de Marcos puesto en el dedo anular de la mano izquierda. Al entrar, centraron la atención un instante en el ancho anillo aparentemente de oro. También tiene un libro de filosofía en la cama junto a ella, y está vestida como para ir a la fiesta. El libro es seguramente de sus estudios en la universidad pero... ¿Y ese anillo? ¿Y por qué lloraría así? ¿Le habrá ocurrido algo malo?

—¿Qué te pasa? —le pregunta Mónica.

—¡Estoy cansada, me griten groserías por la calle y los hombres me miren con cara de estúpidos! No todos obvio, pero si los suficientes para molestarme. Cómo no se dan cuenta que me fas-

tidian ¿Se creen que voy a estar con ellos con las estupideces que dicen?

Marcos comprendió inmediatamente de qué hablaba, y ante la mirada penetrante de su novia, mira a Carla y le dice.

—Le voy a pedir si me da unas galletitas a tu mamá, permiso...

Mónica tranquilizó a Carla, la comprendió y le dio ánimo. Supuso ese anillo lo había comprado para aparentar, estar casada o de novia; aunque ¿igual al de Marcos?

Pese a sus dudas, prefirió no tocar el tema por el momento. Asimismo le molestaba no tener uno, y para peor sí lo tenía su amiga.

Marcos se enteró de toda la historia de Carla, resumida en quince minutos por boca de la madre, quien le convidó mate y le untó tostaditas con dulce de leche y manteca, hasta no querer más Marcos.

Luego, se centraron en que ya eran el número deseado, y en poco deberían estar en donde Flavia les había indicado, en el salón. Hablaron y en un momento, Carla comenta mirando a Mónica y Marcos.

—Chicos... Los estimo mucho.

En ese instante Carla se lleva una mano hacia la otra, en la cual tenía puesto el anillo.

—¡Hauch! —dice en una expresión de dolor.

—Este anillo extraño... —quitandoselo del dedo— Me lo dio uno, en una plaza diciendo me lo regalaba. No lo conocía... pero él sabía mi nombre, fue mientras esperaba en la parada del colectivo para volver a mi casa... ¿No será una broma tuya, no Marcos?

—¿Es como el mío? —Preguntó Marcos, mientras lo agarra de la mano de Carla para observarlo—. Mirá en el diseño interno, la plata, no es de llamas sino como hojas de árbol. Estos anillos deben ser caros.

—Sí —dice Carla—, pero a mí me parece son como pequeños diamantes. De hecho, recién creo me pinchó uno el dedo. Habrá sido al moverme... No sé... Raro lugar para colocar pequeños diamantes. En realidad supongo, son imitaciones de dia-

mantes, y suelen estar de afuera para que se vean, no de adentro.

Marcos vuelve a observar el Anillo con Mónica. Le susurra algo, y Mónica dice:

—Yo veo que tiene plata en forma de hojitas de árbol ¿No sé? ¿Dónde ves vos los diamantes? Y sí deben ser caros, este anillo debe estar realizado por un joyero.

—Déjame ver... —dice Carla. Mirando el anillo, añade—: ¡Juraría que cuando lo vi antes, tenía como pequeños diamantes! ¿No me lo cambiaron, no? Yo estoy segura que vi que tenía un diseño distinto. ¡Marcos me haces bromas!

—No Carla —dice Marcos—. Ni Mónica ni yo tenemos dinero como para regalar anillos así. Es extraño... y tienen distintos motivos internos como para que no los cambiemos.

—¿Por qué dice eso de no cambiarlos? —le pregunta sospechando Carla.

—No sé —contesta Marcos.

—¡Quiero mi anillo! —dice Mónica en chiste. Riendo. Como para romper el silencio de misterio, el cual se estaba produciendo cada vez más.

El misterio envuelve como si fuera una fina tela cayendo sobre ellos. Incluso cada vez se opaca más, da más oscuridad al pensamiento. Es una red que enreda más y más. Sin embargo siguen caminando en la misma dirección como quien pese a no comprender todo avanza en su destino, sabiendo que es lo que debe hacer. Porque para eso vive, y por ello ha llegado hasta el presente.

—Parecen ser de oro —dice Marcos, y añade—. Por mí, nos regalen millones de anillos de estos. ¿Alguna idea de dónde salen? ¿O quién los envía? ¿Se dieron cuenta se nos va a ser tarde para ir a la fiesta de inauguración?

—No lo sé... —contesta Carla—. Pero conocía mi nombre el que me lo regaló, y me habló... No sé... Extraño ¡No se preocupen, en veinte y cinco minutos llegamos en remis! En un ratito llega, y vamos juntos.

—¿Quiénes sabían dónde estabas cuando te lo regaló? Porque resulta extraño que mi novio encontró en su cama uno parecido antes —Preguntó Mónica.

—Sólo mi Mamá —dice Carla, mirando a Marcos—, pero ella no te conocía a ti, o a Marcos; cuando apareció el suyo. Y yo tampoco tengo dinero para estar regalando anillos así, algo creo que deben valer, no sé, se ven muy lindos.

—...Sí, indudablemente —responde Marcos.

Carla, Mónica, Marcos y Juan, se sentían mucho afecto y no se iban a separar por esas cositas extrañas. Después de todo piensan ¿A quién no le pasó algo extraño alguna vez? De esas cosas que uno tiende a olvidar, no contar, o buscarle alguna explicación conocida para restarle importancia; aunque sea diciendo “fue por casualidad”.

Faltando cuarenta y cinco minutos para las once de la noche, llega el remís que los llevaría hasta el salón. Marcos iba vestido de forma muy sencilla, Mónica bien arreglada como siempre. Y Carla tan sensual como generalmente solía vestir.

4

LA REUNIÓN DE LOS VEINTE JÓVENES

El Grupo de los Veinte Jóvenes, con muchas ansias está aguardando los últimos minutos para la celebración de su comienzo formal. La mayoría espera para entrar en el salón de fiestas. Juan, Sonia, Mateos y Flavia. Se encuentran dentro pendientes de los últimos detalles. En el escenario hay músicos probando el sonido y la afinación.

Se los escucha con sus guitarras criollas. Comienzan a hacer vibrar las cuerdas, llorar las notas que emanan de ellas. Al poco tiempo cambian a arpeggios. En distintas voces interpretan simultáneamente una misma melodía. Son voces armoniosas, aunque diferentes, entonando misma canción en distintos tonos. Hablan un idioma que no sólo se escucha, también se lo percibe con el sentimiento. Afuera del salón, la música silenció al murmullo de la espera, acrecentando las ansias por disfrutar de los preparativos de aquellos que aguardan poder entrar.

A los minutos de arpeggios, únicamente se comienza a oír un sonido rítmico producido por las notas graves de las cuerdas bordonas de las guitarras.

Sabían, habría un quinteto de folclore. Juan no pudo callar su

idea de contratarlos. Él, trabaja en seguridad en un supermercado, e invirtió todo su aguinaldo pedido por adelantado, en contratarlos por una noche, un domingo. Hay dos aguinaldos por año, cada uno equivale aproximadamente al sueldo de una quincena de trabajo.

Cuando cesa la rítmica melodía de tonos bajos, vuelve a escucharse un alza de murmullos en los jóvenes.

Se dicen unos a otros: “¡Qué bueno!”; “Va a estar genial”; “¿Cuánto falta?”.

A los instantes, se abre la puerta del salón, y nacen los aplausos que se atenúan hasta enmudecerse. Los cuatro que estaban dentro se incorporan al final de la fila para entrar junto a todos. Se cierra nuevamente la puerta del salón. Las miradas se dirigen a ellos, Juan dice.

—¿Qué? ¿No pensarían nos íbamos a perder la entrada no?

Nadie contesta, uno a uno vuelve a mirar hacia adelante para ingresar al salón. Al instante, abre la entrada, un señor vestido de gala. Dice:

—Por favor, pasen...

Comienzan a entrar, suben una escalera que los llevará al salón principal. Al costado de ésta, a pocos metros de la entrada, hay un mural pintado.

Marcos se detiene un instante a observarlo; posee un castillo con unos murciélagos delante de una luna llena. Sus ventanas están amarillas como si luz hubiera dentro. Rodean al castillo montañas, las cuales son una sombra iluminada por la escasa luz de la luna. Un camino tortuoso, va al encuentro de una puerta. Se la observa, casi confundiéndose con las gastadas piedras del castillo. Hay que esforzarse para notar que allí hay una puerta. Si esta no estuviera en dónde se la suele ver, pasaría desapercibida.

Las escaleras del salón, son iluminadas por dos tubos fluorescentes en forma de relámpagos. Paralelos y zigzagueantes se prolongan iluminándola.

El sonido de un violín comienza suavemente como si se tratara de una suave brisa naciendo en noche silenciosa. Pasan por la entrada del salón, uno a uno en fila quedando de espaldas a la pared. Se detienen a contemplar a su alrededor, desean las imá-

genes de ese momento especial, queden por siempre en el recuerdo.

Una escena un poco fuera de lo común se presentaba ante ellos; distintos estilos se mezclan para formar fusionándose, aquel lugar. Presenta una ambientación medieval junto a una moderna; ambas reunidas en un salón; invitan a que el tiempo caiga en olvido entre sombras y luces.

Ese instante es iluminado por escasa luz y por el piso. Mediante una fila de baldosas con luz, que se prolongan por debajo de una antigua mesa redonda. Se quedan mostrando pequeña luminosidad verde clara, envuelta por manto de humo gris. Éste, desciende de un escenario, de ambas puntas, donde en el centro se encuentra el violinista concentrado en su interpretación.

Se lo observa como si estuviera parado en una nube gris, vista por una gran ventana rodeada de cortinas antiguas, de un tono blanco azulado. Lo ilumina luz celeste. Las luminosas baldosas en ese instante, avanzan hasta el escenario, marcando un inconfundible camino.

Los jóvenes al contemplar esta ambientación, murmuran. La sorpresa acaricia sus sentidos. La mayoría nunca había visto algo así.

Al centrar la atención en el violinista, se lo observa vestido de cuero negro, éste refleja tenues brillos. Más pronunciados aún, en los metales formando dibujos, sobre el negro cuero de su campera. Viste como Heavy Metal, aunque no posee una guitarra eléctrica, sino un reluciente violín ¿Las apariencias engañan? Se mueve suavemente mientras interpreta, absorbo la melodía, que de él nace en ese instante.

La antigua mesa redonda, se ilumina por un candelero de vidrio blanco; comienza entonces a añadir claridad, sumando su pequeña luz al ambiente. Flavia se adelanta y se ubica ante la línea formada por las baldosas iluminadas. Un poco ansiosa dice:

—¡Vengan, no se queden ahí!

La siguen curiosos y atentos. Se escucha un sonido repentino proveniente de maquinas de humo, y al instante casi no se ven los pies, avanzando unos pasos, algunos flashes comienzan a encenderse y apagarse, no muchos, pocos. En las paredes hay pin-

tadas estrellas. La bandera que tan bien está realizada se observa sobre el escenario, rodeada de fino tubo fluorescente de leve luz color violeta. Los ojos de los personajes petisos dan escalofrío.

Contra la pared, mesas y sillas habían sido acomodadas y tapadas de tal forma, por telas pintadas, que con el humo más las luces no parecían esto, sino rocas rodeándolos por los costados. Y como la mesa está con los platos vacíos. Comprenden, es una invitación a centrar la atención en el escenario.

En cuanto se acercaron con su paso lento, acomodándose al frente, él violinista se silenció. El piso comenzó a mostrar un juego de luces, añadiéndose al ambiente efectos de láser resplandeciendo en el humo, atravesándolo y dibujando figuras. El violinista se volvió guitarrista, y detrás de él se dejó ver a alguien en percusión. Aparecen lentamente, uno a uno todo un grupo de Hard Rock, quedando inmóviles frente al grupo de los veinte, hasta que todos están listos.

Comenzó así, un recital privado. ¿Y los que tocaban folclore?

—Le damos la Bienvenida al Grupo de los Veinte Jóvenes que buscan hacer algo distinto, que sea sano... Obvio. —Dice con una sonrisa irónica un músico.

Un fuerte trueno resuena, prolongándose un instante, a lo cual gritaron algunas chicas. En sonido de truenos en distintas intensidades, los acompañarían a lo largo del festejo.

—Parece que va a llover... ¡Diviértanse! —añadió el músico.

Al comenzar la música, algunos bailaron; en un momento el baile fue empujarse, y saltar al volverse la música Heavy Metal. Humo, luces y efectos los acompañan.

Así comenzó el mini recital que organizaron, tocaron unas canciones durante unos cuarenta y cinco minutos, saludaron, y luego sólo quedó el que tocaba el violín, al cual recurrió nuevamente. Tomándolo con delicadeza, como si se tratase del cristal más débil y costoso que existiera. Comienza a sentirse la sensación de haber finalizado esa escenografía aunque no se quisiera.

Se escuchan algunos truenos de fondo, en lejanía, no se sabe si son preparados o de la tormenta. El violinista de forma magistral prolonga melodías perfectamente en tonos armoniosos; a

esto se suma un quinteto con guitarras criollas que comienzan a acompañarle. Posee un aire de misterio aquella música, acrecentado por el entorno.

Así seis músicos con sus instrumentos de cuerdas comenzaron a interpretar de esas canciones que casi todos conocen. El violinista a veces se movía como si interpretara Heavy, y los guitarristas le miran con una sonrisa. ¿Estaba eso preparado?

—¡Alucinante! —dijo en voz bien alta Juan.

—¡Copadísimo! —dijo en voz bien alta Carla.

—¡Bravo! ¡Otra, otra! —gritaron varios.

Volvió el baterista, volvió el bajista y se fueron integrando a los guitarristas todo el grupo anterior, incluso el cantante, el cual acompaña algunas canciones con su voz. Se los escucha de maravilla.

—Esto no estaba preparado así —comenta Flavia a Mónica.

No se sabe quienes disfrutaban más, si los músicos que terminaron todos juntos, o los que se reúnen para festejar un comienzo.

Todos están felices, al menos lo expresaban con sus cuerpos, miradas, silencios y alguna que otra lágrima de emoción.

Interpretan una canción tras otra. Hasta resulta extraño lo tan bien que lo hacen y combinan. Tal vez están inspirados en la belleza misma, habiendo podido captar parte de ella en su arte.

Comienza la última canción juntos, esto es notorio porque se estrechan las manos y se saludan con gestos. Impresionante, sin duda alguna hablan un mismo idioma entre los estilos.

Se alejaron los rockeros, quedaron los folclóricos ¡Aún no había terminado la fiesta! Se miraron, miraron un instante a su público de veinte personas...

—¡Un; Dos; Tres! —gritó el del medio dando golpecitos con el pie al escenario.

—¿Cómo pueden mover así los dedos sin equivocarse? —se le escucha decir a Marcos al instante.

Comienzan así a interpretar canciones clásicas de los guitarristas argentinos e internacionales más conocidos, incluyendo tangos de Piazzola, y música clásica interpretada en las cinco guitarras. Al tocar Asturias de Albeniz, es acompañada por todo un juego de luces. Indudablemente estos músicos podían inter-

pretar cualquier música, no sólo folclore.

Luego de treinta y cinco minutos de excelentes interpretaciones de concierto y juegos de luces. A la espalda de los jóvenes, estaba servida la mesa. Al lado de ésta, se encuentra otra más pequeña llena de alimentos y bebidas, aunque principalmente parecen ser postres. “¿Cuándo la pusieron allí?” Se preguntaron algunos.

—Chicos —dijo un músico—, nos despedimos, espero les haya gustado tanto como a nosotros. ¡Hasta la próxima!

El quinteto interpretó en guitarra y canto, un hermoso folclore, de esos que llegan al alma y conoce casi todo argentino. El canto con el sonido de las cuerdas estremece, como si la pura pasión hablara. Se despiden, no sin recibir aplausos y ovaciones afectivas. ¿Había terminado el show?

Reflectores iluminan la bandera realizada por Marcos y Mónica. Juan sube al escenario, los reflectores apuntan a él. Dice totalmente carente de carisma y arte.

—Bueno... Ahora a seguir disfrutando de buena música, a conocernos un poco, a presentarnos... Y... No se asusten, por la idea de Sonia.

Descendió rápidamente del escenario. Se apagan todas las luces un momento, se observa una proyección en el techo, de la luna llena. Posee algunas representaciones de nubes moviéndose por delante, pareciendo real. Tan real que las tenues nubes son traslucidas y en la luna se le observan las irregularidades grises.

Se escuchan nuevamente las maquinas de humo y sobresalta un fuerte aullido de lobo en lloro, raja el silencio. Están como envueltos por un cielo estrellado, entre rocas y neblina.

Era un poco asustadiza realmente la escena, hasta que comenzó a escucharse música tecno y hubo un show de efectos de luces, rodeándolos.

Al ritmo de una nueva música (habiendo pasado otras tantas), dejándose notar claramente el salón, comienza a haber más iluminación. Se ilumina perfectamente el lugar, con música ahora de fondo. El show ha finalizado y comenzaba el conocerse entre los que menos se conocían.

Comieron y charlaron como en cualquier reunión de amigos,

hasta que Juan se paró y Dijo:

—Tendríamos que presentarnos uno a uno... Ya que hoy ha comenzado el Grupo de los Veinte Jóvenes. Charlar lo que será, y cómo nos manejaremos. ¿Qué les parece si nos sentamos sin esta mesa en medio, al lado de la mesita con cosas ricas?

Corrieron las sillas y cada uno va al lado de la mesita repleta de bombones, torta, masas secas, duraznos con crema y otros; además de bebidas, como para el doble de personas. Allí, comienza la presentación de cada uno, en medio de lo que se vuelve un inmenso salón. No da sensación de vacío sino de intimidad. Se escucha sonido de lluvia entre medio de una música de fondo, muy suave, mientras se presenta el primero.

—Mi nombre es Juan, me encantan los autos y viajar. Trabajo en un negocio donde soy jefe de seguridad. Me gusta la música nacional, desde folclore y tango, al *Rock pesado*. Me gustaría nos reunamos para realizar viajes. De hecho, se puede contar con mi coche, así junto con otros vehículos emprenderlos... Conocí a Marcos quien me dijo había sido elegido para formar parte de este grupo, y pensé que me había ganado un premio o algo así... cosa que en realidad creo no me he equivocado...

Se escuchan aplausos y continúa el siguiente, quien habla rápido, por pensar, aburriría a los demás.

—Mi nombre es Marcos, me gusta todo lo que tiene que ver con castillos, fantasía y caballeros. Estoy en este grupo gracias a Mónica, ahora mi novia, y Carla. Trabajo en Capital Federal, en un negocio de comidas. Me encantaría ir alguna vez a algún castillo. De hecho, conozco donde hay uno... Me gusta comer asado y un poco jugar al fútbol; y disfruto mucho poder conocerlos.

Se escuchan aplausos y un “hermoso” indudablemente proveniente de Mónica, la cual continúa presentándose.

—Mi nombre es Mónica, estaba esperando a alguien que conocí por Internet, quien nunca vino por suerte, y Carla -de quien salió la idea de formar este grupo de amigos-, me lo dijo en la capital, donde nos cruzamos. Vivo con mis padres y *no hago nada*... estudié un poco historia en la facultad, pero lo dejé por un trabajo, del cual al final me echaron, y ahora me tomé unas largas vacaciones.

Se escucha nuevamente aplausos más alguien que grita “*ponete las pilas*” expresión aceptada como graciosa por la de “*largas vacaciones*”.

—Hola, soy Carla. Conocí a Mónica cuando estaba paseando. Quería hacer algo distinto a lo que hacía generalmente como ser... Salir con mi novio... Ir a comer algo... Ir a bailar... O cosas por el estilo, esas cosas que una suele hacer. Me crucé con Mónica quien estaba sola y se me ocurrió comentarle la idea que ya todos conocemos. Estudio sicología y me gustan mucho las plantas.

Nuevamente se escuchan aplausos y comentarios. Al finalizar Carla todos se quedan mirando un instante, sin saber quién sería el siguiente. El que continuó fue David.

—...Bueno... Mi nombre es David, estaba en la costanera estudiando para rendir mi última materia de teología, cuando me invitó Mateos. Soy cristiano, voy a la iglesia y me recibí de teólogo. No tengo novia. Miro todas las películas de acción que pasan por la tele. Mi sueño es hacer un viaje a Israel... Y el show que prepararon me pareció buenísimo.

—Felicitaciones por recibirte de teólogo —le dice Sonia, a lo cual se sumaron las de los demás.

—Gracias —comenta David y continúa:— Bueno ¿Quién sigue?

—Hola, soy Carmen. Tengo veinticuatro años. Me gusta ir a bailar, conocer gente, estoy fascinada con todo lo que me contó Sonia, y esta reunión. A Sonia la conocí hace años en la secundaria —realizó una pausa y añade:— Tuve un sueño muy curioso: Soñé que estaba en un grupo de chicos y chicas; alguien se ahogaba, y agarraba un anillo de oro, el cual flotaba en el agua. Primero había dicho no me interesa pero cuando me enteré del anillo de Marcos quise venir.

Esta vez solo se escucharon unos aplausos, pues otros se quedaron sin reaccionar.

—¿Viste que se ahogaba alguno de nosotros? —Pregunta Marcos.

Carmen, una chica de pelo rojo, ojos marrones y tez tan blanca como la nieve, se lleva la mano a la boca como si se pregunta-

ra “¿Para que conté lo de mi sueño?”.

Ante la mirada de asombro de todos, en medio del salón, y con un sonido de un trueno que la hace estremecer, se sirve un vaso de limonada, para en ese tiempo ganado pensar rápidamente, cómo quedaría ante ellos si contaba o no. Toma un sorbito de limonada, y ante la mirada de todos aguardando, continua.

—En realidad en mi sueño, no era una persona la que se ahogaba... Ustedes saben, uno sueña cualquier cosa... Aunque juraría, estaba a mi lado, en el sueño, Carla —y añade rápidamente—: Ella no se ahogaba, sólo estaba a mi lado, de hecho me sorprendí cuando la vi aquí, aunque obviamente no sabía que era Carla... Bueno ¿Quién sigue?

—¿En serio me viste en tu sueño? ¿Pero quién se ahogaba?
—Pregunta Carla.

Carmen le dirige una mirada a Sonia, quien ante tal se lleva una mano al pecho, abriendo bien los ojos; piensa es ella la que se muere en el sueño. Al darse cuenta, ha asustado a su amiga. Carmen, quien en realidad esperaba, Sonia se presentara ella y así terminar con la historia que a nadie le había contado hasta ese momento. Se da cuenta allí la mal interpretación de la mirada, y por ello no le queda otra que continuar aún más con el relato.

—No se rían pero en el agua, se ahogaba algo semejante a un ave inmensa de fuego con alguien montado en ella...

Marcos, ante la atención cautivada sin querer tira una copa que tenía apoyada en su silla, por un movimiento brusco al inclinarse hacia adelante. Ahora todos lo miran a él. Esto acrecentado por como comienza a excusarse.

—¡Huy que tonto! Tiré una copa... Ehh... Sí, solemos tener sueños raros... Y... Sin querer se me cae esto... Mirá vos...

—Lo bueno es que te sirvió para animarte a estar acá. Seguro fue solo casualidad—. Interrumpe Mónica al notar, su novio no sabe como disimular su asombro, y no le agradaría que se ponga a hablar del pájaro de fuego que le dice haber visto.

—Sí segura... En fin... ¿Quién sigue?

—Estaba con Estefanía y Cecilia. Perdón, soy Sonia. Íbamos a pasear, y esperábamos a Carmen que no pudo venir, porque le salió una clase importante de inglés, que es su trabajo. Cuando

Carla y Mónica, al vernos nos invitaron, contándonos a las tres de qué se trataba la idea. Nos interesó, llegó al rato Juan con Marcos, y fuimos aquel día a pasear. A mí me gusta mucho la ropa, y trabajo en una tienda de vestidos para novias.

En ese instante, se acerca un mozo con una pequeñita caja de unos cuarenta centímetros por veinte.

—Disculpen los interrumpa —dice el mozo—, pero alguien trajo esto. ¿A quién se la entrego? Dijo que es para el grupo de los que están aquí reunidos, y se la entregue al líder.

—Lo último que falta, es sean anillos —le murmura Marcos a Mónica.

El mozo al notar hablar a Marcos le dice:

—Permítame señor, se lo entregue a usted ¿Si a nadie le incomoda?

—Gracias... No soy el líder. No hay un líder. Bueno, gracias —dice Marcos, recibiendo la pequeña caja envuelta con papel negro como plastificado. Añade:— ¿Pero quién la trajo?

—No me dijo el nombre —responde el mozo—. Era alguien con una moto, me dio la impresión es un típico mensajero, de los que se contratan para entregar paquetes.

—Gracias —responde Marcos tomando el paquete.

Se lo ve incómodo. Marcos está seguro, aunque nada tiene que ver con esa caja, o algo le diera indicios de suponer su contenido, salvo su imaginación y mal presentimiento lógico. Que allí se encuentran anillos. Mira a Juan y le pregunta:

—*Che* Juan, la verdad, no tengo muchas ganas de sorpresas extrañas. Vos que estuviste en la organización de esta reunión. Sabés de dónde salió esta cajita ¿No?

Juan hace un gesto negando y mira a Flavia. La única aparentemente capaz entre ellos de abonar muchas cosas, y realizar sorpresas pomposas.

—No sé nada de eso —afirma Flavia de forma convincente.

Marcos respira profundamente y pregunta.

—¿Qué hago con esto?

—¡Ábrelo! —dijo un chico alto, quien recordando aún no se ha presentado, añade rápidamente:— Me presento. Me gusta salir a comer asado, reunirme con amigos, jugar al fútbol, hacer

algo distinto, llevar una vida sana. No fumo pero me gusta un poco el vino tinto. Me gusta hacer de todo. Soy mecánico y profesor de Karate-do. Me llamo Pablo.

A alguien se le escabulle una risita por la forma de presentarse de Pablo, espontánea y rápida. Carla le responde.

—Encantada de conocerte.

—Sí... Bienvenido, seguro seremos buenos amigos.

Comentó Marcos quien no deseaba abrir ese paquete en medio de todos, sin saber primero su contenido. Ya le habían pasado suficientes cosas raras por el momento.

—¿Me lo dejás examinar? —dijo Juan en tono un poco burión, intentando disimular con una broma, lo que realmente quería hacer.

Toma la cajita suavemente, se la lleva al oído, la examina. Marcos se sirve una porción de damascos con crema para comerla con Mónica. A quien le susurra al oído:

—A que hay anillos ahí dentro.

—¿Qué dijiste Marcos? —le dice Carla al parecerle oír algo de “anillos”.

—No sé... Tengo el presentimiento, ahí hay más de estos anillos misteriosos.

—Perdón. Soy Nicolás, amigo de Mateos. Recién oí mucho de todos ustedes hoy mismo ¿Es cierto lo de los anillos?

—Sí, guarden un poco de silencio, por favor... —dijo Juan y añade:— Discúlpame Nicolás. Quiero ver si noto algo raro en este paquetito, el cual no sabemos de dónde salió.

Continúa examinado la cajita, intenta adivinar su contenido. La acerca a su nariz, la huele; la mueve suavemente cerca de su oreja esperando escuchar algún ruidito. Piensa unos minutos, y pregunta.

—¿Si quieren la mando a analizar por medio de mi papá que es policía? Quizás tenga huellas digitales o la analicen y nos den algún dato. Antes que la toquen todos...

—Juan ¿No estás exagerando? —le pregunta Flavia.

—¿Vos nos repartiste anillos Flavia? —pregunta Carla pero ella misma se responde— Me olvidaba, el primero en encontrar uno, fue Marcos y no lo conocías. La verdad, los cuatro nos cru-

zamos de casualidad...

—Miren lo coloco sobre ésta silla. No sabemos que hay dentro. Si alguien sabe verdaderamente, que lo diga y listo. —Dice interrumpiendo Juan; corriendo la silla en la cual estaba sentado, ubicándola en el medio de todos, y quedándose él parado. Añade —: Si nadie lo abre, le cuento todo a mi papá para que lo investigue como algo de él y muy discretamente...

—¿Y si está llena esa caja de anillos de oro? —insiste Carla...

De esta forma por una cajita fue interrumpida la presentación de cada uno, y todos comenzaron a mirarla, tocarla, olerla, moverla. Luego comenzaron a hacer chistes y burlarse sobre lo que podría tener dentro. En un momento a Cristian, un chico de pelo un poco desprolijo y ondulado, se le cae al suelo. Se excusa:

—Vamos progresando, algo que explote o se rompa fácil parece ser no es. Qué bueno —y sonríe para disimular la culpa con lo gracioso.

Transcurrió más de una hora. Es extraño lo rápido del trascurrir el tiempo cuando se está entretenido con algo, aunque esto sea descubrir el contenido de una pequeña caja.

Flavia, tiene ganas de continuar con lo que habían organizado junto con los demás. Considera cuánto se han demorado y aún no se han presentado todos. Ni siquiera se ha hablado formalmente del grupo y sus reglas. Aunque todo hasta ahora es divertido, considera no hay que olvidarse de esos detalles importantes. Decidida comenta:

—Voy a sacarle el papel que lo envuelve con cuidado.

Está realizando esta tarea muy concentrada, cuando Sonia le grita un infaltable “!Buuu!”. Lo hace tocándole rápidamente casi como un pellizco las últimas costillas, a lo cual Flavia grita y tira la cajita hacia el techo, por poco rompiendo una luz. Comienza a caer he intentan agarrarla: Marcos, Mónica, Juan, Ceci, y Tomás, quienes sólo logran entorpecerse mutuamente y luego de rosar algunas manos, golpea contra el piso provocando un sonido opaco.

—¡Uhhh! —se escuchó al unísono.

David lo levanta. Comienza a quitarle el ya dañado envoltorio. No sin tener que hacer un poco de fuerza con los dedos al

apartarlo. Deja al descubierto una cajita. Del mismo color al del envoltorio.

—Ah bueno —dice Juan—. Vamos progresando, si seguimos así, dentro de media hora más, terminamos de ver, luego de dos horas, qué hay dentro.

Todos están atentos observando lo que es un pequeño baúl de madera, con la señal de un golpe en una de sus puntas, unos rayones, y una cruz grabada en la tapa. David intenta abrirla. No puede.

—No puedo abrir esto. Probá vos que sos grandote. —le dice a Pablo.

Este forcejea y tampoco consigue abrirla. En eso se acerca un mozo.

—¿Necesitan algo?

—*Todo bien*, no se preocupe, cualquier cosa lo llamamos. — Le contestó Estefanía.

—*A ver...* —dijo Juan y tomando la tapa del pequeñito baúl continúa—: Uno... Dos... y... ¡Tres!

Pablo quien realizó fuerza en sentido contrario, previsiblemente se cae, pero la risa que ocasiona esto, es silenciada instantáneamente por el asombro. Observan anillos caer provocando sonido de metal al golpear contra el suelo. Algunos ruedan por el salón.

Los recogen y colocan junto con el pequeño baúl, en una silla, en medio de los veinte. Marcos los cuenta, son diecisiete anillos muy parecidos a los de él y Carla. Por dentro tienen como diamantes, tal como lo había descrito Carla; aunque cada uno, con un diseño distinto que expresa algo.

Esto daba en total diecinueve anillos. Hablan bastante de ello. Expresan todo tipo de teorías. Llegando a estar seguros tan sólo de no saber su procedencia, y que no eran enviados por alguno de ellos. Mónica desde que observó a Carla con un anillo idéntico al de su novio, quiso tener a uno. Expresa lo que ya habían pensado todos en aquel momento.

—El problema es que falta uno, estaría bueno, todos tuviéramos un anillo ¿Qué hacemos? ¿Quién se quedará sin uno?

Lo cual les llevó a hablar de ello durante otro largo rato. Al fi-

nal, por votación decidieron sortear al que no tendría su anillo, de entre los últimos diez integrantes del grupo. Los que por ahora menos habían aportado al mismo. Luego, el anillo de cada uno, sería elegido por el que sería su dueño, del montón y con los ojos cerrados. Hasta el último de los diecinueve jóvenes que solo tendría una opción a elegir.

Mónica saltó de alegría cuando se puso su anillo, a los brazos de su novio. Carmen se puso un poco triste desde que fue sorteada como la que no tendría su anillo. Juan pensó en regalarle el suyo, pero al analizar que tal vez eran diamantes lo que poseía en su parte interior y recién hace horas tan sólo comenzaba a conocer a Carmen, cambió de idea.

—Hagamos así —dice Marcos—. Los anillos no se pueden vender salvo consentimiento de todos, y si alguien deja el grupo deberá pasarle su anillo a quien no lo tenga.

—¡Eso! —dice Flavia—. Comencemos a anotar las normas del grupo, que todos deberemos firmar, después que se presenten.

—¿Quién falta presentarse? ¿Se paran por favor? —pregunta Carla.

Se ponen en pié más de la mitad, y Carla añade:

—¿Se presentan rápido?

—Mi nombre es Estefanía, soy cajera en un supermercado hace ya cinco años. Me gustan muchos las novelas, salir, y los animales prehistóricos. —Dice Estefanía y se vuelve a sentar.

—¿Los animales prehistóricos? —le pregunta Marcos.

—Marcos —dice Ceci—, mejor no preguntamos cada detalle ¡Qué tiene de raro te interesen los animales prehistóricos! Yo colecciono ositos. Mi nombre es Cecilia y me dicen Ceci. Estudié administración de empresas y vivo con papá y mamá. También estudié baile, es mi pasión.

—Mi nombre es Sabrina, me recibo de abogada este año. Me gusta charlar y salir con amigos, mi color favorito es el rosa, y me gusta ver novelas, en especial de amor.

—Mi nombre es Mateos, soy amigo y compañero de trabajo de Marcos. Lo apoyo en ir a visitar algún día un castillo, no por que sea mi amigo claro... Me encanta la filosofía, pero estudié

inglés, y soy profesor de guitarra.

—Mi nombre es Rubén. Reparo computadoras, y me gusta mucho todo lo relacionado. Toco un poco el bajo, me gusta ir a ver bandas de música, los autos, y también me ofrezco con mi vehículo para hacer viajes.

—Mi nombre es Cristian, me fascina la poesía, de hecho soy poeta, vivo de esto. Escribo libros y también tengo algunos poemas en Internet. No me gusta ni ir a bailar, ni jugar al fútbol, pero sí charlar y pasear.

—Mi nombre es Noemí, me encanta la poesía y de vez en cuando voy a bailar. Me peleé con mi novio, no quería que venga. Dice no podía conocer a chicos. Así que no tengo mas novio, me encantaría hacer cosas distintas —dice Noemí emocionada—, viajar y conocer lugares lindos con ustedes.

—Hola, soy Nicolás, también voy a la iglesia aunque sólo de vez en cuando. Trabajo haciendo instalaciones eléctricas y lo que pueda hacer. Me gustan las plantas, pintar y jugar al fútbol. Soy vecino de Tomás jugamos al fútbol tiempo atrás en un mismo club.

—Soy Verónica, trabajo en promoción de productos, estudié inglés e italiano. Tengo veintitrés años y vivo sola. Me gusta ir a pubs, tengo novio y me fascina toda la cultura oriental. Mi papá es profesor de Kung-fu. Lo ayudo un poco dando clases y práctico además gimnasia aeróbica.

—Mi nombre es Miguel, tengo una moto que es lo que me gusta. Corrí algunas carreras, también me gusta el fútbol y el Heavy, vine por Marcos. Nos conocemos hace años porque fue novio de mi hermana, y sabía a mi me gusta bastante lo fuera de lo común. Los deportes de riesgo y nadar me encantan.

—Mi nombre es Esperanza, soy un poco tímida. La verdad tengo una vida aburrida, y me encantaría cambiarla. No sé que contarles chicos, ni siquiera sé qué me gusta. Me aburro mucho cuando estoy sola, soy hija única, hice algunos cursos de cocina. Nunca tuve más de dos amigas, y estoy muy contenta de conocerlos.

Sólo faltaba se presente Flavia, la cual no lo había hecho, ni se había parado cuando se dijo se paren los que faltaban. Algu-

nos entonces comienzan a mirarla y al fin, se levanta y presenta.

—Me gusta la música y divertirme, pasear por la costanera, tomar sol. Leer un poco mientras tomo sol, y escucho música... Ideal. Soy un poco gastadora. No lo digan a nadie pero vivo de una herencia y de una empresa de la cual poseo cantidad considerable de acciones.

—Gracias por la confianza Flavia, una de las normas será no hablar de que uno de nosotros posee una buena economía. —Comenta Juan firme y muy serio. Aguarda un instante pensando qué seguir diciendo. Sin ocurrírsele, comienza a aplaudir.

Todos aplaudieron. Los más sentimentales, incluyendo Juan, David y Cristian, hacen fuerza para no se les escape una lágrima.

Flavia salió corriendo.

— *Oops, qué onda* —dice Sonia.

Se dieron cuenta, había ido hacia donde está la cabina de música, con el musicalizador dormido. Ante un golpecito en la cabina despierta, y a una señal de Flavia comienza a pasar música para bailar y retornan los efectos de luces.

Algunos bailaron, otros se quedaron tomando cerveza que les sirven bien fría los mozos. Marcos no fue a bailar y sacó un papel, el cual, lo estuvieron viendo los que prefirieron las cervezas frías o gaseosas antes que el baile. Eran las normas del grupo que se les había ocurrido.

Flavia también había escrito ideas en un papel, se lo entregó a Juan. Y éste a su vez, tenía otras hojas de cuaderno (cuatro), con reglas.

Todos se enteraron de lo que estaban haciendo. No les molestó. Consultarían a todos si estaban de acuerdo, a la hora de debatir.

Comienza a amanecer y se debían terminar antes que finalice el tiempo contratado, Marcos va al escenario.

Al ver a Marcos estando allí, Flavia nuevamente se dirige corriendo a la cabina. Marcos es enfocado por un reflector, algunos efectos de láser se muestran. Sale humo de las máquinas de humo, cesa la música. Marcos totalmente incómodo pues le daba vergüenza el sólo hecho de subir al escenario, comienza a hablar.

—En fin... —Observó un instante, uno a uno, dándose cuenta

en ese momento que todos lo miran demasiado atentamente. Ponéndose más nervioso aún, continúa:— En realidad, en principio...

Vuelve a estar en silencio y comienza a mirar un papel que posee.

—¡Dale habla! —grita Juan.

—Bueno, este es el reglamento. Al que no le guste lo dice, porque sino lo dice, al final hay que firmar conformidad, y no hay vuelta atrás. —Lee ante la mirada de todos:

Seremos amigos, lo que significa no pelearnos entre nosotros. Todo conflicto se hablará, incluyendo el irse del grupo para pasar el anillo al que quede. Como en principio somos veinte y hay diecinueve anillos, no se buscará a un nuevo integrante si uno decide alejarse. Entregará su anillo al que no lo posee, es distintivo de ser parte del grupo. No seremos menos de diecinueve, porque somos El Grupo de los Diecinueve Jóvenes. Los anillos no se pueden vender ni perder. Si alguien lo pierde, deberá hacerse uno igual, incluyendo la parte interna del mismo. Si no puede comprarlo se le ayudará.

La idea es, estemos juntos. Se pide que esté en contacto y participe del evento especial de cada año. No obstante, si le deja de interesar el grupo, le pedimos por causa de la misma amistad que nos une, sea sincero. El hecho de que alguien se aleje y no sea más uno de los diecinueve, no significará que nos enemistemos con él; aunque sí significará, no podrá participar del evento especial.

Todos ayudarán al que tenga un problema, como si fuera un hermano o hermana, como un verdadero amigo o amiga. Hay libertad de pensamiento, no obstante no se admite nada moralmente incorrecto. Esto es porque nos afectaría a todos. No se puede expulsar a alguien si no están de acuerdo todos los demás integrantes del Grupo de los Diecinueve Jóvenes. Se intentará siempre, los que formamos este grupo de amigos, estemos en contacto, no quedando alguien de lado o sea menos estimado. No se permite que uno sea burlado constantemente, o rechazado sin motivo. Buscamos hacer cosas distintas siempre, tan sólo, de

ser sanas y no violen leyes.

Marcos levanta la vista, y es entonces que escucha aplausos y ve en medio del salón a esa ave voladora que antes había visto. Los mira a todos, los cuales evidencian tener calor, pero no notan nada extraño. Supone sólo el ve a ese ser extraño; por tanto añade según lo planeado, casi sin pensar.

—El que esté en desacuerdo levante la mano.

Nadie lo hizo, respiró profundamente, miró a todos; incluyendo al ave con alguien encima que parecen de fuego.

—¡Qué pasa con el aire acondicionado! —Gritó Juan mirando a un mozo. El cual, estaba cruzado de brazos en la entrada del salón, esperando a que todos se retiren.

Éste hizo un gesto de no saber. Marcos sintiéndose muy extraño y esforzándose en no demostrarlo, dice:

—El grupo de los Diecinueve Jóvenes ha comenzado. Aunque comenzamos siendo veinte.

Descendió por una escalera del escenario y cuando mira nuevamente, no ve al ave de fuego. Se sintió más cómodo, aunque preocupado.

Subió Flavia al escenario. Explicó un poco lo que había leído Marcos, aunque estaba bien claro. Todos firmaron ese mismo papel, sin ningún problema pues no decía nada malo. Al finalizar esto, Juan propuso que el evento del año sea ir a visitar el castillo que Marcos suponía saber su ubicación; a lo cual asintieron, ya que podrían hacer distintas cosas he incluso significaba un viaje interesante. Posiblemente descubrirían un lugar desconocido, y luego los recordarían por ello. Estaba la posibilidad de ser genial. Juan para finalizar el tema comenta:

—Deberemos coordinar las vacaciones y será necesario sacarle fotos a los anillos porque tienen diseños internos distintos.

Antes de marcharse del salón, hablaron un poco, incluso de sus anillos. Carmen, ya no se sentía mal por no tener el suyo, porque estaba contenta de formar parte, y dudaba de que algunos duren.

El más extraño fue el de David. En su parte interna había representadas personas tomadas de la mano. No le desagradó, lo

vio como un simbolismo de unidad. Aunque... ¿De dónde saldrían estos anillos que tienen la mayoría como diamantes por dentro?

Casi ya no hubieron charlas, las conversaciones estaban todas concluidas. El cansancio marca también un final, como la noche que se impone, poniendo fin a un día hermoso. Se ha alcanzado con gran éxito la meta establecida. Ahora se comienza a emprender una nueva; que en realidad parecería poseer mucho tiempo gestándose, pues como sabemos era el sueño de uno de los integrantes.

Hay algunos de ánimo aventurero, que prefieren ignorar un poco los peligros, revelándose a lo cotidiano. Avanzan cada día a la meta que sienten en sus corazones. Sin esta, es como si no existiera un plan de libertad del sistema que rodea.

5

ACONTECIMIENTOS EXTRAÑOS

Flavia se comunica con Carla por teléfono. Está muy alterada. Dice:

—¡Olvídense de mí! No sé qué ocurre, y no me quiero meter en cosas raras.

—No te asustes ¿Qué es lo que te pasa? —le responde Carla.

—¡No hay ninguna explicación! ¿Cómo un anillo puede evitar lo agarre, alejarse y esconderse moviéndose solo?

—¿Estás segura de lo que viste? —al no obtener respuesta, Carla vuelve a preguntar:— Flavia ¿Me escuchás?

Pero no se escuchó palabra o sonido alguno. Flavia, había cortado la comunicación. Lo primero que se le ocurrió a Carla es llamar a Juan, quien fue a buscarla para ir a ver qué le ocurría.

En el auto, Carla con Juan conversan:

—Flavia estuvo muy contenta en la fiesta, y ahora sale con esto. Es extraño ¿Qué le habrá pasado?

—Dice ¿el anillo la evita? —pregunta Juan.

—Parece ser eso le parece a ella, no creo mienta conscientemente. Eso debe ser su realidad. Debemos averiguar lo qué realmente la motivó a tal enojo. Supongo está confundida.

Conversan sobre esto. Por no perder tiempo tan sólo llamaron a Marcos y Mónica para que estén enterados, pero no los fueron a buscar.

—¿Acá vive? Que linda casa... —le dice Carla a Juan, en la puerta de un bellissimo edificio, muy bien cuidado en todos los detalles.

Se acerca a la entrada. Esta es en el frente casi totalmente de vidrio. Un portero avanza hacia ellos, y antes de que llamen, les dice apenas abriendo la puerta:

—La señorita Flavia les da esto. Pide por favor se olviden de ella. Esto es lo que me dijo, además del siguiente recado: “*No me llamen ni me busquen, cuando lo desee llamaré a todos para desearles éxitos, y no pidan hablar conmigo.*” Ahora discúlpeme, debo pedirles, se retiren —dijo el portero cerrando la puerta lo más delicadamente que pudo, para no parecer grosero.

—Creo... Volvimos a ser diecinueve muy pronto. —Dice Juan observando el anillo entregado de Flavia, viéndolo reposado en la palma de su mano.

Han trascurrido dos días de aquella fiesta. Carla y Juan vuelven al coche con el anillo de Flavia. Carla piensa en voz alta:

—Estaba muy contenta; invirtió mucho dinero en la fiesta, que organizó y ahora dice, el anillo la rechaza. Es decir, lo que adoptamos como identificativo de nuestra participación en el grupo. Tal vez, por temor al rechazo fue que invirtió tanto en la fiesta, tal vez no. Quizás, una vez olvidó donde lo dejó... Quizás, otra vez rodó de ella lejos... Quizás, alguien luego se lo guardó y ella en lo primero que piensa es que el anillo se mueve solo para evitar lo use. Sospecho ocurre esto... Se hace como una autoinducción psicológica, por sus temores al rechazo... Voy a llamar a Sonia.

—¡*Ha bueno...*! Ok... Vení, nos alejamos un poco para no incomodar a Flavia estando aquí.

—¿Pero vos qué pensás?

—Que no sabe qué excusa dar, y lo único que se le ocurrió fue eso.

Carla se comunica mediante su celular con Sonia, quien se sorprende. Dice no estar enterada de nada y le cuenta, posee un

número telefónico privado de Flavia. Se lo había dado cuando organizaron la fiesta “por si surgía alguna urgencia”. A punto de terminar la comunicación con Sonia.

—Bueno... —Dice Carla luego de unos minutos de conversación—. Veamos si nos llama y si no lo hace te comunicas con ella mediante ese número. Por las dudas, no le decimos nada aún a Carmen.

—Por cierto —dice Sonia apresurada antes que Carla finalice la llamada telefónica—. Algo raro tienen los anillos.

—¿Qué ocurrió?

—En un momento me pinchó y ahora no es de diamantes en su interior, sino como si representará al viento o el agua. En la parte interna tiene pequeñas líneas onduladas de plata. ¿Cómo puede ser que cambie?

—Ni idea. A mí también me pasó algo así.

—En un momento —continúa contando Sonia—, de noche, me pareció como si flotara en agua, claro que podía estar soñando. Pero luego apareció agua en el piso.

—Voy a organizar para que charlemos todos el sábado. Haber si a alguien más le ocurrió lo mismo. Un besito, chau.

Carla se saludó con Sonia, y luego le cuenta a Juan los detalles de la conversación.

En esos días, comenzaron a llamarse todos los del *Grupo de los Diecinueve Jóvenes*, los veinte. Le habían ocurrido cosas extrañas a cada uno de ellos, salvo a Carmen. Carla descartó su teoría con respecto a Flavia rápidamente formulada, y ahora dudaba si los anillos tendrían algún narcótico, o si eran víctimas de alguna broma extraña, muy bien elaborada.

No le fue mejor con esta teoría que con la anterior. Comprobó preguntándoles a otras personas cómo los veían, siendo igual que como ella los veía, el resultado: No era una alucinación lo de su cambio de forma, además ¿Todos tendrían una misma alucinación, centrada en los anillos? Imposible. Y sobre la broma... ¿Quién se tomaría tantos trabajos, y para qué?

“Son unos anillos misteriosos que provocan efectos raros y se modifican en su parte interna.” Su certeza, le ocasiona la incógnita.

Carla se comunicó incluso con Flavia, y le dijo por favor venga al lugar donde se juntarían para charlar. Así juntos decidir que harían.

Días después, a las dos en punto de la tarde, se reúnen en una plaza cercana a *la costanera*. En el parque Lezama. Buscan una parte en donde haya gente a su alrededor, pero lo suficientemente lejos como para que no escuchen una conversación privada, que suponen será muy fuera de lo común.

Todos estuvieron allí minutos antes de lo acordado. El día es nublado, hace mucho calor, como si a ellos los persiguiera el calor. Marcos, llega diez minutos antes siendo el último en acudir. Él, junto con: Mónica, Mateos, David y Nicolás.

Atraviesan unos tupidos y viejos árboles subiendo a una pequeña elevación. Marcos queda inmóvil, dirigiendo su mirada, a metros arriba de las cabezas de los demás allí reunidos.

—¿De nuevo mi amor? —le dice Mónica con voz temblorosa, casi llorando.

—Sí, ahora veo a dos juntos. Voy mejorando... —Contesta Marcos con ironía.

—¿Qué ves? —murmuró Nicolás.

—Ya les voy a contar. Sólo espero no terminemos todos en un loquero.

—¿Estaremos enfermos de algo? —dice Nicolás.

—No creo que sea eso —dice Marcos.

Obviamente sus amigos se dieron cuenta de la actitud sospechosa de Marcos y su cara de preocupado; junto a la incomodidad de Mónica, y la cara de susto de Nicolás. Pero no hubo uno al cual no le ocurriera algo fuera de lo común, salvo Carmen. Por ello, no se sorprendían en lo más mínimo de sus caras.

Están tensos. Se saludan y comienza cada uno a relatar los hechos extraños ocurridos. De cierta forma, aliviándose así un poco. No sintiéndose solos, y liberándose de la carga de la incompreensión y el secreto. Es un consuelo sentirse acompañado por gente a la que le ocurre lo mismo. Comienza a hablar Flavia.

—Lo más extraño que me ocurrió fue en un momento en el cual me tropecé —les relataba Flavia, asegurándose no la escu-

chara alguien además de sus amigos, por temor a lo que pensarán —. Para mi sorpresa, me caí sin tocar el piso. Contra las leyes físicas, quedé inclinada tan sólo rosando con un pie el suelo. Sorprendida, casi flotando en el aire por unos segundos. Luego, cuando me sacaba el anillo, este por las noches también flotaba, y una vez no lo podía agarrar porque me esquivaba.

Marcos de vez en cuando mira al cielo. No le sorprende tanto como antes lo que ve. Comienza incluso a encontrarle belleza; en este caso, a las *dos aves como de fuego* amarillo muy claro, con sus respectivos jinetes sobre ellos. Sus alas extendidas las movían muy lentamente, con ellas los cubren a todos. También le pareció de ser él quien menos siente el calor. Mientras tanto, Flavia continua diciendo.

—Fui a mi médico y le pedí me realizara un estudio clínico completo, aunque estándar; diciéndole que tenía ganas de hacerme un chequeo general, rápido, por causa de un sueño que tuve. Me salió todo bien...

Carla contó sus teorías psicoanalíticas, manifestando que indudablemente no eran efectos psicológicos los que ocurrían. Carmen la única que no se puso un anillo, no le había pasado nada fuera de lo común, salvo los sueños que tuvo toda su vida, según ella afirmó.

Marcos habló de como hace días comenzó a ver *Los pájaros de fuego con jinetes que no se ven*. Dijo incluso que en ese momento estaba viendo a dos sobre ellos. Añadió como anécdota el relato de no haberse quemado, cuando se derramó agua muy caliente en la mano.

—Me había preparado el mate —dice Marcos—, y como siempre comprobé que el agua estuviera *a punto*; derramando apenas un chorrito sobre mi dedo, en la pileta. Resulta que la sentía tibia pese a que estaba seguro, ya estaba. Probé dos veces y a la tercera el agua comenzó a hervir, no quise probar mucho pero la seguía sintiendo tan solo tibia incluso hirviendo. Volqué un poco de agua re caliente en mi mano, y no me pasó nada. No me quemó para nada, ni siquiera se me puso un poco rojo. Obvio, no tomé el mate así. Incluso lo tomo menos al mate porque siempre me resulta tibio y no caliente. Creo voy a tener que

acostumbrarme... Al mate yo no lo dejo ni tibio.

Juan mandó analizar discretamente su anillo para saber si era o no de oro.

—Fui a un joyero —les cuanta Juan—, y me dijo: *no es oro aunque hubiera jurado, lo era a primera vista; y... que la plata no es plata aunque también hubiera jurado que lo era*. No son metales preciosos. Fui a dos joyeros. Ambos me dijeron lo mismo. Uno me ofreció el doble de su valor equivalente en oro, por el gran parecido y la incrustación del otro metal —hizo una pausa, miró al suelo, luego hacia delante como extendiendo su mirada a un punto invisible. Continuó sin la firmeza típica que lo caracteriza, diciendo:

—Mis reflejos aumentaron, pero lo más asombroso fue que me encontré manejando mi coche sin moverme. Como si pudiera manejar maquinas con el pensamiento. Pero luego me duele mucho la cabeza. Miren... A ver... Sí, ese semáforo que se ve ahí... Lo voy a dejar en rojo.

Había un semáforo a lo lejos. Al instante comenzaron a tocar bocina los vehículos. Seguramente piensan los conductores dejó de funcionar por quedarse la señalización en luz roja.

—Ahora lo dejo de afectar y vuelve a su estado normal —dijo Juan, y así ocurrió.

—Voy a hacer que todos sus relojes se les detengan... Miren sus relojes...

Todos asombrados miran sus relojes detenerse (o apagarse) ya sean digitales o de aguja. Luego, a los minutos de preguntarse uno a otro si su reloj estaba en tal estado, dejando de observarse a Juan como enajenado. Vuelven a la normalidad cuando Juan indica con un gesto de su mano, haría eso.

—Mi celular se detuvo la hora, es asombroso. Y fue el único que no se apagó —dijo Verónica.

—Es que ese —dice Juan—, fue el primero en que me concentré y lo hice así.

Sonia interrumpe al llorar. Se tapa la cara con las manos, intentando hacer el menor ruido posible. Inclina su cabeza en el hombro de Carla. La abraza sin dejar de llorar. Guardaron respetuoso silencio hasta que comenzó a relatar su historia.

—Me comunico con animales al mirarlos. A veces ni necesito mirarlos, alcanza con que los sienta. Lo digo y me escucho diciendo locuras, así que no lo digo, voy a ver si me sale —suspira profundamente y añade:— Me da un poco de vergüenza, incomodidad. Miedo...

—Por lo menos no ves *aves de fuego* como yo... —dice Marcos que al dirigir su mirada al cielo, observa, se alejan. A partir de ese momento, sabrían a que se refiere cuando dice *aves de fuego*, pues relata todos los detalles relacionados de lo que le pasó. Sonia continua con su relato:

—Miren... Intentaré no llamar mucho la atención —dice Sonia, acaparando la atención total de sus amigos.

Sonia levanta un poco el brazo, y extiende el dedo índice de su mano. Una hermosa paloma blanca con algunas manchas marrones, desciende y se posa sobre él. La paloma acomoda sus alas, se miran un instante. Sonia sonrío un momento aunque no deja de notarsele está triste. La paloma extiende lentamente sus alas, y ante la mirada maravillada de los demás levanta vuelo. Sonia la sigue observando. La paloma desciende en un arbusto de flores, y saca una delicadamente con su pico. Nuevamente vuela y pasando cerca del grupo de jóvenes deja caer la flor donde se encuentra Sonia. La flor rosa su mano que había abierto, aguardando a que los pétalos de la pequeña flor descendieran en su cálida palma. Aunque, estos un poco desviados, fueron al césped.

—¿Vieron lo mismo que vi? —preguntó Carmen.

—¡*Alucinante!* —dice Cristian y añade:— Fue algo hermoso y lo recordaré toda mi vida. ¡Lo que hiciste fue bello, como si un poema cobrara vida!

Al decir esto Cristian; algunos le dirigieron una mirada un poco perpleja y temerosa, a lo cual añadió:

—Hablo en sentido poético... Obviamente. Yo no hice nada ahora.

—Me pregunto —interrumpe Carla—, si el Grupo de los *Diecinueve Jóvenes que buscan hacer algo distinto*, duró poco.

—Chicos yo quiero estar con ustedes. Creo que será mejor —dijo Flavia y añadió en chiste:— ¿Tal vez nos convirtamos en los

diecinueve héroes? ¿No era que queríamos hacer algo distinto? A veces la vida contesta de formas extrañas... ¿Me devuelven mi anillo por favor?

—Sí claro —dice Juan—. Pero... ¿Te lo volverás a poner? Pregunto de curioso, igualmente te pertenece. Ya sabes todo lo que acordamos. Todos contentos de que no dejes de ser parte.

—¿Y por qué no? De hecho, observo a todos los que tienen uno, teniéndolo puesto... ¿Están tristes, miedosos, y lo usan igual?

Nadie le contesta. Juan le da el anillo y Flavia se lo vuelve a calzar en su dedo. Piensa, ya no sería la misma por más que no lo tuviera. Siente, algo había cambiado en su ser. Flavia dice luego de una pequeña pausa y de un suspiro.

—Mientras no tenía el anillo nada cambió. Lo único que cambió era que estaba triste por haberme alejado de ustedes. Espero seamos amigos por siempre, pase lo que pase. Hace meses que entre algunos nos conocemos. Sin tener el anillo jugué durante horas haciendo mover hojas secas en mi jardín, y ramas de los árboles. Cuando el viento soplaba, las hacía mover opuestas al viento, pero impulsadas por él mismo... Se veía y sentía tan emocionante.

—Yo me voy chicos —dice Carmen y añade ante unos cuantos “¿Por qué?”, “No, quédate”, “Segura?— Es obvio. A mi no me pasó nada de lo que a ustedes, nunca me puse uno de esos anillos. Todo esto estuvo raro desde el principio y la verdad voy a aprovechar el no haberme tocado mi anillo para alejarme. Al menos antes que me comiencen a pasar las cosas que les están ocurriendo. Les deseo lo mejor. Pueden contar conmigo si los puedo ayudar con algo... Pero me voy. No quiero terminar en vuelta en nada extraño ¿Qué dirían mis padres?

Carmen saludó apenada, avanza un poco, da media vuelta y vuelve a saludar con un movimiento de la mano. Mientras se marcha lentamente todos guardan silencio. Algunos miran hacia abajo, otros miran la figura de Carmen que se aleja.

—La verdad, hace bien —comenta Mónica incómoda por tanto silencio. Añade:— Nos estamos volviendo un tanto raritos. ¿Quién se va? ¿Quién se queda?

El silencio fue roto con la respuesta de cada uno: los diecinueve se quedan en lo que ahora sin dudas es el *Grupo de los Diecinueve Jóvenes*. El silencio se prolongó, cada uno piensa en su interior. A algunos le habían ocurrido cosas raras pero a otros no tanto, tan sólo sus anillos cambiaron en la parte interna luego de pincharles apenas el dedo, aunque tal vez algunos ocultan algo...

Estaban confundidos. No saben si alegrarse por cosas nuevas que ahora pueden hacer, o entristecerse por ser distintos. Por cierto, no se veían malas las habilidades si no se las utilizaba mal, y de cierta forma cualquier objeto se lo puede usar bien o mal. Filosofaron un poco sobre el tema. A veces dudo de si uno tiende o no, siempre a conformarse. Es más fácil aceptar lo impuesto que intentar un cambio.

—Opino, la creatividad que todos poseemos —reflexiona en medio de la charla Mateos—. O hasta facultades como el habla. Aunque obviamente son virtudes naturales, pueden llegar a ser todo un talento, acrecentado... Entonces, uno se hace un poco distinto de la mayoría. Algo tan simple como el habla o la escritura, o el dar consejos, puede utilizarse de forma correcta o incorrecta. Con las palabras se puede influenciar a muchos. Misteriosamente, hemos desarrollado habilidades, no son comunes que sepamos. Si somos éticos, en realidad deberíamos alegrarnos por una virtud acrecentada. Esa es mi opinión.

Sin excepción en el grupo, nadie se sentía enfermo, pero comenzando todos a notarse distintos. Sin quererse apartar unos de otros, sintiéndose más seguros y comprendidos entre semejantes ¿Por qué cargar con el peso del secreto, si en un grupo de verdaderos amigos se puede hablar libremente? Ser comprendido, ayudarse, y no sentirse solos es algo que a todos nos gusta.

—Que sea nuestro secreto —dice Marcos.

—Sí obvio —dice David—. No quiero terminar siendo investigado en un laboratorio, con cables en la cabeza.

—¿Y a vos qué te pasó David? —pregunta Ceci.

—Sospecho, la palabra clave, es “paz”; pero no sé cómo explicártelo. Por ejemplo, hace tres días me detuve a ver como dos se peleaban. Al instante, ellos bajaron los puños y se contempla-

ron mutuamente como si no tuvieran la carga de odio que los motivaba a pelear. Se apartaron uno del otro, dejando de pelear apenas mirándose, y se dijeron “perdón”. Pero simplemente sospecho que fui yo. Acrecentado esto por las cosas que cuentan. Igual, no estoy seguro.

—Si evitas que la gente se pelee, es algo excelente —dice Marcos—. ¡Imagínate un mundo sin peleas!

—Miren a ese que nos mira —dice en vos baja Pablo—. ¿No tiene un anillo como los nuestros?

—Me parece que sí —dice David.

—Miren. Ahí viene —dice Sabrina.

Se acerca a ellos un hombre anciano. Resalta al verlo, una hermosa barba gris que en su parte más larga posee poco menos de diez centímetros de largo, muy prolija. Sus ojos son verdes, y tiene una tierna sonrisa en su rostro. Utiliza ropa elegante, pero sin llegar a resaltar demasiado su vestimenta en relación al lugar en que se encuentran, camina firme a paso normal.

Se acerca, todos lo miran. Reposo una mano sobre otra, en su cintura por delante de su vientre, dejando muy visible un anillo, que les resulta conocido. Con voz cálida, dirigiendo una rápida mirada a cada uno, dice:

—Buenas... ¿Puedo acercarme a hablar con ustedes? Me gustaría contarles una historia.

Haciéndole un lugar en silencio, el anciano se sienta entre los jóvenes, quienes lo miran con la esperanza de que les diera respuestas.

—Disculpe ¿Quién es usted? —expresa Verónica siendo la pregunta que todos se hacían.

—Podría decirles quien soy, pero a ustedes no les servirá tanto como el saber quienes son cada uno de ustedes en este momento, y qué les ocurre. Les voy a contar una historia. Aunque no fue o es de la forma en que se las voy a relatar, es lo más aproximado a ser la realidad más comprensible, por ustedes en este momento.

—¿Cómo sabemos nos dirá lo que es real? —Se expresa Mateos.

En ese momento, el *Grupo de los Diecinueve Jóvenes*, ante

una sonrisa y mirada penetrante del anciano, se les va las ganas de realizar preguntas, no sea que no les diga nada. Embargados por el deseo de escuchar a quien parecía, sabe algo y quería contarlo; guardan silencio a preguntas tales como la que mencionó Mateos o semejantes: ¿Cómo sabe que estábamos aquí reunidos? ¿Quien es? El desconocido habla.

—Joven —dice aquel que conocerían como *El Anciano*—, me encantaría hablar largamente con ustedes, aunque la verdad, aún no es el momento de tales charlas. Les contaré de acontecimientos ocurridos hace mucho... Mucho tiempo.

Comienza a relatar una historia mientras los mira uno a uno:

Cuenta una leyenda, de un mundo muy lejano, en donde la ciencia fue tan superior a la vuestra; que sus habitantes no necesitaron en un momento más progreso o estudio de ella. Su último gran diseño, fue puertas que unieron el universo. Éste, se encuentra en continua expansión, y por él sólo motivo de en amor vivir unidos disfrutando distintas bellezas; de remotos lugares distintos, las construyeron estos científicos... Y fueron muchas puertas que construyeron. Millones.

Algunos dicen. Pensaron, que tendrían estas conexiones entre los planetas, muchas ventajas de distinto tipo, no sólo por la belleza. Pero la mayoría sospechamos que estaban tan avanzados que no necesitaban nada más allá de lo que ya poseían.

Todo era muy hermoso y noble, hasta que luego de miles de miles de años, dejaron de existir los que comprendían cosas que habían descubierto, lo que ustedes llaman científicos. Aunque resulte difícil de creer, se perdió una extraordinaria ciencia y cuando la quisieron recuperar, no supieron hacerlo. Habían dejado registros de la construcción de las puertas y otras hermosuras, pero los nuevos científicos cada vez más lejanos de los antiguos, no lograban tener el mínimo conocimiento para comprender, ya que no conocían como los anteriores.

De los nuevos, algunos quisieron dejar en olvido lo que llamaron “la antigua ciencia y sus motivos”, otros no. De allí surgió todo un conflicto. Un conflicto de unos pocos que quisieron desconectar al mundo de las puertas para evitar mezclas extra-

ñas o problemas; y otros que no quieren que estas caigan en olvido. En un principio ambos grupos fueron de científicos, luego, en su mayoría fueron según se dice algo así como “seguidores”. Los grupos se fueron ampliando lo más que pudieron, para prevalecer uno sobre otro.

Los científicos que en un principio, deseaban conservar las puertas, hicieron en su último esfuerzo anillos, llaves, colgantes e incluso espadas para algunos mundos, entregándoselos a sus seguidores... Objetos que lejos de ser inanimados, de cierta forma son pequeñas... Cómo definirse a ustedes... “máquinas”. En realidad, son unos objetos que almacenan información y pueden transmitir algo de ella y no sólo esto, también llegan a resultantes. Algo muy complicado de elaborar. Tienen una concreta especie de inteligencia en relación a los resultados específicos que dan. Algunos dicen que incluso envían y reciben datos entre distintos objetos, o váyase a saber a dónde.

En fin, estos objetos fueron entregados como fortaleza y conexión con las puertas, y hoy recorren el universo entero. Algunos desean destruirlos, otros conservarlos junto a las puertas. Fue la última elaboración de este tipo de... “casas especiales” que nunca ninguna ciencia pudo volver a imitar del mismo modo que las puertas.

—Esta leyenda, aunque con palabras distintas, ha pasado de generación en generación, tomándosela muchos en serio —continuó hablando *El Anciano* con voz cálida, y dirigiéndoles la mirada uno a uno como lo venía haciendo:

—No estoy solo, ni ustedes están solos, se podría decir, hemos rescatado estos *objetos* que se les ha entregado. De seres que ya no pueden cuidarlos.

Mateos estaba por abrir la boca cuando *El Anciano* le hizo un gesto de que aguardara, y continuó diciendo:

—En un principio sólo se iba a hacer entrega de un objeto a Marcos. Su padre, nunca lo aceptó pese a conocer la entrada a una *puerta*. Mejor dicho, conocer más o menos el lugar donde está. Pero se podría decir, sabíamos, él no sería nada favorable a los que desean conservar unido el universo. Entonces comenza-

mos a fijarnos en ti, Marcos, y nos agradaste. Las *puertas* no deben caer en olvido, ser destruidas, ni tampoco ser conocidas por irresponsables. Además no hay *objetos* -como los anillos-, que podrían decirse “llaves” o “pasajes seguros”, para todos. Pues sepan, también sirven para eso.

—Dio la oportunidad, de la formación de su grupo. Nos pareció a los *guardianes de las puertas*, rememorando tiempos antiguos entre los humanos, podríamos... —dice *El Anciano* y mirando fijamente a los ojos a Marcos hace una pausa. Continúa:— Confiar en nuevamente varios. En su caso en diecinueve humanos. Este grupo tal y cual están aquí en este momento.

—Claro que —continúa *El Anciano*—, sinceramente, intervinimos un poco para que algunos que no nos agradaban, no entren, y sí otros de los cuales nos agradaron. A estos últimos les dimos un empujoncito.

—En el caso de la señorita que los acaba de dejar; tal vez nos hubiera gustado esté. Pero no conseguimos ningún *objeto especial* para que pudiera poseer ella. No es hasta donde sabemos su destino. Los *objetos* tienen algo en sí mismos que se suma a la estructura del poseedor dándoles nuevas posibilidades según la memoria del mismo y sus cálculos. Y también sirven para no morir o perderse al atravesar una *puerta*. Porque en los *objetos* se graba información de ustedes y es lo primero que cruza. Y no se preocupen por ahora de su interior, puede cambiar a veces.

El Anciano se para haciendo un gesto pidiendo silencio, mostrando así que se estaba por marchar culminando su dialogo, sin responder a más preguntas.

—Por ahora ustedes están siendo cuidados, pero esos cuidados no durarán por siempre, sino tan solo hasta que atraviesen su *primer puerta*. Marcos ¿escuchaste o fuiste a algún castillo? Me encantaría contarles más pero debo marcharme. ¡Que la belleza y la paz los acompañen a cada paso que den! Cuiden siempre sus anillos de los entes no humanos, y de aquellos que quieran quitárselos. No se preocupen de los humanos sin anillos, aunque se los quiten volverán a ustedes, de no morir...

Mientras todos lo miran asombrados, sin decir palabra alguna, *El Anciano* se levanta y se marcha.

En cuanto se lo pierde de vista alejado entre la gente:

—*Che...* Juan —dice Marcos. Juan cierra la boca rápidamente al notar la tenía abierta de forma muy notoria por el asombro. —¿Cuándo vamos al castillo?

—Ya lo estamos organizando, amigo —le responde Juan, sin pensar.

—Yo tengo dos motos para que se utilicen —dice Miguel por seguir la idea que comenzó Marcos y siguió Juan.

—A mí me gustaría viajar en moto pero no sé manejarla —Dice Sabrina.

—Si falta algo, lo que falte, me dicen y lo compro —afirma Flavia.

—A mí me van a tener que pagar hasta el agua que tome. —dice Nicolás riendo.

En vez de hablar de *El Anciano*, se centraron en su nueva meta: ir a aquel castillo que mencionó desde el primer día, Marcos.

Dejando de lado momentáneamente la multitud de preguntas de las cuales no hallarían respuesta aún, se concentraron en la organización para emprender su primer viaje juntos. Supusieron así debían continuar... Siempre se continúa de algún modo. Estuvieron de acuerdo todos en emprender este viaje de forma muy rápida y discreta. Marcos comenta.

—Es al interior del país, no a tantos kilómetros, pese a la tardanza significativa de dos días como mínimo para llegar. Eso encontrando el lugar.

Al despedirse, marchándose de la plaza en pequeños grupos, *El grupo de los Diecinueve Jóvenes* tenía la sensación que los estaban siguiendo. Uno a otro se lo susurraban. Carla le pregunta a Mónica y Marcos.

—¿Entonces no fue casual que cada uno de nosotros nos hemos reunido en el grupo que formamos?

—Así parece —responde Marcos—. Sospecho fuimos motivados a reunirnos, por ajenos a nosotros. Y parece ya no hay vuelta atrás. Esto cada vez está más raro.

6

UN LUGAR DESCONOCIDO

El papá de Marcos, Ignacio Manuel Lafordio se encuentra desayunando para ir a su trabajo. Su madre Teresa Lafordio ha preparado unos mates y galletitas de cereales con queso. Típico desayuno argentino; al igual que las tostadas con dulce de leche bien crocantes, tibias, con abundante cantidad de dulce de leche expandido sobre ellas, a punto de derramarse por los bordes, ¡una delicia!

Al parecer, sería un desayuno excelente, eso si su hijo no hubiera sacado el tema del castillo oculto. Se ha levantado temprano para preguntarle a su Padre. Ambos están muy nerviosos, de forma tal que hasta le tiemblan un poco las manos al papá Ignacio, mientras le dice a su hijo, ante la insistencia de este por recibir respuestas:

—No Marcos, no ¡No! No me parece mal hagan viajes, pero allí no. Cuando nosotros fuimos, no sabíamos donde nos metíamos. Busca en algún lugar su ubicación y te darás cuenta: es como si no existiera. Además es bastante inaccesible. No preguntes, porque no irás. Además respeta que no queremos contar-te del tema.

—Papá vamos a ser diecinueve personas, con autos, en el interior... ¿Qué nos puede pasar? Incluso Juan trabaja en seguridad y su padre es policía. Dale pa...

—Morderte una serpiente. Picarte una araña. Desbarrancar, eso a veces ocurre, o chocar. Perderte varios días. Te arrastre una inundación de un río. Enfermarte, ¿hay alguno que sea médico también? Porque de repente parece que se piensan invencibles. ¡Sólo Dios sabe cuántas cosas te podrían ocurrir! ¿No te das

cuenta que no queremos te pase algo malo? Además allá algo raro hay.

—Pero eso me podría pasar también en muchos otros lugares a los cuales van mucha gente. Y papá, no suele pasar esas cosas a la gente que viaja. Sino nadie viajaría. ¿Qué cosas raras?

—No te importa. Porque no irás.

Marcos no les había contado nada a sus padres de las cosas raras que podían hacer él y sus amigos, no deseaba alarmarlos con historias raras, de las cuales no sabía bien qué pensar. ¿Quién sabe como se lo interpretarían? Tampoco nunca habló bien con ellos del tema del castillo, porque esquivaban ese dialogo y se ponían nerviosos si él insistía. Además presupone sería contradictorio para facilitarle el viaje.

Pero Marcos no deja de insistir, con todo tipo de argumentos. Los padres ya muy fastidiados...

—¿Por qué no le dices como llegar? —dice Teresa— Si después de todo, fue una vez con nosotros... Y no éramos muy cuidadosos que digamos.

—¿Te has olvidado de todas las cosas extrañas ocurridas? —Comienzan a hablar sus padres como si se olvidaran que aún sigue allí Marcos. Su papá está claramente enojado—: Después, durante años buscamos información de ese lugar y nos miraban como a locos... .

—¡No conoces a tu hijo! ¡Va a ir igual! —dice la señora Lafordio. Ya decidió ir, y en realidad todos lo decidieron ¿Le vas a arruinar la alegría a tu hijo?

—¡Y si se mueren! ¿Y esos seres extraños de medio metro que vimos la última vez? ¿Aquel grupo de personas raras y miradas extrañas siguiéndonos? Tus sueños, y las cosas que no sabíamos si eran reales o imaginarias... ¿Te olvidaste el miedo que sentiste por meses?

—¿Fueron dos veces?

—¡No te metas en lo que no te importa!

—No somos los primeros que vemos cosas extrañas a la noche, más en el interior... Pregúntale a algún gaucho, colono, indígena, a cualquiera que haya vivido allí años.

—¡Por favor! Además... Luego... No, ¡no! No va a ir. Ni va-

mos a seguir hablando de locuras.

—¿Y para qué continuas guardando el mapa? ¿No era para dárselo algún día a tu hijo? ¿Y el *collar* que nos dio la *gitana misteriosa*? ¿Qué vas a hacer con todo eso? Yo prefiero vaya acompañado, ahora que tiene tantos amigos. Todos parecen ser buena gente.

—Le pensaba hablar cuando cumpla los treinta... No sé. ¡Vos siempre consintiendo a este *mamotreto*!

—Dale... Contale la historia que es muy linda. Y a todos nos gusta vivir aventuras. Es mejor que estar encerrados en la rutina. A nosotros no nos pasó nada y éramos dos.

—¿Linda? No sé... Es peligroso ¿Te acordás de los relámpagos esos, de *la luz mala*, y *el fuego que salió de la nada*? El fuego ese era muy extraño, se movía solo. Y pareció salido de debajo de la tierra ¿te acordás?

—Claro que me acuerdo.

—¡Entendés Marcos! Nos pasaron cosas que no sabemos explicar, cosas que parecen de locos.

—Alguien lo hacía y movía de algún modo. Allí no estábamos solos.

—Salimos corriendo de miedo, aunque esa... *Puerta*. ¡De la cual nunca hablaremos! Uff qué hubiera sido de nuestras vidas, de no haber tenido miedo...

—¿Estaríamos muertos? —finaliza la conversación Teresa.

(Miran a Marcos y dejan de hablar. Se corren a hablar despacio a donde él no lo escucha.)

Marcos, poseía una emoción tan grande, que no puede pronunciar palabras. Recuerda haber ido a unas ruinas de castillo, pero nunca logró recordar bien todos los acontecimientos. Sólo imágenes muy difusas en su mente que luego de tantos años no está seguro qué pensar. Sus padres, no deseaban hablar de aquel lugar desconocido. Continúan charlando entre ellos en otra habitación, sin escucharse a Ignacio ya enojado. Al rato se acercan. Marcos sabe le dejarán ir, desde el momento en que mencionaron de las cosas raras que les pasaron, le vino en su ser esa certeza. Le dice su papá.

—Hijo, hay muchas cosas que desconocemos... Tal vez son

ilógicas para nosotros. Tal vez ajenas a la realidad, rosando la fantasía. Esto de tal manera que no lo cuentas porque al no vivirlo, aquellos que te escuchan; sabes, no te creerán. De hecho, no creería a alguien que me cuente tales locuras como las que mencionamos. ¿Le hacés un llamadito a la oficina, cariño? —Dice guiándole un ojo a su esposa en señal de complicidad, ante la fija mirada de asombro y expectativa de su hijo, mirada que le agradó. Añade—: Y trae lo que sabes, antes que me arrepienta.

—¡Y más te vale no pidas más cosas! —Dice el Señor Laforadio mirando a su hijo de forma seria. Añade:— Tu madre y yo nos pudimos haber perdido, incluso no sabemos bien qué pasó.

—Vamos a ir muchos juntos papá, y tomaremos todas las precauciones posibles, y aún más.

Teresa, la mamá de Marcos, se aleja con sonrisa y ojos brillosos. Tanto la madre como el padre están ahora como si pese a sus miedos, esperaran hace tiempo este momento especial, y no precisamente para decir “no”. Ignacio, se queda en actitud reflexiva. Marcos está a la espera de lo que sea le digan, le den, o hagan sus padres. Al fin de unos minutos su papá le dice:

—No te quedes ahí sentado mirándome. Calentá el agua del mate que hay mucho para contar.

Emerge el silencio de palabras y pensamientos entre padre e hijo en la espera. Marcos, está asombrado por el dialogo tan extraño surgido de tan solo pedir una ubicación de un lugar ¿Cuántas cosas les habrán pasado a sus padres y nunca le contaron? Se da cuenta que al parecer les ocurrieron cosas como al grupo. Llena la pava con el agua, la pone a calentar, cambia la yerba del mate mientras no deja de observar de reojo a su padre pensativo. Ya no está para nada enojado, sino como si de repente volviera a recuperar sus aires de juventud. Se lo nota preocupado, le quiere dar a su hijo lo mejor, pero a su vez teme de que le pase algo malo. No quiere defraudarlo, y cuidarlo al mismo tiempo. Y sin embargo sabe que él mismo, en su lugar, hubiera querido emprender esa aventura a toda costa. Se pregunta mientras las situaciones parecen avanzar solas ¿qué es lo que conviene hacer?

Marcos nunca había visto con anterioridad tan enojado a su padre como lo estuvo hace un rato. Está comenzando a dudar en

su mente de seguir adelante, realmente quizás sea muy peligroso, una locura. Su padre le dice medio murmurando.

—Tal vez tendría que haber atravesado la *puerta* y no haber vuelto mi mirada hacia otro lado. Luego te quedas toda la vida preguntándote ¿qué hubiera pasado? En ese momento sentía que lo correcto era pasar por ella, y no lo hice.

—¿De qué puerta hablás papá? ¿Vos me dejaste la notita en la puerta?

—¡No! ¡Ni lo sueñes! ¡Ni loco!

—Preguntaba nomas...

—Te voy a contar lo ocurrido, y luego, cuando venga tu madre te regalaremos algo que no debes perder. Tú sabrás si se lo darás a su vez a alguno de tus hijos que tengas, o a quién; llegado el momento. Fijate no quede dando vueltas por ahí, no lo vendas, ni seas tú solamente el que sepa dónde lo escondés... Por las dudas. Es algo único, mejor sólo entregárselo a tu hijo. Si es digno, sino no. —Le dice a Marcos guiñándole un ojo.

—¿Y lo de la puerta?

—Tal cual te lo voy a decir: En un momento, no sabemos cómo, pero estuvimos en frente de una especie de puerta de luz. Sabíamos si la atravesábamos iba a cambiar nuestras vidas. Era grande y en su parte superior redondeada. Estábamos solos enfrente de ella. Nos mirábamos, nos agarramos de la mano tu madre y yo. Vos también estabas. Decidimos no pasar... Esperá.

—Sí, haré todo bien. Así lo haré papá. Te escucho, contame todo.

Luego de asegurarse el señor Ignacio (aunque era obvio), nadie lo escuchaba salvo su hijo y su esposa. Apaga el celular, cierra la puerta con llave y bien las ventanas. Su esposa y madre de Marcos, ante la espera de ellos trae un pequeño baúl. El señor Lafordio le responde en vos baja:

—Gracias... Dejame que le cuente todo.

Iba a comenzar luego de acomodarse en la silla inclinándose hacia adelante. Cuando la señora Lafordio interrumpe ansiosa, comenzando a relatar ella:

—Fuimos a Lujan, tu padre y yo cuando aún éramos novios. Ahí comenzó todo. Suelen andar por ahí, o al menos lo solían

hacer -no sé ahora-, algunos gitanos. Estábamos comiendo cerca del Río Lujan, en el parque, cuando se acerca una anciana gitana con su hija acompañada de una tercera mujer. Pensamos querían adivinarnos el futuro por dinero o vendernos algo. Al ver que nos miraban mucho, le dijimos “no gracias”. Pero la gitana dijo: “*Sino fuera porque me mandó el jefe de familia, no te daría esto muchacha, es muy valioso para mí. Te juro que es más valiosa que su peso en oro, plata o piedras preciosas, cuidado.*” Sin decir más nos dejó un *collar* y se marchó.

La madre de Marcos saca de la caja un pequeño *collar* con una cadena de plata, y una piedra en forma de moneda rojiza. Posee caracteres jeroglíficos grabados en ella, no egipcios.

—Fue extraño —continúa la mamá de Marcos—. Cuando extendí mi mano para agarrarla, al tocar la piedra cambió su coloración a oscura. Nos pareció linda, me agradaba y la usé. De vez en cuando se volvía color blanca o incluso de otros tonos. Hasta que decidimos esconderla.

—Los gitanos —interrumpió el papá de Marcos, ante una pausa de su esposa—. Son un pueblo nómada muy antiguo. Estuvieron y aún siguen, grupos en India y en distintas partes del mundo como ser España y Egipto... Poseen una cultura muy fuerte e incluso creencias y un idioma propio. Se manejan por un sistema patriarcal y valoran mucho el respeto a la palabra dada. Han recorrido mucho, se dedican al comercio desde años atrás, muy atrás. Tal vez la consiguieron así o pudo haber sido realizada por alguno de ellos, ya que también son artesanos. Esa piedrita en forma de moneda, puede haber sido pasada de generación en generación y venir de cualquier parte del mundo.

—Y te da sueños extraños —añade la mamá de Marcos—. De hecho no dejé de soñar con el lugar donde luego fuimos.

Marcos agarra el *collar* por la cadena y comienza a cambiar lentamente a rojo. Cuanto toca la piedra, ésta, súbitamente se vuelve color rojo fuego. La observan en silencio. Marcos se pregunta si será otro objeto de los que habló *El Anciano*. Siente que su destino es seguir adelante, que no hubo casualidad alguna en todo lo que le ha ocurrido a él y a sus amigos. Incluso se siente privilegiado.

—¿Y qué más sabés de esa puerta? ¿Y por qué dijiste... ?

—Nada más Marcos —le dice su padre—, ya vasta por favor, más respeto. Y a veces se saben cosas en el interior, se tienen convicciones. Allí les conviene ir en vehículos 4x4, debes pasar por rutas y luego en el Impenetrable transitar por caminos y senderos de tierra arenosa. ¡Es toda una aventura! y deben llevar carpas. Pero Marcos, la verdad, es que no hay un castillo... ¿La puerta? No sé bien qué es lo que hay escondido, entre medio de árboles y vegetación. Entre las oscuridades, o en dónde la mente se confunde, o si es un lugar en el cual en realidad hay dos lugares juntos, o más, distintos. No sé. Esta piedra de noche iluminaba mucho, cerca de aquel lugar. Seguimos según la intensidad de la luz las dos veces al estar ahí. Veíamos hacia donde se acrecentaba o menguaba la intensidad. Es imposible que exista un castillo allí. Ten cuidado, mucho cuidado. No sé lo que vimos, ni nos animamos a entrar...

—Igual tienes este mapa —dice la madre sacando un mapa de papel corriente, viejo, gastado, y un poco roto.

—¿Entrar?

—Sí, al castillo —afirma el papá de Marcos. Añade:— Todo esto es muy sospechoso... No nos atrevimos a entrar, pero en un momento estuvimos dentro. Ni sabemos bien, la *puerta* estaba rodeada de oscuridad, y estábamos asustados. Tal vez en un momento quedamos entre ruinas de un castillo, selva, y la puerta esa estaba entre todo ello. Era como una locura hijo, o alguien borró parte de nuestra memoria, o el miedo. Mirá, este mapa apareció un día en la puerta de mi casa, antes de mudarme aquí y luego de lo que te contamos de las gitanas. Tal cual como lo ves, con las rutas marcadas y ese círculo indicando el fin del recorrido.

Luego de esto, se pusieron a hablar largamente de la zona, lo que fue el viaje, y el castillo que vieron ¿pero no está? Aquel que vagamente recuerda Marcos. Les explicó cómo no perderse. “Te acordás” fue escuchado una y otra vez. Relámpagos que caían cerca, personas de las características que vieron en la costanera, que se movían en los alrededores escondiéndose entre la vegetación, dejándose ver de a ratos. Los padres en un momento co-

riendo sin dirección. Casi se pierden, terminan en un lugar que aparentemente no existe. Un castillo en ruinas y una *puerta* misteriosa como de luz. Eso fue lo que comprendió.

Luego en la comida, hablaron un poco de los aborígenes habitantes de allí.

—...Son buena gente —dice la señora Lafordio—. Los aborígenes siendo dueños de las tierras, lo son muchas veces no reconocidos o deben venderlas para no morir de hambre. No en todas las zonas es así, pero ocurre. Es triste algunas cosas que pasan. ¡Me encantaría que si van les lleven para regalarles! Voy a comprar todo lo que pueda así les llevan. Pasan sequías y muchos no hablan bien el castellano; aunque son amigables, al menos los que conocimos. A los Wichís, les compramos bellas artesanías, unas cuantas de pajaritos muy lindos, también le compramos carbón y pescado.

—¡Que hermoso sería que recibieran mucha ayuda! Que el país los amara y no pasen nunca necesidades. ¡Lo que me da bronca, es en algunas zonas... Le sacan o roban hasta la madera que tanto cuidan! Para venderla por monedas cuando ellos con un pedacito cuidando al árbol hacen hermosas artesanías. Espero no ocurra mas esto, a los dueños originarios de las amplias tierras. —continúa diciendo el señor Lafordio muy serio.

Le contaron, también del porqué del nombre de Impenetrable, en realidad no es un lugar desértico, inaccesible o deshabitado en el interior del país, es un lugar hermoso. Luego charlaron mucho padre e hijo. Incluso de la problemática de la tala de los bosques y del problema de falta de agua potable, desea de corazón cese esa maldad, es muy malo no cuidar las cosas importantes.

Después del almuerzo; continuaron hablando mientras tomaban otros riquísimos mates. A Marcos le resultaban un poco tibios, y su Madre casi se quema la boca en más de una oportunidad. Nunca había tomado tantos mates con sus padres, ni sus padres con su hijo. Les agradó tanto que sería costumbre entre ellos desde ese momento, pasar ratos así cuando pudieran. Aunque no tanto obviamente como aquel día en que Marcos, conoció la ubicación aproximada del castillo, o lo que fuera que esté allí.

Marcos se dio cuenta, hubo muchas cosas que no les conta-

ron, aunque le dijeron todo lo necesario. Se preguntaba si algún día se enteraría de todo lo que les ocurrió a sus padres, los cuales guardaron silencio de muchos detalles de historias extrañas, donde parecía les contaban un poco intentando prevenir a su hijo, pero cambiando enseguida de tema por temor a qué pensará, o como si todo ello lo hubieran superado, y no querían remover recuerdos sepultados en la memoria; o tal vez no querían mal influenciarlo, se pregunta porqué sus padres no quisieron contarle toda la verdad ¿Ocultan algo muy importante? ¿O contaron todo lo relacionado e importante que sabían?

7

LA PRIMER BATALLA

Al día siguiente, al extenderse la noche; el *Grupo de los Diecinueve Jóvenes* estaba al tanto de la conversación entre Marcos y sus padres, como así también aproximadamente de a dónde irían. Sería aquel lugar misterioso, al cual Marcos recordaba como un castillo. Ese iba a ser el *evento especial del año*. Se suma a los misterios, *el collar cambiante de color*, y sólo llevó tres días organizarse para el viaje.

Flavia, Estefanía, Ceci, David, Nicolás, Pablo, Miguel y Esperanza, se encargan de que no falte nada para llegar a buen fin; como así también para tener lo necesario para una estadía de un mes, por las dudas... Flavia, insistió de ocuparse de tal área en cuanto a los gastos. Pidió la ayudaran algunos, para averiguar precios y realizar compras de forma conveniente.

Noemí, Verónica, Rubén y Sabrina, buscaron toda la información que pudieron en Internet, y llamaron a algunos lugares o asistieron, para brindar datos a Flavia de cosas necesarias.

Estaban a los pocos días, Esperanza, David y Pablo de compras en una tienda de artículos deportivos. Al salir cargados con las cosas que compraron a la calle, Esperanza dice como ahogándosele la voz, rompiendo con lo extraño un día que hasta ese momento era un día común y corriente:

—Me voy a desmayar.

—*Loco...* —dice Pablo mirando a David— No sé qué me pasa, estoy con ganas de pegarle a alguien.

—¡Y qué te hice yo! —Le responde David a Pablo.

—Me siento mal —dice Esperanza—, me duele la cabeza, me falta el aire... —Con cara de sentirse mal. Deja apoyar en el suelo las cosas que trae.

—¡Kiiiiaai...! —Pablo hace un sonido como saliéndole del estomago; entreabriendo la boca y viéndoselo muy tenso, furioso.

—¿Kiai? ¡Ayúdala! —dice David recogiendo las cosas, apenas logrando levantar su peso. Se dirige al auto viejo de Pablo, tomando de una mano al brazo de Esperanza ayudándola. De esta forma, apenas podía caminar, pero lo logra paso a paso.

Pablo de forma repentina tiene una mirada de furia en sus ojos. Esperanza se apoya también en el brazo de Pablo, y así llegan al coche. Pablo deja casi caer todo al piso, mientras le abre la puerta a Esperanza. Llaman la atención de algunos que pasaban por ahí, pues parece se pelearán en cualquier momento.

Esperanza sube al auto, está casi desmayada. De pie David y Pablo, se miran muy de cerca de forma desafiante. A Pablo su acelerado corazón comienza a calmársele, y a David a acelerársele. Están uno en frente del otro como desafiándose con la mirada. En ese preciso momento, Esperanza se recupera un poco, y les grita.

—¡Se volvieron locos! ¿Qué les pasa? ¡Lo último que falta es que nos peleemos entre nosotros!

Pero casi no la escuchan, da la impresión como si David y Pablo pelearan. No con los puños, sí con sus almas, sus mentes, sus miradas, sus gestos confusos. Dominan apenas por un fino hilo de razón a sus iras. Los observan unos que por allí caminan. Éstos, comienzan a desmayarse. David y Pablo apresurados suben al auto.

—¡David basta! —le dice tirándole del brazo Esperanza.

David, hace un gesto como de reaccionar. Pablo, de volverle a brotar la furia en toda su intensidad. Refunfuñando entre dientes, le dice:

—¡No es a ti David! No sé qué me pasa, siento nos atacan, no

puedo evitar mis ganas de combatir. ¡Vámonos!

Comienzan a alejarse muy preocupados en el auto, intentando escapar, sin saber de qué, sin saber hacia dónde, y dudando de ellos mismos.

—¿Los dormí a todos los que nos miraban? —se pregunta a sí mismo David en voz alta.

Se alejan apresurados. Pablo y David se contrarrestan mutuamente. David con su paz, y Pablo con su deseo de pelear ante sentir los atacan. No obstante, parece ser se evitó le hagan daño a Esperanza, quien dice:

—Sentía la vida se iba de mí, estoy muy asustada chicos, ¡Sentía que me moría!

—¡Kiai! —grita Pablo muy fuerte, interrumpiendo y perdiendo un instante el control del auto.

Los vidrios de éste, se transforman en pequeños cuadraditos derramándose al pavimento, rozando por fuera la descolorida chapa, como si el grito los hubiera golpeado. Pablo frena y vuelve a acelerar. David y Esperanza tienen sus manos en los oídos por el sobresalto del grito. Dejando esta postura David le dice a Pablo con voz de enojado.

—¡Por qué demonios hacés eso!

—Oh no... —dice Esperanza desmayándose.

Realmente están llamando tremendamente la atención, cosa que no desean hacer ¿Qué explicación darían si no comprenden lo que ocurre? ¿Que tienen superpoderes?

—Detené el auto —murmura suavemente David como si su voz fuera provocada por brisa de aire de aleteo de aves:— Esto es demasiado, acá se calman todos.

—Ya-me-can-sé ...De ustedes dos —dice Esperanza incorporándose nuevamente en sí.

Comienza a volverse negro el cielo por nubes formándose muy rápido. A Esperanza se la ve totalmente concentrada.

Pablo continúa avanzando unas cuadras hacia donde no llamen la atención. Más relajado, temeroso y sin saber bien qué hacer, continúan alejándose. Llegan a una calle poco transitada sin que alguien los mire, allí detiene momentáneamente el auto.

Llueve muy fuerte. En ese momento Esperanza enojada se co-

loca el anillo, a lo cual Pablo y David sienten un breve temor y se miran.

La lluvia se vuelve muy fuerte, gotas de agua caen como si piedras de agua lanzadas por la nube fueran. El día prácticamente se vuelve así, al alrededor en noche. Se observan como algunos remolinos de tormenta. La lluvia cae evadiendo al auto donde están... Sólo quedan ellos en la calle. Seguramente alguien los habrá visto haciendo cosas raras, además de los desmayados que dejó David ¿Y ahora?

—No sé qué pasa... Pero somos amigos. —Murmura con susurro de brisa David. Esperanza se aplaca junto a la tormenta.

Pablo aprovecha para alejarse un poco más, encuentra un estacionamiento, allí entran. El de seguridad al verlos les dirige una pregunta.

—¿Qué les pasó a los...? —antes de poder terminar de decir esto, cae como dormido.

David baja del auto y lo acomoda, seguramente pensará fue un sueño. Pablo ya no se siente furioso habiendo dejado de sentir peligro. Confundido como sus dos amigos que lo acompañan, intenta seguir adelante. Con su auto allí llama a una grúa para llevarlos a su casa, la tormenta casi finalizó, apenas llovizna. Esperanza dice.

—Me siento muy cansada por llamar a la tormenta. Algo se fue con ella ¿No dijo *El Anciano* estamos protegidos hasta atravesar *la primer puerta*? —Pero antes que alguien pueda decir algún comentario, cierra los ojos de cansada, sumergiéndose, en tierno sueño dentro del auto.

—Ella no tenía el anillo puesto ¿Será que nos pueden atacar si no lo usamos? —pregunta Pablo a David quien responde:

—¡*Qué se yo!*

—Viste que el agua de la lluvia no nos tocaba, ni a este cachivache. —Dice Pablo señalando a su auto.

—Sí... Eso estuvo alucinante... Y asombroso la rapidez de la tormenta, y los remolinos esos... Pero vos...

—Es que no veía a quién. O quienes. O qué nos atacaba; aunque sentía lo hacían. *Kiai*, es un grito en algunas artes marciales que se utiliza para concentrarse en el instante preciso, dirigiendo

la fuerza al emitir o bloquear un golpe. No podía evitarlo. Como un reflejo, no sé... Creo defendí de algo. A Esperanza algo le pasaba.

—No sabía —dice David—, y lamento lo de tus vidrios. Sí, y yo no era, parecía le estaban quitando la vida, o todas sus fuerzas. Aunque en algunos instantes, sí era yo, pero sólo la dormía, a todo el que peleaba como quitando la fuerza de combate. Tampoco sé qué pasaba.

—Claro...

Al poco tiempo llega la grúa de auxilio. Los tres están bien aunque cansados, temerosos, y preocupados. A Pablo se le ocurre decirle al del auxilio que les rompieron los vidrios un grupo que andaban descontrolados en la calle. Esperanza dormía. Le dieron a entender con un gesto, que había bebido de más...

Fueron a la casa de Pablo donde decidieron quedarse los tres. Esperanza quien sólo se despertaba de a ratos y adormecida, continuó durmiendo. David y Pablo se hacían más amigos charlando y tomando unas cervezas bien frías junto a dos ricas pizzas que encargaron.

Llamaron antes a varios del grupo, contándoles y advirtiéndoles que tengan cuidado, como así también que mejor no se saquen el anillo. Por las dudas...

• • •

El mismo día, Mónica, Carla, Juan, Mateos, Cristian, Sonia y Marcos se reúnen en un descampado; aguardando, muestran su belleza la luna, rodeada de lo que sería un apacible cielo estrellado.

Apartados de curiosas miradas de extraños, desean practicar con sus nuevas habilidades al venir la noche. Mientras tanto, charlan sobre el viaje que emprenderían en poco. Están, en medio de un campo, en una parte donde hay árboles y un pequeño estanque de agua a pocos metros. Hay apenas pasto allí, dejándose ver la tierra negra y húmeda. Sí lo hay a metros de ellos, y bien largo, donde al levantarse brisa fuerte del viento, forma ondulaciones, como si un mar de pasto los rodeara.

Fueron avisados de lo ocurrido sintiéndose más motivados a entrenar sus posibilidades. Llegan allí en el auto de Juan y en el de Cristian, quien se lo había pedido prestado a su padre. Los dejan, acercándose entre los árboles.

Por otro lugar aproximadamente al mismo tiempo, Miguel se encuentra de paseo con Sabrina. Según dijeron, comprando algunos repuestos por las dudas para usar en las motos si se necesitaran. Se rumorea, hay algo más que amistad o compañerismo entre ellos, van a todos lados juntos. Igualmente, también pudieron avisarles llamando a Sabrina, pues Miguel se había olvidado su celular.

Los jóvenes reunidos en el campo se encuentran comiendo unas ricas empanadas llevadas por Carla, preparadas por su madre. Se escucha, sumado al murmullo de la vida del campo, el estéreo del auto de Juan. Comienza así, a alejarse el día. Juan pregunta:

—¿Prendo las luces bajas?

—Mejor prendamos un fuego —dice Marcos, sonríe y añade:
— Miren...

Agarra una rama seca que había por ahí y la acomoda en la tierra. Una rama de unos tres metros de largo y en su parte de mayor grosor de unos seis centímetros de diámetro, bien seca.

Vuelve a sentarse donde estaba, mira la rama y al instante está envuelta en fuego, aunque no un fuego típico sobre una rama, pues sus llamas son largas y altas sin observarse casi humo.

—Creo que puedo manejar un poco el fuego —dice Marcos y añade:— Haber que les parece. Para vos Mónica.

De la rama comienzan a menguar un poco las llamas que había provocado Marcos. Se concentran en un punto central desde donde las va a hacer subir. Al elevarse, se alejan en curva una de la otra, no sin que el vacío en medio de ellas, sea llenado por fuego. Logran una distancia como de un metro de alto por uno de separación en su parte más amplia. Al llegar a tal altura, como si no aguantaran más estar separados sus extremos, suben curvándose hacia el centro, y bajan un poco bruscamente para unirse. En su unión, es más claro e intenso el fuego. Este diseño de Marcos perdura unos segundos tal cual. Mónica se tira abrazán-

dolo, se desconcentra y las llamas se desfiguran, pero no dejan de iluminar bien.

Ya se había vuelto prácticamente de noche. Juan estando sentado, pensando apaga la radio; de los faroles de su coche, tenues luces iluminan, como si pudiera de alguna forma decidir cuanto iluminarían. Se escucha también un clic en el auto de Cristian, y sus faroles suman otra tenue luz.

—¿Cómo pueden hacer esas cosas? —expresa Cristian sin esperar una respuesta.

—Ya sabés Cristian, lo que sabemos y lo que no —le responde Juan, añade: —Cada uno tiene su tiempo, en donde su habilidad se manifiesta. Quizás la tuya sea la mejor...

—No se asusten —murmura Carla parándose y extendiendo los brazos.

Todos la miran atentamente. Comienza a escucharse crujidos de ramas y raíces, más pequeños golpes y roces de madera.

Las copas de los árboles, y un poco también los troncos, se inclinan hacia donde están los jóvenes, no sin caerse algunas ramitas secas y hojas. Un pequeño árbol comienza a sacar fuera de la tierra sus raíces. Al mismo tiempo, por debajo de la manta en la cual están sentados, se levantan unas anchas raíces, no mucho, pero lo suficiente para que estén más cómodos sentados en ellas. A los minutos se ven en una especie de cúpula formada por los viejos y altos árboles con sus ramas. El pequeño árbol comienza a acercarse, moviendo sus ramas y raíces lentamente hacia un lado y otro. Al rato y de forma lenta, enterraría las raíces ondulantes con las que habían avanzado, no sin que un poco la tierra se abra para recibirlo.

—Descubrí —dice Carla—, que también puedo llegar a afectar un poco la tierra.

—Creo, voy a apagar el fuego de la rama —dice Marcos con mirada un poco asustada.

—No te asustes tonto —dice Carla—, pero más te vale, no quemes un árbol con vida. Ellos tienen vida y sentimientos, aunque no sean como los nuestros, los tienen y los expresan a su manera.

—Tengo una idea —dice Juan mirando a Marcos—, haber si

puedes prender fuego a estas pequeñas piedras.

Juan puede mover pequeñas cosas con sólo pensarlo sin tener que tocarlas, y condensar chispas o pequeñas cargas eléctricas, incluso puede afectar algunos componentes electrónicos. De esta forma logra manipular algunas máquinas o dispositivos. Incluso, puede oponer levemente resistencia al paso de la corriente. Se imagina lo que afecta en su mente, como si recorriera en una imagen mental las entrañas de la máquina, aparato o dispositivo; creando una chispa, moviendo una leva, engranaje, interruptor, u afectando pequeños elementos. Aunque no siempre comprendía totalmente lo que hacía. Ha inutilizado varios electrodomésticos en su hogar, incluyendo la televisión, que en un momento intentó modificar la imagen que mostraba sin poder lograrlo completamente. Les contó a sus amigos: “supongo no puedo afectar aquello que no comprendo, o me supere en fuerza. Y sospecho podría llegar a crear señales analógicas, pero aún no lo he logrado”.

Comienza a elevar unas pequeñas piedras, Marcos las envuelve en llamas. La escena que se presenta ante ellos, es prácticamente de sueños, aunque algunos no la podrían imaginar ni aún en estos, aquellos que niegan todo lo que no comprenden o puedan imitar por la muy limitada ciencia humana. Carla se la había arreglado para que un árbol la abrazara mediante una gruesa rama, y la levante del suelo suavemente. También hacía crecer lentamente más y más vegetación en donde estaban, o acercaba algún árbol o planta. Mónica, Mateos y Cristian aún no tienen ni idea de si podían hacer algo así de extraño. Sonia había visto volar un murciélago y ahora lo tiene colgando de su mano, dando una imagen no muy agradable. En un momento acercándolo a su cara comenta:

—Qué lindo es... ¿No? Pensar, antes me daban miedo.

A lo cual nadie supo contestarle. Debían tener cuidado para no dañarse entre ellos, mejor dicho para no dañar a aquellas cosas con las cuales... Digamos... Sentían afinidad.

En ese momento Marcos debía tener cuidado de no prender fuego a un árbol vivo, o a algún animalito. Sólo podía prender fuego ramas caídas y secas, o rodear en llamas piedras, como si parte pequeña de ellas se volviera en forma de fuego, o si él las

envolviera con este. Carla debía tener cuidado de no matar algún animalito sin querer, o golpear con alguna rama; Juan de no dañar algo con las piedras incandescentes envueltas en llamas que movía de aquí para allá, con las cuales se podría decir, jugaba. En una oportunidad casi golpea a un murciélago *de* Sonia. Pues, tenía a cinco revoloteando, más una liebre que la acercó, a la cual le acariciaba el vientre. Marcos, sólo podía afectar el fuego, o volver fuego cosas, pero no moverlas salvo que sean totalmente fuego, y no podía controlar bien esto a distancia.

Cristian mira de un lado a otro, deseando no traiga Sonia arañas. La rama del árbol que sostiene a Carla, afectada por ella, la hace descender delicadamente, y vuelve a estar con ellos en el suelo.

Todos estábamos distintos, incluso los que no podíamos hacer nada raro. Se nos había cambiado la vida a partir de una mínima decisión que nos había afectado el rumbo, aparentemente para siempre.

Cristian comenzándose a aburrir, continúa charlando principalmente con Mateos y Mónica. Mónica le comenta a Mateos y Cristian:

—A mí me gustaría hacer... No se burlen eh... Poder proteger de alguna forma a Marcos y a todos, pero no hago nada raro.

—¿Qué es esa cosa que brilla allí? —dice Cristian, señalando entre los árboles y plantas que los rodean.

—No veo nada que brille —dice Mateos.

—Ni yo —afirma Mónica.

—¡Están saliendo cinco personas! —dice Cristian.

—¿De qué hablas? —le pregunta Mónica.

Cristian se pone en pie, mira atentamente, y señala hacia los árboles, aunque en realidad lo hace más allá de ellos; donde los demás no alcanzan a ver, él observa. Comienza a recitar con voz fuerte en poesía:

Se acerca alguien fuerte,
y cuatro lobos negros
de grandes afilados dientes;
mezcla de lobo y perro.
Destellos brillantes,

de la nada emergieron.
Amenazantes vienen
los cinco guerreros.

El silencio los envuelve, las luces de los autos son menguadas por Juan. La vegetación y los árboles haciendo murmullos de sonidos los rodean, intentándolos esconder aún más. Todo fuego provocado por Marcos cesa. Los jóvenes se refugian de lo desconocido en la oscuridad y acrecentando el silencio. La adrenalina comienza a hacer su efecto, el pequeño temeroso grupo se prepara para defenderse como les sea posible.

—¿En serio? —murmura Marcos— ¿Viene alguien que cuida? ¿Vienen extraños a atacarnos, o a ver que pasa?

Cristian responde en voz baja—:

Salieron cinco personas,
de un ovalo de luz intensa;
quedó una sola de ellas,
y cuatro perro-lobos nos rodean.
Buscan dominar.

—Vuelen y esperen... —Susurra Sonia.

Se alejan los murciélagos hacia arriba (ya eran como diez), la liebre se esconde entre las raíces levantadas de un árbol, y se escucha gruñir y moverse los *perro-lobos*.

Los jóvenes amigos, colocan sus espaldas hacia el centro, observando hacia su alrededor, tan sólo ven vegetación, salvo Cristian. Comienza más y más a encerrarse ésta, intentando ser un muro de tonos verdes, grises y negros entrelazados. Marcos hace fuego entre sus manos, sin que este lo toque, el mismo fuego brilla en sus ojos e ilumina en la cúpula de vegetación.

Carla hace que una rama golpee a un *perro-lobo* que comenzaba a rasguñar con sus uñas, y a morder un árbol. Otro, feroz salta para adentrarse por la vegetación cuando otra rama lo golpea, repeliéndolo con un fuerte golpe. Los árboles están agitados, y se escucha muchos crujidos de su madera.

Así Carla intenta ahuyentar a los *perro-lobos*. No puede centrarse en los cuatro al mismo tiempo. A estos se los escucha lanzar pequeños gemidos cuando son golpeados por ramas, o enredadas sus patas por raíces.

Uno consigue pasar. Juan da un salto, se coloca en diagonal a él preparando sus puños para intentar pegarle en su hocico. Pero Sonia moviéndose como si fuera loba, se detiene mirándolo fijo, frente a frente. El *perro-lobo* era más grande que ella, si no logra dominarlo, estará perdida. Juan queda con sus espaldas al lado de Marcos; concentrado levanta cuanta piedra encuentra como estaba haciendo antes con su amigo, quien las vuelve rocas incandescentes de fuego. Estas flotan delante de ellos, suspendidas en el aire a la espera de impactar. Juan se coloca al lado de Marcos.

Otro *perro-lobo* logra, aunque magullado atravesar la vegetación, está en frente de Mateos, Cristian, y Mónica. Mateos grita:

—¡Acá!

Las *piedras de fuego* intentan golpear contra este *perro-lobo*, sólo una logra golpearle en el lomo, las otras las esquiva. Se abalanza sobre Mónica. Mónica, cruza sus brazos, aguardando los filosos colmillos los atraviesen y dañen, pero el *perro-lobo* reboata a medio metro de ella. Es entonces cuando Mónica descubre su habilidad. El *perro-lobo* es golpeado por las *piedras de fuego*, y comienza a alejarse.

Dañado queda su lomo con una herida en el hocico, y una marca en una de sus patas que cojea. En ese momento, una luz blanca azulada resplandece entre la vegetación, por donde intentaba escabullirse el *perro-lobo*.

—¡Noo! !Noo...! —Se la escucha decir a Carla aunque se encontraba a espaldas de tal resplandor.

Ramas y vegetación se vuelven cenizas, Carla lanza un grito de dolor, queda una amplia entrada. Aparece aquel que en un principio tanto había llamado la atención de Marcos cuando conoció a Mónica y Carla. El *perro-lobo* mal herido se refugia tras él. Las *piedras de fuego* estallan al intentar impactar contra aquel que los ataca, son alcanzadas por traslúcidos rayos levemente azulados y blancos.

Dos *perros-lobo* que aún intentaban atravesar los árboles que afecta Carla, dejan de intentarlo, el mal herido aúlla de forma estremecedora y se vuelve persona. Respira agitado tendido en la tierra con señales de heridas. Sonia apenas puede, intentando con

todas sus fuerzas dominar al *perro-lobo* con el cual inmóviles ambos, cual estatuas, fijos se miran. El extraño habla.

—Es posible que puedan frenar a estos cuatro nuevos aprendices. —Sonia se desconcentra, el *perro-lobo* huye, el extraño continúa:— Les aseguro, ustedes, siete novatos, no podrán contra mí, aunque estuviera solo. Les doy dos opciones: denme los anillos para que los deshaga y sean olvidados, les perdonaré la vida si me entregan luego también los de sus amigos. ¡O serán cenizas!

Cristian responde:

El señor que busca el olvido,
nos pide nuestros anillos,
no tendrá aquello que busca,
y su orgullo será abatido.

—¡Ni lo sueñen! —dice quien los atacaba, un *Señor del olvido*.

En ese instante los *perro-lobos* que quedaban comienzan a alejarse, uno se vuelve persona y ayuda al caído. Murciélagos movidos por Sonia se acercan para atacar al *Señor del olvido* quien está avanzando, caen hechos cenizas, los van golpeando traslúcidos rayos provocados por él. El *Señor del olvido* ríe por los murciélagos. Estando distraído por ello, una gruesa rama con toda su fuerza lo golpea. Cae a unos metros. Lanza un grito de furia que hiela la sangre, retorciéndose mientras se levanta dice gritando furioso:

—¡Los consumiré a todos! ¡Tontos!

Comienza a formar un inmenso óvalo de luz blanca azulada, lo envuelve de pies a cabeza. Marcos intenta hacer una bola de fuego grande sobre ellos y tan sólo logra una de apenas un poco más del tamaño de una pelota de fútbol. Aquel *Señor del olvido* ríe, grita, y un rayo de luz, de igual color a lo que lo envuelve se lanza a la búsqueda de golpear a los siete integrantes del *Grupo de los Diecinueve Jóvenes*; para convertirlos, junto a sus anillos en cenizas.

Fue tan rápido que Marcos ni llega a lanzar su pequeña bola de fuego que aún flota sobre sus cabezas. Mónica de alguna forma, puede apenas impedir aquel rayo que los intenta consumir

los alcance, y este continúa persistente.

Con todas sus fuerzas Mónica intenta proteger, pero no tiene ni idea hasta dónde llega su fuerza... Marcos intenta también lo mismo, sumando una especie de muro de fuego por delante de *la protección* de Mónica. Marcos supuso, de tirarle la *bola de fuego* no serviría para nada, la esquivaría. Juan no puede moverla de aquí para allá si no es algo sólida.

Juan suspira profundamente y su coche se abalanza a golpear al *Señor del olvido*. Este, vuelve cenizas al auto.

Pocos segundos podrá aguantar Mónica, antes de caer agotada, y todos sean consumidos.

Cristian siente va a decir sus últimos versos. Intentando prolongar el tiempo, con tono grave y voz clara; busca dar fuerza a los jóvenes.

Resistencia ¡Fuerza! Mónica.
Potencia ¡Fuerza! Marcos.
En los minutos de gloria.
Crea Juan en astucia.
Carla y Sonia, luchadoras.
El *Señor del olvido* caerá
ante el grupo en derrota.

Marcos se siente estremecer y más fuerte, el fuego parece mezclarse opuesto al rayo que los ataca, como alimentándose de éste, hace más y más calor. Pese a esto Marcos suma la *bola de fuego* intentando concentrar todas sus fuerzas. Del intenso calor se desploman al suelo todos menos Marcos. Mateos recuerda el estanque con agua, y desea con toda su alma que aquella agua los envuelva. Vapor sale del estanque, los alcanza como nube fresca, Mientras tanto el Señor del Olvido persiste en su ataque. Mónica intenta no sean consumidos. Una lágrima cae por su mejilla y murmura:

—Perdonen...

Marcos también cae, pero no derrotado, con sus rodillas tocando la tierra, intenta con todas sus fuerzas, hacer su último esfuerzo. Empuja su *muro de fuego* hacia afuera. Sólo comienza a ver fuego delante de él. Mónica se desmaya, y todos sus amigos ya se encuentran sin moverse en la tierra. Les dirige una mirada, al verlos caídos a estos, intenta mantener con gran esfuerzo, que

el fuego no se acerque más. Intenta, intenta... y lo peor ahora es el calor sofocante, piensa: “¿Qué he hecho?” “¿Morirían por mi culpa?” Aleja su mirada de sus compañeros por temor de que ya hayan muerto, cierra los ojos e intenta alejar el fuego concentrado únicamente en este, aunque le cueste su última respiración.

Comienza a perder consciencia de lo que ocurre a su alrededor, el cansancio invade unido al temor. Sintiendo alejarse sus sentidos... Ya sin fuerzas, cae desmayado. Siempre recordaría lo último que le pasó por la mente: “¿Este es el final?”.

A los minutos comienza a incorporarse Marcos, el que más resiste al fuego. Por un reflejo interno lo primero que busca es ponerse en pie, luego mira.

Ve a sus amigos tendidos en la tierra; Mónica le da la sensación, lo último que intentó fue tocarlo, acercar su mano a él; volando sobre ellos hay un *ave de fuego*. A Marcos le retumba el corazón en su pecho pareciéndole que quiere gritarle... Alrededor de ellos la vegetación está como quemada, aunque no totalmente en algunas partes. Se veía como si una bola de fuego se hubiera movido de forma recta, unos veinte metros quemando a su paso en línea recta.

Hay un poco de humo en toda la zona. Esta vez para mirar mejor, Marcos no hace fuego; en realidad preferiría no ver, y si es posible no estar allí, desaparecer de la existencia.

Se sienta en silencio en la penumbra, la angustia le oprime, es tan grande que le impide moverse y hasta llorar, más allá de las lágrimas que se le caen por sentir ardor en los ojos. Se ha dado por vencido.

¡Y comienza a moverse Mónica! Intenta ponerse en pie, está viva. De apoco también están parándose y volviendo en sí cada uno de sus amigos. Están podría decirse: bien.

Del auto de Juan quedó en su lugar, unos trozos de goma, plástico y vidrios, sin rastros de metales. El coche de Cristian, al cual Juan en un instante lo había alejado como para que tomara más carrera... Pero no llegó a hacer nada, estaba intacto, con algunas cenizas sobre él. Los árboles se observan dañados, en especial la parte hacia donde había estado parado el *Señor del olvido*. Allí sólo habían cenizas, sin vegetación.

Uno a uno se ayudan a ponerse en pie. Marcos llora como un niño y abraza a cada uno. Juan enciende un poco las luces del auto de Cristian.

Habían sido sorprendidos por *un Señor del olvido* y cuatro *Aprendices del olvido*. Estos últimos se habían convertido en *perro-lobos*, animales mitad perro y mitad lobo, del tamaño de una persona con grandes dientes y pelo negro brillante, ágiles, fuertes pero en tal estado un poco menos inteligentes que una persona.

¿Están todos bien? Esto es un desastre —dice Mónica sollozando.

A lo cual algunos murmuraron temblorosos y ahogados: “Sí”. Carla: “Sí, pero mis plantas no”. Sonia llorando añade: “*Mis* murciélagos...”. Juan: “Mi auto se hizo cenizas ¡Es fatal!”.

Se sientan, y se quedan en silencio, algunos se agarran la cabeza, otros apenas pueden estar en pie. A los minutos, habiéndose corrido unos metros del lugar ayudándose entre sí:

—¿Ganamos? —Pregunta Sonia sentada en una raíz que sobresale de la tierra. Volvía a estar con la liebre a la cual abraza; un murciélago revolotea cerca de ella.

—La verdad... No sé... —Dice Juan quien ya se sentía un poco mejor, aunque triste por su auto.

Mateos se adelanta a responder. Parece está totalmente reanimado:

—Si hubiéramos ganado, no hubiéramos perdido tirados en el suelo, desmayados, casi muertos —como nadie dice nada continúa pensando en voz alta—. Pero, no perdimos porque seguimos vivos con los anillos que querían sacarnos. ¿Qué fue lo que detuvo al que nos atacaba? Es la pregunta. Y... Mejor nos vamos de acá...

—En este momento —dice Marcos secándose los ojos—, veo un *ave de fuego* a lo lejos. Tal vez intervino. Aunque creo, le preocupa más los anillos que a nosotros.

—¿No dijo *El Anciano* que estaríamos protegidos hasta no atravesar *la primer puerta*? —se escucha una vez más en el mismo día esta pregunta, aunque ahora, resuena en la voz de Cristian.

—Sí, dijo eso. —Dice Carla, quien ya estaba caminando, me-

yorando la vegetación que los rodea. Añade:— Pero parece, no estamos siendo cuidados.

—Indudablemente ocurrió algo hoy —dice Juan—, sospecho, estamos en este momento en el peor lugar donde podemos estar —hace una pausa y añade:— ¿Cabremos siete en tu auto Cristian?

De esta forma parte del *Grupo de Los Diecinueve Jóvenes* tuvo su primer batalla.

Los siete amigos, decidieron ir a la casa de Mateos, donde descansarían. Se sienten derrotados, preocupados, y nerviosos. No obstante, así no se sentirían al día siguiente; en el cual, con más prevenciones continúan con la aventura de descubrir *la primer puerta*. En el pensamiento de tal vez encontrar respuestas...



EL VIAJE AL CASTILLO OCULTO

Llega el día ansiado por el Grupo de los Diecinueve Jóvenes. Hoy es la reunión para emprender el primer viaje juntos al Impenetrable, en busca de un castillo que se sospecha no existe, y sintiendo el peligro de poder perder la vida.

No era exactamente lo que ocurría, la idea que se tuvo en un principio. Buscar hacer algo distinto sí; pero no, ser envueltos por el misterio y grandes riesgos. Muchas preguntas, tal vez para algunas de ellas, se encuentren respuestas algún día. Los sentimientos en general son inseguros y contradictorios: Sentirse fuertes y débiles al mismo tiempo; protegidos y desprotegidos; con un rumbo que se siente inseguro y sin nadie a quien consultar. ¿Qué será del futuro? Más aún, luego de los ataques recibidos. Algunos se preguntan: “¿Volveremos de este viaje?”.

Unos pocos habían relatado toda su historia a sus amigos o familiares de mayor confianza. De estos, realmente nadie creyó. Se preguntaron los pocos que presenciaron alguna facultad: “¿Cómo podían hacer esto?” A lo cual, se respondían según sus creencias. Incluso aquellos no creyentes en algo, que no se pudiera demostrar en un laboratorio. Cada uno en su forma de pensar elabora una teoría, creyéndola verdadera, aunque fuera contradictoria con algunas evidencias. Así, algunos familiares se

preguntan por ejemplo de si eran ilusiones ópticas, o trucos muy bien elaborados, pese a estar seguros de lo que vieron. Parecería de hecho, que hasta si vieran que del cementerio los huesos se juntan de los muertos, cobrando vida nuevamente los que allí están enterrados, seguirían todos con la duda de si fueron buenos trucos lo visto ¡Aunque tuvieran a tal persona al lado durante años!

El grupo de amigos no viajarían en sus autos y en motos. Juan y Marcos convencieron a los demás luego de lo ocurrido, que lo mejor sería si Flavia estaba dispuesta, ir en vehículos 4x4. Lo cual ocurrió así.

Flavia, en un principio los iba a alquilar pero prefiere adquirirlos, “para tener una cosa menos en que preocuparse”. Los vehículos comprados (camionetas), son de color negro brillante, con los vidrios entonados de negro. Poseen capacidad para cinco adultos más el equipaje. Tienen aire acondicionado, buen estéreo, y gran resistencia para emprender viajes en terrenos difíciles. Los vehículos fueron probados, controlados, y ahora están listos para emprender el recorrido, parte del *evento especial* del año... Sí, aún está en las mentes, el pensamiento de un grupo de jóvenes, en los planes de divertirse ¿A quién no le gusta divertirse?

Al momento de emprender el viaje, estuvo la siguiente ubicación:

Juan maneja el primer vehículo, al cual los demás debían seguir, estando junto con Marcos, Mónica, Carla y Mateos. A estos cinco se los considera los principales del grupo, pero el líder es Marcos. Inteligente, con iniciativa propia aunque un poco impulsivo; posee la capacidad de plantearse dudas para saber si va bien encaminado, y generalmente no tiene miedo. Asimismo siempre busca el consentimiento de todos, sin dejar de avanzar o decidir rápido cuando es necesario. Asimismo desde un principio, las situaciones lo fueron acomodando como el líder, sabiendo comportarse como tal.

Miguel maneja el segundo vehículo, acompañado de Sabrina, David, Verónica y Esperanza.

El tercero es conducido por Flavia, y la acompañan Sonia, Es-

tefanía, Ceci y Noemí.

El cuarto es manejado por Pablo, quien se turnaría con Rubén, acompañados por Nicolás y Cristian.

El punto de reunión es en una avenida, para en principio continuar mediante la autopista. Luego de allí, seguir por una ruta, para a su tiempo pasar a otra ruta, e ir siguiendo un largo recorrido pasando de una a otra ruta de vez en cuando, antes de adentrarse en pequeños caminos de tierra. El día está nublado, a punto de llover.

Comienza el viaje, con las cuatro camionetas idénticas, llamando la atención. En la ciudad miran curiosos al pasar en fila los vehículos. El grupo charla teniendo en el sentimiento interno, un sentir de victoria, el no ser simplemente una persona más entre las multitudes de desconocidos. Pero los sentimientos no son constantes.

En la autopista, como si se hubiera planeado, todos guardan silencio al mismo tiempo. Hay una sensación extraña y nueva en los corazones. Los sonidos de la velocidad acaparan la atención, junto con algunos pequeños relámpagos entre grises nubes. Hay miradas al rededor disfrutando la primer sensación de rapidez en el comienzo del recorrido, pero sintiendo también tristeza por lo que se deja atrás: en los hogares hay parte de los corazones. Tal tristeza, de vez en cuando se hace notar en cada uno, en especial ante el silencio. Día tras día acompaña de a ratos, pero en el inicio eso se siente más fuerte. De apoco comienzan las charlas...

Al pasar algunos autos, y siendo pasados por algunos locos, de esos que piensan están corriendo una carrera en vez de viajando, se volvería algo repetitivo las horas. De vez en cuando uno piensa en silencio, nacen sentimientos pasajeros en uno u otro viajante: una sensación de ser dueños del propio destino habiéndose atrevido a hacer algo distinto, más la incertidumbre de si esto será bueno o no, sumado a un disfrute de la aventura, con una notoria tristeza por lo que se deja atrás.

En la ruta, al pasar el tiempo, sólo se observa la pequeña caravana, y a veces algunos distanciados autos. La mayoría del trayecto rodeados de campo y postes de luz a los costados. Con esta escena repitiéndose por considerable tiempo, en medio de chapa-

rrones, y algún que otro pueblo, o estación de servicio se va avanzando en el recorrido. Pasada la ciudad, en la ruta, se ven autos fuera de temporada turística sólo de vez en cuando. Aún recuerdo que al viajar de niño por la ruta, de vacaciones, era a veces tan grande el aburrimiento que me ponía en algunos momentos a contar los postes de luz que veía pasar por la ventana. De forma tal que marcaba un ritmo en el conteo, o intentaba llegar a un número específico sin perderme ningún poste, o la seguridad de no haberme confundido.

El aburrimiento por un viaje monótono se hace presente, y a las horas los amigos comienzan a hacerse... digamos... chistes.

—Che Juan —dice Marcos— ¿Qué broma les podemos hacer a estos?

—¡Ninguna! Debemos ser precavidos. Conductores responsables. Hay que tener cuidado.

—Sí seguro... Pero no crees que podemos... No sé, *alienarles* el estéreo, bajarles y subirles una ventanita...

—¡No! —dice Juan—. A ver si por distraernos se provoca algún accidente.

Pero al final comienzan las “bromas”. Juan les cambia la música del estéreo a las chicas... Esperanza hace, llueva sólo sobre el auto donde está Juan. Nicolás, quien podía influenciar descargas eléctricas, llama por radio a los que están en otro vehículo sólo para escuchar cómo se sobresaltan y luego enojan; esto por un relámpago que hace subir con un gran estruendo, de la tierra a las nubes. Había momentos de muchas risas...

Y así... siguiendo el rumbo trazado en el mapa, deteniéndose en algunas estaciones de servicio de vez en cuando, de a ratos se escucha heavy metal proveniente del vehículo donde está Juan, que no duraba mucho, porque a Mónica no le gusta tanto. Las “bromas” cesan de vez en cuando. Hay una parada para comer, y un seguir y seguir el viaje hasta el cansancio. Luego de más de diez horas de haber emprendido el recorrido, sin ningún apuro:

—¿Cristian nos avisas si ves algún lindo lugar para acampar? —le dice Marcos por radio a Cristian.

—Sí, claro —recibe por respuesta.

Y cuando ya todos están con las contracturas de viajar, más

un gran aburrimiento, ansiando el descansar he ir una vez más al baño; Cristian dice:

En frente de la mansa laguna,
a mitad del camino,
a la derecha de la ruta.
Quedará en el recuerdo,
el tiempo de pensar
juntos en el destino.

—Mirá —le avisa Pablo a Juan por radio—, dice Cristian... un poco adelante, a la derecha... Estate atento, hay una laguna.

—Disculpá —pregunta Nicolás a Cristian—, pero ¿Por qué lo dices en forma de poema?

—Es un poco difícil de explicar —dice Cristian—. Pero, es como si por un instante me hiciera parte del mundo que me rodea. Me distancio un poco del tiempo, lo observado me cautiva y siento una idea que trato de expresar con belleza. Es entonces, cuando hablo, que lo hago así. Como un poema, en ritmo de versos. Verso a verso avanzo en algo que veo, o hacia una idea que se muestra en el final.

—¿Y cuándo nos atacaron te pareció un bello poema? —dice Nicolás riendo como si hubiera dicho un chiste.

—De cierta forma también tenía su belleza. Hay cosas que resaltan en los combates, en las luchas, en los problemas; como luces que si no están esas oscuridades, no se encienden. Obvio que las guerras, discusiones, y peleas son horribles; pero hay cosas que no son feas, como la fortaleza de los justos. Y hay cosas que tienen atractivo... Por ejemplo, el enfrentar un gran peligro juntos. Además los poetas a veces le encuentran bellezas hasta a las peores lágrimas... y es mejor eso que horrorizarse o deprimirse.

—Disculpa, me interesa ¿Y cómo sabés que nos pondremos a pensar y no a jugar a la pelota? —dice Nicolás.

—Sé que nos pondremos a pensar —afirma Cristian—, y no dije que no jugaremos a la pelota. Sospecho, a la noche, cuando todo este calma y nos sentemos frente a una fogata, en medio del silencio y ruiditos que sobresaltan, estando en la paz de la noche y por romper el silencio sin prestar atención a esos ruiditos que nos sobresalten, en fin... nos pondremos a meditar en la vida. En

nuestra vida, y el viaje. Contándonos cosas entre amigos, intentando encontrar respuestas o disfrutando recuerdos. Uso la lógica, y miro profundamente las cosas. Además sabes, logro ver más allá de las personas comunes.

Mientras tanto Juan observa una entrada a un lugar acorde para acampar (como había dicho Cristian), sin nadie y totalmente abierto el paso. Hace señas con las luces a los de atrás, verifica los hayan visto, y desacelera lentamente. La caravana se adentra unos doscientos metros, alejándose de la ruta. Al llegar y estacionar, todos se estiran y caminan un poco. Juan, al poco tiempo, cruzado de brazos y con una sonrisa de disfrutar lo que hace, comienza a armar cuatro carpas al mismo tiempo, más dos baños químicos portátiles.

Esperanza mira al cielo, David ya lo hacía; comienzan las nubes a alejarse, formando un claro. El lugar es en un trayecto de ruta poco transitado; un poco olvidado y descuidado, casi no se escucha pasar a ningún auto.

Al rato comienza un partido de vóley muy divertido, ideal para despejarse. Aunque esto no sería lo que más relevante, sino las enlazadas palabras pronunciadas pensando en qué se hará; la diversión sana ayuda mucho, como un descanso del alma. Las risas siguen acompañando a lo largo de la noche, incluso al hablar temas serios. Cada uno siente a su manera, la mayoría posee una mezcla de tristezas y alegrías.

—*Che... ¿Qué onda?* —dice Marcos.

—Y... Podríamos hacer tantas cosas que me siento un poco libre —responde en un instante de inspiración Nicolás.

Éste se detiene con la pelota de vóley mirándola como si ella aún fuera la respuesta, pese a la hora de juego ya pasada. Guarda silencio intentando entender lo que dijo.

—Creo, somos todos un poco poetas y filósofos —dice Mateos, hace una pausa y añade:— Y, opino todos somos un poco libres y a su vez presos del entorno y decisiones tomadas. Pero haber tomado una decisión ya es haber usado la libertad. Somos responsables de nuestro destino.

—¿Nos vamos a poner a filosofar? ¿O a comer unos ricos sándwiches de miga? —dice acercándose Verónica quien ya ha-

bía ido por dichos sándwiches.

Al alejarse los últimos tonos de fuego, reflejados en el cielo y la laguna, al emerger la noche con sus silencios y sonidos; los amigos con los ánimos serenos, quedan frente a la preparada fogata en la invitación de usar el tiempo para reflexionar. Son parte de una escena bella, que hasta el que menos sentimientos tuviera, reconocería tal belleza. Se observa al grupo de amigos en círculo, con la fogata en medio. Chispas se elevan al cielo, como diminutas lucecitas danzantes; se refleja en todas las cosas que los rodean, la luz del fuego que hace ondular las sombras al limitarlas. Atrás, un camino; en medio, un fuego con su calor. Por sobre ellos, pareciera las estrellas los miran, y se escucha los sonidos del campo junto al del agua de la laguna. Algunos ruiditos sobresaltan de vez en cuando, y el sonido del viento marca un suave ritmo que también acompaña...

En medio del recorrido, es un momento muy propicio para detenerse a pensar. Aunque se busquen excusas para no hacerlo. En un rato quedando solos con los pensamientos, una pregunta emerge.

—¿Qué haremos de nuestras vidas? —dice Carla.

—¿Por qué no hacemos música? —Expresa lo que venía pensando Mateos.

—¿Que hagamos una banda de rock, o que seamos como los distintos instrumentos musicales que aunque diferentes, forman unidos una melodía? —dice Cristian que enseguida comprendió la idea.

(Se produce una especie de juego, continuando el tema. No sin que falten también algunas risas por comentarios de fondo y gestos graciosos que las provocan.)

—A todos no nos gusta el rock —dice Sabrina sonriendo—, pero somos amigos con puntos en común, la respuesta es obvia —hace una pausa y añade:— Aunque, claro, música puede ser muchas cosas ¿Buena o mala música haremos?

—De la buena armonía, con la estética de la belleza —afirma Cristian.

—Pero... ¿Qué considera bello cada uno de nosotros? —dice Carla.

—Si fuéramos distintos instrumentos musicales —dice Mateos—, en una misma interpretación; la belleza sería no desafinar.

—Pero no sería justo que todos tuviéramos que hacer lo mismo, si alguien no lo quiere —dice Sabrina.

—Imaginen como la música armoniosa de la vida en sí —dice Mateos—. Donde la desafinación sería lo inmoral. Lo éticamente incorrecto, o lo corrupto.

—Una guitarra que en vez de ser usada para hacer música se la usa para tirársela a alguien por la cabeza —dice Pablo, quien en ese momento se arrepentía de no haber traído su guitarra—. En una melodía cuando te equivocas una nota bien mal, es obvio esta está mal, a nadie cuerdo le gusta.

—El fuego que en vez de calentar o iluminar es usado para dañar —dice Marcos—. Hay que evitar cosas así. Pero les recomiendo el Heavy Metal del bueno ¿No Juan? —dice sonriendo y levantando un puño en alto durante unos segundos, a lo cual algunos ríen. Juan responde levantando también un puño en alto mientras dice “see”.

—Las personas que dañan o hasta extinguen alguna especie —dice con voz potente Sonia—, me enfada mucho eso. Dañan el ecosistema e incluso se dañan a ellas mismas. Está mal, hay que combatir eso.

—El viento que se vuelve tornado dañando todo a su paso —dice Flavia—, sería para mí el no hacer armonía. —Añade en broma:— Más les vale no hacerme enojar he.

—Sí —dice Mateos—, nadie te hará enojar Flavia, y cada caso que en su desarmonía provoca daño, algo feo, carente de belleza. Lo definiría como algo malo que desafina en la música. Y nosotros podemos hacer muchas cosas, nos ha tocado, parece ser, ser un poco libres como dijo Nicolás antes.

—El tema —dice Juan sonriendo—, además de escuchar buena música, como ser el heavy clásico. En fin... El tema es ¿Qué haremos de nuestras vidas? Es obvio, buscaremos hacer el bien y no el mal... ¿No? Somos todos inteligentes... Emm... supongo. Además no queremos problemas

—¡Obvio! Hacer el bien es armonía —afirma Sabrina—, be-

lleza, justicia...y son todas cosas lindas.

—...Y si podemos hacer un bien y no lo hacemos —añade David—, también eso es algo malo. Además creo que está Dios, y juzgará.

—Totalmente de acuerdo —opina Flavia muy seria—. Luego, no llegamos hasta acá para volver a atrás.

—¿Por qué no? —dice Mateos—. Peor sería volver hacia atrás, estando más adelante. Ahorraríamos tiempo ahora.

—Supongamos —interrumpe Marcos—, hay una puerta misteriosa que nos podría llevar a mundos lejanos ¿La atravesarían? ¿Hasta dónde nos vamos a arriesgar? Porque si preparamos todo y llegamos hasta acá, es obvio que la idea no es retroceder como cobardes a mitad del camino.

—Obvio... yo te sigo a donde sea —dice Mónica con fuerte voz. Se escuchan unos cuantos chistes de fondo, un resaltado “¡te quieerooo!” por parte de Marcos. David interrumpe poniéndose en pie para decir:

—Nos dirigimos hacia donde está aquello que amamos. Incluyendo nuestros sueños y anhelos.

—Perfecto —dice Marcos, también poniéndose de pie—, escuchan... Pero si ocurre nos encontramos con una puerta que al atravesarla nos llevaría a mundos distantes ¿Qué hacemos? ¿Recuerdan la historia que contó *El Anciano*?

—Muchas veces debemos decidir cosas importantes —opina Pablo—. Cada vez que decidimos sobre una mudanza, un trabajo importante, un estudio, una fe, un estilo, cada casamiento... y demás cosas que pueden afectar la vida.

(Alguien grita cambiando la voz: “¡No vale casarse con varias al mismo tiempo, ratón!”, y todos ríen.)

—Sí, pero no te vas a otro planeta —dice Marcos—. O adonde sea que supuestamente lleven esas puertas.

—Sin estar seguro qué habrá o si hay regreso —añade Juan muy serio—, o si se muere en el camino. Guiados por historias contadas. Y no una sino diecinueve personas que tienen familia.

—Bueno... *tu viejo* llegó hasta allí, y no se animó a pasar —dice Nicolás. Añade:— ¿Y qué vio?

—Resumiendo: Un castillo donde no existe —dice Marcos—,

y según me contó, una puerta como de luz. Supongo, allí dentro hay una o varias *puertas* de las que habló *El Anciano*. Además al llegar al lugar les pasaron cosas raras. Ya les conté lo que sé. No les guardo secretos.

—¿A tu papá nunca le pasó nada extraño, no? Digo como a nosotros... —Pregunta Ceci.

—Así como a nosotros, no... no tienen que yo sepa habilidades fuera de lo común más allá de la de aguantarme a mi. Pero... El *collar cambiante de color*, lo usaba mi mamá, nunca la vi hacer nada raro, a veces hablaba de sueños raros. ¿Y vos Mateos no estás seguro de seguir adelante?

—Sí, estoy seguro. Sólo que me gustaría que todos lo estuviéramos, no me gustaría para nada estar solo.

Se escuchan varios consentimientos. Aunque ni uno de los de allí pensaba distinto en esto.

—Si tienen la posibilidad de ser algo así como superhéroes ¿Lo serían? —interrumpe Flavia con algo que pensaba desde que vio lo que podía hacer.

—Lo difícil es la complicación de intentar ser algo sobresaliente —Divaga con sentido Pablo—, encontrar tu rumbo, continuar pese las complicaciones luchando. Supongo, si procedemos bien, siendo gentes de bien, nos irá bien... Al menos es más factible así sea de... digamos... que siendo malos. Sin necesidad de ser un superhéroe... Aunque en el pasado le decían a esto buscar la gloria... —al decir “gloria” todos se lo quedan mirando.

—Ustedes los hombres... siempre tan humildes —dice Sonia con ironía.

—¿Y a quien no le gustaría ser un exitoso y reconocido profesional? ¿No podría decirse a eso su gloria? —dice Marcos.

—Lo de reconocido creo que no es del todo necesario... —dice David— No hace falta agrandarse. Es más, el no agrandarse es un signo de grandeza, siendo digno.

—Yo atravesaría esa puerta —dice Esperanza.

—¿Y si tendríamos que pasar por peligros para poder llegar? —pregunta Sabrina, quizás la más temerosa del grupo— ¿O si es un castillo y desaparecemos juntos con él?

—¿Y qué gloria podría venir sin una buena pelea? —dice Miguel, ríe para disimular y continúa:— ¡Doy mi vida por ti Sabrina!

—¡Esa...! — Se escuchó a más de uno decir en medio de risas.

—Gracias lindo... Pero... No sé... ¿No es arriesgarse innecesariamente?

—Eso lo dices tú, porque no peligró tu vida —le responde Esperanza—. Las decisiones dependen de las situaciones.

—Sí... Tal vez. Espero algo nos de una pista, al menos de saber si lo que nos dijo *El Anciano* es verdad. —Dice Sabrina, añade:— Podríamos acampar en frente de ese “castillo”. Si existe, dejar algo dentro y si desaparece... comprobar luego si vuelve... Vemos si está.

—Buena idea. Que sea una planta y un animalito —dice Carla.

—¿Y nos dejamos conocer o no? —pregunta Verónica—: Ya saben: Eso de hacer rayos, crear fuego, tormentas, manejar cosas, hacer caer en profundo sueño, y demás manifestaciones extrañas. Lllaman un poquito la atención.

—Sospecho, seremos leyendas... —Dice Rubén ahogándosele la voz, quedando mirando pensativo a un punto distante.

—No entiendo —dice Juan—. ¿Por qué preocuparse por esas cosas? Cada uno haga lo que mejor le parezca ¿no?

—Si hablamos, no callamos; si no nos ocultamos nos dejamos ver... —dice Carla. Añade:— ¿A medias? Unos sí y otros no... No sé... ¿Cada uno por su lado? No queremos eso, queremos estar juntos ayudándonos.

—Es que yo les mostré a algunos qué podía hacer —Dice Verónica—. Mi agilidad... Mi nueva destreza es ser apenas percibida, como si fuera un fantasma moviéndose rápido. Me concentro tanto que veo a los otros lentos y puedo moverme antes, casi sin ser percibida.

Y así el grupo habló mucho. Las palabras, van forjando, o fortaleciendo actitudes en el pensamiento. Cada palabra pronunciada era escuchada y evaluada con mucha atención, y sin enojos. Tanto las frases tontas como las sabias y envueltas en refle-

xiones, como así también las sentimentales y afectuosas.

Por primera vez allí se comenzó a hablar de algo que no quedaba aún del todo claro: “Gloria”, “ser héroes”, “volverse leyendas”... Palabras que al mencionárselas, causan una extraña sensación, más aún teniendo la posibilidad de concretarlas. Podría decirse provocan sed de ellas mismas. Incluso algunos llegaron a dirigirse miraditas de desconfianza en algunos momentos, principalmente por temor a que algún corazón diera lugar a sentimientos morbosos ocasionando problemas.

La mayoría durmieron poco, reflexionaron algunos acostados antes de dormir. Y al amanecer, entre una vida de aventuras rodeadas de maravillas y misterios; a una, llena de las cosas cotidianas; más la motivación de la carencia de seguridad frente a los ataques recibidos... La decisión fue de todos por igual: Seguir adelante prefiriendo la aventura.

Continuando el viaje, las rutas en su mayoría de asfalto ahora se volvieron en su totalidad de tierra. Éstas, al final del trayecto comienzan a ser apenas caminos.

El grupo se desvía un poco del rumbo, para entregarles una pequeña ayuda a un centro de asistencia comunitario, especialmente para aborígenes necesitados.

Continúan los últimos cientos de kilómetros que llevarían horas, entre caminos muy poco cuidados y embarrados, rodeados de árboles, cactus, abundante vegetación y fauna.

Al fin el grupo llega sin complicaciones, al círculo final marcado en el mapa, allí se acampa adentrándose entre la vegetación del Impenetrable. Decididos a continuar cuando amaneciera.

9

EN BUSCA DEL CASTILLO

Como generalmente ocurre en los que logran triunfar, en medio de las dificultades, se siguió avanzando.

Marcos, quien se había colocado el *collar cambiante de color*, observó junto con sus compañeros que muestra una pequeña luminosidad, desde su proximidad al llegar donde se acampó. Según a la dirección que Marcos se dirige con el collar, éste emite luz en mayor o menor medida. Todos notan esto y se decide seguir la mayor intensidad al día siguiente.

A la noche Marcos sueña con el castillo, y tal sueño asemeja a la realidad. Siente olores, texturas, pesos, ve claramente los colores y lejos de ser imágenes rápidas siente cada movimiento dado, incluso teniendo consciencia. Se decía: “Estoy soñando, porque antes de estar acá estaba durmiendo, y no llegué en ningún momento aquí”, aunque lo dudaba.

Carla lo despierta muy suavemente, pues se había puesto de pie como sonámbulo, y se llegó a mover unos metros como tal. En el sueño se fue acercando a un castillo en perfecto estado. El castillo es de dimensiones considerables, la torre del homenaje es cuadrangular y se eleva como a cuarenta metros por sobre el muro, es de piedras en cubo, con dos murallas y varias torres en estas. No ve persona alguna en lo que observó de la edificación.

Llegado a entrar por su puerta, es despertado.

—Descuida, son sólo recuerdos —le dice Carla—, pasan rápidamente por la mente, reanimados por la proximidad, el deseo de lo que buscamos, o incluso el temor. Se forman a partir de sucesos percibidos, modificados y recreados. Te parecen reales porque te impactaron, y se hicieron dentro de tu mente. No te preocupes.

—Pero —dice Marcos—, me parece es algo más extraño que eso. Hasta un poco reconocí el lugar.

—Bueno... en realidad —le contesta Carla—, con nosotros puede que lo común no ocurra. Igual no te preocupes, pero obvio que no podés andar caminando dormido.

—Claro... —dice Marcos—. Bueno, espero que no pase de nuevo. Por las dudas, ya sé qué haremos...

Sin complicaciones extra, y a temprana hora, luego de desayunar se levanta el campamento. Aún continúa un poco más el recorrido en los vehículos, pero ya no se escuchan las risas y bromas de antes. La intensidad de la luz del *collar* aumenta en una dirección donde no hay ningún camino. No obstante, se podría a kilómetros intentar en otro camino paralelo al cual se estaba, para saber si entre ambos se encuentra el lugar.

Hubo tensión, y un poco se desintegró con la desilusión al comprobar que aún se debía continuar, pues nuevamente ocurrió lo mismo. Lo cual se repitió dos veces más, hasta donde según la luminosidad, aparentemente se debía estar saliendo del camino, adentrándose en la selva, volviendo un poco hacia atrás. Allí había una sensación extraña, mucho silencio y tensión ¿o miedo?

En una parte se observa el poder adentrarse un poco con los vehículos, lo suficiente para que Carla los oculte totalmente, dejándolos entre la vegetación. Cargando las mochilas y carpas, alejándose en la búsqueda de aquel castillo, el grupo continua avanzando.

El camino fue lento hasta que Carla y Mónica comienzan a alejar la vegetación por donde transitan. Marcos observa varias *aves de fuego*, supone “Tal vez tienen algo que ver con la cercanía al castillo”. Esto da ánimos, algunos ya estaban diciendo comentarios tales como: “¿Y si nos perdemos?”; “¿No será mejor

regresar?"; "Creo que ya llegamos muy lejos, a ver si nos estamos equivocando", y eso que recién se comenzaba a alejarse de las camionetas. La luz del *collar* fue cada vez más intensa, de tal forma que allí donde llegan débilmente los rayos del sol, ilumina a su alrededor de forma notoria.

El misterioso castillo no aparece, se acampa al llegar la noche.

Juan estaba armando nuevamente las carpas cuando Cristian comienza a mirar lentamente y muy atento a su alrededor. Su comportamiento se prolonga, aún incluso luego de que todos comienzan a comer sin él, sentados al lado, respetando su silencio aunque murmurando de él.

—*Loco...* ¿Estás bien? ¿Ves algo raro? —Le Dice Pablo. Al no recibir respuesta de Cristian quien hace más de quince minutos se encuentra mirando fijo hacia una misma dirección. Le toca con el dedo varias veces su hombro añadiendo—: ¿Te vas a quedar sin palabras mirando a la nada toda la noche? Ya nos preocupa un poco.

Cristian lentamente mueve la cabeza, para mirar a Pablo. Dice:

—No entiendo.

Y sin más, se sienta a comer con los otros en silencio, como si nada hubiera pasado.

—¿No vas a explicar qué no entiendes y tu comportamiento extraño? —dice Verónica.

—Bueno... Lo que pasa... Es eso: No sé —dice Cristian.

—*A bueno...* —dice Juan en tono burlón.

—¿No sabés qué? Viste algo raro ¿Sí o no? —pregunta Marcos.

—*La luz mala* —afirma Cristian. Añade, ante algunas expresiones de miedo y asombro:— Estaba concentrado esperando desaparezca, pero al final, no supe si lo visto tenía vida o no. Además, sinceramente me cautivó, en medio de la oscuridad ver su luz emergiendo de la nada.

—¿Sigue ahí? —pregunta Estefanía.

—¿Querés se quede otra hora mirando? —le contesta Pablo.

Cristian ríe y dice:

—Supongo, debe estar aún allí. En un momento además hubo también otras, pero de forma muy rápida incluso me pareció se movían...

—Olvídenlo, debe ser alguna acumulación de gases. Dicen es eso... —Comenta Marcos.

Repentinamente un relámpago golpea muy cerca, sobresaltando.

—¡Qué haces *animal!* —le grita Juan a Nicolás.

—¡Yo no fui! —dice Nicolás.

Descargas eléctricas en forma de rayos comienzan a impactar, a lo lejos y cerca, golpeando contra árboles y arbustos.

—¡Todos al piso, no corran! —grita Nicolás.

Comienzan a erizarse los pelos, Ceci está a punto de salir corriendo a donde sea. Marcos apaga un fuego con sólo mirarlo de una carpa donde impacta un rayo. Nicolás, mira a su alrededor y busca algo en su mochila, comienzan a sentirse todos mal, un poco mareados. Se para y en cuanto lo hace, un rayo casi lo toca pudiendo apenas desviarlo a un tronco, donde comienzan a impactar de forma enceguedora un relámpago tras otro.

Un *ave de fuego* desciende donde están ellos (en un claro), es sólo vista por Marcos aunque todos comienzan a sentir gran calor. Marcos ve por primera vez bien al jinete, siempre monta un ave; nota, está unido a ella viéndosele al jinete tan sólo la mitad de las piernas. Mónica se da cuenta que nada puede hacer ella, y los rayos siguen y siguen, impactando en el mismo lugar donde los dirige, afectándolos Nicolás.

En algunas partes se observan resplandescencias de la cantidad de chispas. Al fin, las descargas eléctricas menguan.

—Veo un *ave de fuego* que se aleja—. Dice Marcos.

—Y yo veo a la *luz mala*—. Dice Ceci.

La miran a ella, miran luego donde observa: detrás del único en pie en ese instante, a Nicolás (con todos los pelos de su cabeza electrizados). Éste se da vuelta y cae del susto al ver una bola de luz flotando, lentamente acercándoseles.

Ceci se pone en pie y comienza a señalar con las palmas de sus manos a la *luz mala*, una *luz mala* distinta a lo que antes había visto Cristian; posee algunas tonalidades entre su transparen-

cia y luz, además claramente se mueve, la vegetación bajo ella parece sentir su peso. Comienzan a emerger de Ceci pequeños rayos traslucidos naranjas. Impactan con la *luz mala*. Esto le da una visión más aterradora ya que cambia de color, se hace más opaca, y algunos pequeños rayos comienzan a extenderse un poco de ella.

—¿Qué hiciste? —Pregunta Marcos.

—Eso no es lo que antes veía, y menos ahora —dice Cristian.

—La atacé —dice Ceci—. Debía haberse vuelto humo, agua o polvo.

Un fuerte viento comienza a levantarse, especialmente donde se encuentra la *Luz mala*. Flavia se para desafiante, algunas cosas pequeñas de poco peso comienzan a volarse. Pero esa cosa no deja de acercarse.

—¿Corremos? —con voz temblorosa pregunta Sabrina.

—¿Qué opinas Cristian? —le pregunta Juan a Cristian, quien responde con un gesto de no saber. La *luz mala* está a diez metros de ellos. Otras pequeñas se observan rodeándolos más lejanas. Parecería los están mirando. Marcos se levanta, agarra su mochila que estaba volcada en el suelo, se acerca a la *luz mala*.

—¡Nooo! —grita Mónica, y se la observa muy concentrada, con los brazos extendidos hacia su novio.

Marcos se detiene a tres metros, saca un volt (vianda), y para sorpresa de todos se pone a comer mirando a la *luz mala*. Se da media vuelta para decir:

—Está buena. Que yo sepa no salen rayos de la *luz mala*, esta es una *luz mala* distinta, parece tuviera vida propia, parece nos mirara... Menos mal no la dañaron. Y espero que no hable.

Mónica, como no podría ser menos, se dirige un poco temblando de susto, al lado de Marcos, lo abraza. Marcos, continúa desafiando al misterio.

Y en verdad tenía razón, podría vérsela hermosa alejando todo tipo de mito causante de temor de lado; como por ejemplo, de ser un espíritu que busca ahuyentar a extraños, posibles hurtadores de tesoros escondidos.

Todos comienzan a arreglarse un poco y arreglar las cosas un tanto desparramadas. Comienza a llover otro chaparrón. Espe-

ranza con los ojos cerrados sentada en el césped dirige su cara a la lluvia, como disfrutándola. A lo cual nadie quiso decirle “¿Por qué no la detenes?” Entre los diecinueve hay distintas formas de pensar y comportarse, tanto, que a veces se prefería no preguntar muchas cosas intentando comprender en silencio, pese a que muchas veces costaba contener enojos internos o generar discusiones.

Algunos, entonces entraron en alguna carpa, no llovía muy fuerte. La *luz mala* comenzó en un momento a menguar y no se supo si se fue alejando lentamente hacia atrás, apagando su luminosidad, o disolviéndose arrastrada por la lluvia. Al rato, cada uno se retiró a su bolsa de dormir. Se escuchó a Juan decir:

—¿Esto fue un intento por alejarnos asustándonos?

—¿De quién y de qué? —responde con otra pregunta David.

—¿El *tipo ese del olvido* queriéndonos alejar de las cercanías de una *puerta*? —preguntó alguien de adentro de una carpa.

No era hora de formularse más preguntas, y ya había suficientes acumuladas.

Sólo hubieron dos alternativas: Correr asustados o quedarse. Elegida la segunda parece ser se estaba volviendo costumbre seguir adelante pase lo que pase. Como no podría ser de otro modo, hubieron turnos para no estar dormidos todos, sin dejar alguien despierto de guardia.

Marcos y Mónica son los primeros. Más que estar atentos, disfrutaron sus abrazos; entre momentos de susurros, silencios y besos. Cuando el sueño se hizo muy presente, llamaron a Miguel. Éste estaba con Sabrina y la escena intentó repetirse, salvo que Sabrina a cada ruidito se sobresalta asustada.

Luego siguió vigilando no pase nada raro, Verónica; quien comenzó en un momento, ganada por el aburrimiento, a realizar una especie de danza, estando descalza. Luego comenzó a entrenarse un poco en Kun-fu. Y en esto estaba hasta que ocurrió lo siguiente:

—¡Quien está allí! ¡Quien está! ¡Hable ahora!

Mientras en sobresaltos salen todos de las carpas y bolsas de dormir. Verónica observa entre la vegetación a unos reflejos de ojos que miran; la mayoría no a más de un metro de la tierra.

Uno a uno el *Grupo de los Diecinueve Jóvenes* se dirigen miradas, preguntándose qué hacer. Sonia afirma:

—Lo que está ahí no son animales.

Cristian entonces habla en su forma particular:

Han salido de donde vienen,
a mirar a los extraños que los miran;
corren peligro ellos. Desconocen,
a los que por precaución lastiman.

Al decir esto, a Marcos se le fue la idea de hacer una bola de fuego para tirársela. David, comienza a irradiar paz. Uno a uno se alejan a continuar su mal sueño sin importarles mucho la situación, incluyendo a Verónica quien se despidió diciendo que hasta ahí llegaba su guardia. David y Cristian se quedan despiertos.

—¿Cómo sabes si no desean hacernos daño? —Pregunta David a Cristian.

—Los vi en actitud de contemplación y asombro mirándonos. Además no podemos atacar, o mostrarnos agresivos, por más que nos sintamos atacados por miedo.

—Obvio sí... ¡*Viste!*... necesitamos aprender tanto...

David y Cristian charlan, aquellos seres se alejan. Luego de un rato, deciden llamar a Carla y Mateos, para que continuaran despiertos ellos, para descansar un poco, aunque ya casi amanece.

Al emerger sobre el horizonte el sol, elevándose por sobre la vegetación. Entre charlas, se estuvo de acuerdo que no se sabía cómo comportarse ante hechos extraños; y se mostró el miedo y la preocupación. Demorándose ese día mucho en continuar, Carla habló largamente con algunos, que dudaban si seguir adelante o no. De hecho, incluso Carla lo dudó: “¿Si se le hace daño a alguien sin querer?” “¿Si se provoca algún tipo de guerra con seres extraños?”

Estando en una zona aparentemente sin población en el Impenetrable, se había alejado considerablemente del camino y los vehículos. En tales circunstancias, si se vuelve hacia atrás o continúa igualmente (por haber tardado tanto), alcanzaría la noche. Ni Marcos o Juan estaban totalmente libres del temor de sufrir

sobresaltos o correr nuevamente riesgos ¿Innecesarios?

Se continúa siguiendo la luminosidad del *collar cambiante de color*, hasta donde hay una formación rocosa rodeada de árboles y abundante vegetación. Carla tuvo que ir apartando plantas y ramas, afectando de tal modo que se parecía estar avanzando por un pasadizo entre la vegetación, a la luz del *collar*. Sonia aleja víboras, arañas y otros animales, para evitar sustos y alguna mordida o picadura.

Alcanzó la noche en su plenitud, y el recorrido continúa en una abertura entre rocas. Posee la apariencia de ser realizada por mano del hombre. El *collar cambiante de color*, brilla más intensamente, en tal dirección. Cada vez se va alejando más, envolviendo el misterio y lo considerado hasta ese momento fantástico, a la cotidiana realidad.

—Marcos ¿Y el Castillo? —le dijo Mónica.

—Me encantaría estuviera aquí, y no lo está... Tal vez entrando por ahí. Pero conociendo a mis padres, creo ni remotamente hubieran entrado, o llegado hasta este punto. Son atrevidos pero no tanto, suelen ser más cuidadosos que atrevidos.

—¡Vamos! —interrumpe Juan avanzando.

Tan sólo por mostrarse decidido se lo siguió. Al entrar se observa una cruz grabada en profundidad entre ladrillos, una bajada se prolonga mediante una escalera, realizada en la roca.

—Veo, termina en una puerta de piedra —dice Cristian—. Y me parece, es una escalera muy larga hacia abajo.

Adentrándose en las profundidades cada vez más, provoca a cada nuevo paso, una mayor intensidad de temor por la inseguridad.

—Detesto decirlo pero tengo miedo... —Dice al fin David. Añade—: Esto *pinta feo che*. Creo, no debiéramos estar aquí.

—Dividámonos en dos grupos *por si acaso*...—afirma Juan y añade—: Nos comunicaremos por radio.

Juan, Marcos, Mónica, Cristian y Miguel Son los que continúan en primer lugar, aunque quisieron seguir también Pablo, Verónica, Flavia y Estefanía. El collar de Marcos alcanzaba para iluminar el camino al alrededor, a los metro sólo se ve oscuridad, pero se confió en Cristian.

Juan saca una soga de su mochila, se la ata y va delante, mientras Miguel seguido de Marcos la tienen fuertemente, y luego los otros. Así se continuó, descendiendo mucho más, hallando al final una puerta de piedra, con otra cruz grabada. Se detiene Juan junto a los demás. La cruz es de cuatro tramos iguales.

La situación es tan sobresaltable que cualquier indicio extraño hubiera motivado para lejano a cualquier valentía, salir corriendo todos juntos. Esto fue acrecentado por unas carabelas que se vieron al descender, como simbolizando a la muerte. Se está mirando hacia todos lados, hasta que Juan llama la atención sobresaltando con su reconocible voz:

—Esto es muy raro. Un agujero así debería estar lleno de agua y no lo está.

—Además no es natural. Esto está construido. La pregunta es ¿Por quién? ¿Para qué? —Dice Mónica.

—Aborígenes, no lo creo. No tiene apariencia de ser de aborígenes sino de fortificación colonial o feudal —dice Marcos.

—Sí... A ver qué pasa... —Dice Juan e intenta empujar la puerta de piedra. Añade luego del intento—: No puedo.

Varios lo intentan juntos, a lo cual cede, girando en un eje central. Al asomarse para ver, se observa un camino a nivel, rodeado de tesoros con polvo opacando su brillo. El camino se prolonga hasta perderse entre las sombras.

—Hay otra puerta de piedra al final —dice Cristian.

El primer grupo se junta y detiene allí, para descansar un poco mientras los demás se acercan por la larga escalera.

—Mejor no toquemos nada —dice Juan.

Caminaron todos juntos en fila rodeados de jarros, vasijas y otros recipientes, algunas cerrados y otros no, de cosas de oro y/o piedras preciosas. Hay allí entre otros: Monedas de oro, piedras extrañas que parecen tener algo de luz propia, espadas de un material muy brillante y coronas. También cosas extrañas como ser: garras de algún metal en forma de guante, unos especie de bastones de un material verde semejante al mármol, águilas de un material pulido muy brillante, mascararas, y un largo itinerario de objetos extraños y muy tentadores; incluyendo unas túnicas negras con algunos diamantes pequeños (o algo muy parecido a

diamantes) incrustados, como si representara un cielo estrellado. Estas se encontraban al final de la fila.

—No detectó ningún dispositivo extraño, que se active al tomar algo, igualmente, no agarraremos nada—. Dice en voz fuerte, casi gritando, Juan.

De esta forma el primer grupo queda al final del sendero, luego de haber avanzando entre tesoros; el segundo grupo en el principio. Los primeros, intentan mover la segunda puerta de piedra sin lograrlo.

—¿Será una puerta? ¿O tan solo todo se trata de este tesoro? ¿Y ahora qué hacemos? ¿O tal vez el tesoro está como último recurso para distraer? —Pregunta Marcos.

—¿Tan solo? —murmura Juan

—Tal vez tenga algún dispositivo —dice Mónica.

—Disculpa... pero es una piedra rectangular, por medio metro de ancho y dos de alto. Y no sé si nos conviene intentar romperla, no sabemos que hay del otro lado. Y me parece que no es muy gruesa— Dice Juan.

—¿Y nos vamos a quedar acá sin hacer nada? —opina Miguel.

—¿Ceci no dice poder hacer polvo cosas? —comenta Mónica.

—El problema es que suponiendo se pueda romper, ¿Qué hacemos luego si nos arrepentimos? —dice Cristian.

—¿Habrá agua atrás? O ¿Algo peor? —opina Miguel.

Cuesta decidirse si romper o no esa puerta de piedra. Luego de un tiempo, se acercaron todos, pisando de vez en cuando algo de los tesoros y al final se los manipula poniéndoselos a ver por notar nada ocurría. Esto, luego de que Rubén pateara sin querer un jarrón de oro, el cual poseía perlas o algo parecido.

Entre las cosas de allí, una de las cosas que más llamaron la atención, fueron unas esferas de aproximadamente veinte centímetros de diámetro, de un color que se movía. Como si un remolino entre negros brillosos se moviera en todo el perímetro de la esfera. Cristian dijo al mirarla como un minuto, le daban una sensación de miedo, y al decir esto nadie más las volvió a tocar. Pero eran muy bellas. Había una blanca y “los remolinos” de un

tono anaranjado.

Están haciendo considerable desorden hasta que Juan, Pablo, Miguel y Mateos se ponen de acuerdo para empujar haciendo palanca (Mateos descarta la posibilidad de que atrás haya agua acumulada). Nada ocurre. Salvo que Pablo rompe la punta de una espada, indudablemente muy valiosa, una espada ancha de doble filo.

—Se me ocurre... —Dice Mateos— Podría intentar formar vapor de agua, una niebla, y llevarla entre la piedra, tal vez resbale más... No, no... Ya sé, Marcos la calienta, y luego la mojamos de esa forma tal vez afloje.

Se intenta hacer eso, Marcos comienza a calentar la piedra, esta cruje, en un momento le pasa a Mónica su collar, que por ese entonces tenía en la mano. Al calentarse se escucha una explosión y una pequeña parte de un borde se desprende con gran fuerza. Queda detenido por Mónica antes que impacte contra alguien. Por la escalera Mateos hace descender niebla muy molesta, que se condensa en agua. Se nota, el agua acumulada se escurre al final de la escalera, por pequeños orificios. No obstante, logra, dirigir una especie de nube cargada de agua a la piedra recalentada, la cual comienza a enfriarse no muy rápidamente. Agarrando unas espadas, no se rompió esta vez ninguna al hacer palanca, la puerta de piedra comienza a ceder. Moverla parcialmente para poder pasar, llevó horas, descansando de a ratos, quedando exhaustos. De vez en cuando se repitió el proceso de calentar / enfriar con condensación de agua, mientras algún desprendimiento de piedra era bloqueado por Mónica antes que impactara en alguien.

Movida la puerta de piedra, al poder observar a los costados de esta, se ve un gran salón esculpido en roca, bañado aparentemente en oro las paredes, y rodeado de cuadros en hilera. Uno a uno asombrados por el descubrimiento, fuimos ingresando. Allí dentro la luz del collar es tan intensa que comienza a molestar.

En el medio del salón hay algo parecido a una puerta. Ésta está formada por luminosidad blanca, que ilumina el salón. No da una luminosidad intensa, es como si fuera vidrio irregular, emisor de luz totalmente homogéneo, sin picaporte y su parte su-

perior en curva.

—¡La *primer puerta*! —Dice Ceci al verla.

—Sí, ahí está la puerta que no sabemos a dónde lleva, ni cómo abrirla —comenta Marcos.

Comenzando a caminar en circulo mirando los cuadros, éstos en sus diseños representan muerte y desolación. En ellos se observan: huesos, plantas secas, terrenos vacíos y más representaciones incluyendo a cruces de varios colores tachando a la *puerta*.

Marcos agarra una moneda de oro del pasillo de los tesoros, y la arroja a la *puerta*, la moneda la atraviesa como si esta fuera de agua pero sin inmutarse la *puerta*. La moneda desaparece como si se hubiera trasportado a otro lugar o destruido.

—¡Atemos algo a la sog a y arrojémoslo! —dice Juan.

Al hacerlo, la sog a avanza pero en cuanto intentan recogerla, al tirar para que vuelva, instantáneamente esta se corta con un corte perfecto. Llama mucho la atención a este detalle.

—Yo no paso por ahí —dice Sabrina.

—Yo sí, esperen a que venga —dice Marcos, quién estaba más cerca de tal “puerta”.

Mónica esta apunto de agarrarle de un brazo cuando Mateos se tira contra ella, intentando no pueda hacer esto.

—¿Querés cortarlo como pasó con la sog a? —pregunta alterado Mateos.

Pasa una hora y hay impaciencia por Marcos, Mónica llorando. Pasan dos horas y en silencio hay un ir y venir por el *pasillo de los tesoros*, a la cámara de la *primer puerta*, lamentándose, y distrayéndose algunos viendo algún tesoro que estuviera cerca del camino intentando vencer el natural sueño. Transcurren tres horas y hay que atar a Mónica pidiéndole mil disculpas, diciéndole es por su bien, pues ha intentado dos veces abalanzarse a la *puerta*.

—¡Quiero ir con él! ¡Quiero ir con él! —gritaba Mónica reiteradas veces llorando, pese a esto no utiliza su habilidad para pelear.

—No *mirá*... no es conveniente... no te preocupes, en cualquier momento regresa... —Le decía Carla.

A la cuarta hora todos hablan despacio unos con otros, estando muchos casi durmiéndose pese a estar muy preocupados. Y aunque no se decía estaba la pregunta en los corazones de si Marcos estaría vivo.

—¿Estará envuelto en una paz tan grande que no puede reaccionar para volver? —preguntó David, convirtiéndose en el candidato más próximo para atravesarla, si es que alguien más lo haría, por ser el que más resiste una inmensa paz.

—¡Marcos! —Grita Juan con bronca, y arroja un jarrón de oro a la puerta el cual desaparece.

Comienzan a pasar horas, hasta que el sueño vence en el *pasillo de los tesoros*. Pues cerca de la *puerta* se teme, alguien la atraviese.

Pasó un día con idas y venidas más lamentaciones. Cuando repentinamente, David avanza y atraviesa la *puerta*.

—*A bueno...* ¡Lo que faltaba! —Dice Juan.

—Está bien lo que hizo —dice Mateos, añade:— Pero nadie más pasará si no vuelve alguno. No sea que desaparezcamos todos, o regresen y no encuentren a nadie que reciba.

10

LA PRIMER PUERTA

Transcurrió una semana de haber atravesado Marcos y David la *primer puerta*. No habiendo vuelto de allí, y sin decidir qué hacer el resto del Grupo, más que esperar. Se acampó cerca del lugar, y se organizó una guardia continua en la entrada, antes del principio de la larga escalera que desciende al lugar de la *puerta*.

La comida no falta, hay aproximadamente para un mes ajustándose un poco en el consumo. El agua, Mateos la condensa para utilizarla o Esperanza hace llover, y entre ambos la recogen.

Mateos descubre que además de manejar neblina hasta de muy densa densidad, puede hacer lo siguiente: Mover el agua o extraerla de las cosas. Y algo muy extraño ocurre a los pocos días. Intentando ver qué podía hacer, deja en segundos seca una planta; esto ocasiona un breve disgusto en Carla, que si bien no estaba viendo, al momento en que Mateos hizo esto, grita desde lejos:

—¡Mateos no le hagas eso a las plantas!

—Disculpá —responde Mateos a Carla y se va a pensar, murmurando mientras se aleja:— Esto me da miedo.

Vuelve luego de unas horas, como si nada hubiera pasado. Al preguntarle Sabrina si estaba bien, responde a los que se encontraban allí:

—Indudablemente todos podemos hacer graves males si usamos mal nuestras habilidades. Es obvio de que hay que ser cuidadosos.

Ajeno a esto, la pregunta más repetida era “¿Qué vamos a hacer?”, y solía estar acompañada de comentarios tales como: “Por algo esa *puerta*, o lo que sea, está escondida” “¿Y si en vez de una puerta hacia algún lugar, es algo que destruye todo lo que toca y por eso está ahí?” “¿Por qué no le hicimos caso a los cuadros, y no nos arriesgamos?” “¿Nos llevamos algo de los tesoros si regresamos?” Hablando entre quejas y lamentos, intentando no escuchar a Mónica; quien igualmente se lamenta, aunque mucho más que todos, por Marcos...

Mónica:

—No lo entienden porque ustedes no lo vivieron. Amo a Marcos, es parte de mi vida ¡y no se qué le pasa! Me desespera, angustia, y llena de pánico no saber que estamos bien. Me siento como en un abismo. ¡Es lo más importante que tengo en la vida!

Asimismo, todos se hacen una pregunta y nadie quiere plantearla primero, por vergüenza y temor a que piensen mal: “¿Hasta cuándo se esperará?”

A Cristian se lo solía ver con su mirada hacia la lejanía, o contemplando algo cercano sin encontrar respuestas, sabiendo que el tiempo disponible se acorta. Todos intentan saber qué hacer, y todos salvo Mónica en esos días, están sin quererse quedar a vivir allí, en medio de una selva.

Mateos, realiza profundas reflexiones, y evalúa alternativas. Se aleja solitario para meditar, y a veces comenta ideas y busca opiniones de las mismas.

Pero cada uno es distinto. A Pablo se lo suele ver entrenando mucho; lanzando golpes contra la nada, a veces peleando enfadado sin nadie en frente, y sumando ejercicios, en algunas oportunidades hasta el agotamiento.

Al seguir transcurriendo los días sin novedad, se estuvo de acuerdo si se iba a demorar la tardanza más de dos meses, en lo siguiente:

1. Dejar a un pequeño grupo y relevarlo durante meses, los cuales no permitirían que extraños se acerquen, si no están con

algún conocido. Se los asustaría, no sea que destruyan *la puerta*.

2. Contar todo lo ocurrido demostrando sus habilidades, a los allegados de David y Marcos.

3. Dejar las piedras corridas para que puedan salir. Aunque Carla volvería a ocultar un poco con vegetación. Y se dejaría una camioneta con algunas cosas.

Pero no se toma ninguna iniciativa. Carla es la primera en mencionar la pregunta ¿hasta cuando se esperaría? Lo hace de un modo correcto:

—Estoy muy triste por lo ocurrido, pero debemos hacer algo. Pasaron ya dos semanas que estamos aquí y si no volvemos en dos semanas más, nos comenzarán a buscar preocupados. De hecho, seguro que ya están asustados nuestros familiares. No los hemos llamado aún... debemos tener en claro ¿hasta cuando esperaremos? o qué vamos a hacer antes de seguir preocupando a todos.

—Yo no voy a abandonar a Marcos y David —dice Mónica—. ¿No se supone que tengo que protegerlos?

—Todos nos protegemos mutuamente —responde Noemí—, pero hay cosas que nos superan... todo esto es muy raro.

—Bueno... —dice Juan— decidamos quién se queda y quién se va. Las cosas no siempre salen bien...

(Todos lo miran, sin responder nada algunos comienzan a alejarse.)

—Es difícil decidir eso Juan —dice Mónica enfadada—. Pero no para mí, ¡yo obviamente me quedo!

—Disculpa Juan —le dice Carla, mientras Mónica se aleja—, simplemente es que cada uno necesita su tiempo. A veces una pequeña diferencia de tiempo, hace que se cambie de opinión, o no se rechace tan enérgicamente algo. Además de que hay que decir eso de forma no tan directa.

Se sigue esperando días, Juan con un poco de incomodidad al principio por plantear ya el separarse en grupos dejando notar que quería irse. Pero a él, le gusta dar iniciativas, y estar en actividad, más que querer separarse o no esperar a Marcos y David. Igualmente pensaba pero no comentó ahí: “¿hace falta que estén todos esperando?”

No queriendo abandonar a los amigos, teniendo la esperanza de que volverían por el mismo lugar de por donde se fueron, se decide quedarse hasta prácticamente se acabara el alimento, dejando suministros mínimos a los que se quedan. Hay un lamento de lo tan mal que va, en especial al pensar en lo preocupados que deben estar todos los familiares y amigos queridos, luego de extenderse la estadía ahí.

Pero a fines de la tercera semana, se comienza a dejarse un poco atrás la fatalidad en algunos momentos, y tan sólo se espera. A los pocos días siguientes comienza a haber de vez en cuando bromas, no sin sentir pena al pensar en Marcos y David, incluso Mónica se siente un poco mejor.

El Grupo de los Diecinueve Jóvenes, poseen equipos de radio, todo muy bien equipado pero lo único que se conoce es llamarse entre sí, sin saber nada de repetidoras, o demás. Transcurrió unos días y casi iba a ser un mes cuando:

—Se me ocurre —dice Sonia—, es momento... Aunque todos tenemos preocupaciones para no estar aquí, y a su vez deseamos estar para no abandonar. Sólo se marche una camioneta, con tres o cuatro de nosotros, hasta el pueblo más cercano donde podríamos comunicarnos para decir, momentáneamente... Que decidimos quedarnos aquí un mes más. Acampamos cerca de un lugar singular. Donde encontramos algunas cosas antiguas de valor, y necesitamos tiempo. Algo así.

Esta forma de expresar, pareció bien, para alargar la espera un poco más, y así no tener que enfrentar aún la gran pena de sentir y decir que Marcos y David desaparecieron al atravesar algo semejante a una puerta de luz, causando una gran tristeza a los padres de ellos y para peor ¿persecuciones por parte de los que entregaron los anillos? Aunque a muchos no les agradó mentir, así se haría por el momento.

Se alejan del campamento Cristian, Carla, Rubén, Noemí y Flavia. Aunque en realidad a esta altura, todos poseen muchos deseos de comunicarse con sus hogares e incluso algunos de marcharse. Si no fuera porque dos están “perdidos”; por no estar acostumbrados a la carencia de aquello con lo cual sí se está acostumbrado, estaríamos de nuevo cada uno en sus cotidianida-

des haciendo lo de siempre, incluyendo el desear de vez en cuando hacer algo distinto... y con la queja de no poder hacerlo, cuando uno quiere hacerlo. Algunos incluso maldecían el día en que quisieron formar un grupo para hacer algo distinto de lo común.

Algunos héroes lo son porque no tuvieron más alternativas que serlo; una vez en movimiento no pudiendo volver atrás, esa es la verdad. Muy pocos deciden serlo cada día pese a los dolores y luchas.

Emprende el pequeño grupo el lento viaje, para comunicarse y comprar lo necesario para continuar acampando. En la ida hay la complicación de perderse como cuatro horas intentando encontrar los vehículos para poder buscar el pueblo más cercano, pese a que Cristian y Carla guían.

Ya en un hallado pueblito, luego de llamar a cada hogar con los números telefónicos que se anotaron, se realizan las compras. Regresando al campamento llevando alimentos en el equipaje y en las barras, incluyendo algunas gaseosas y agua mineral, toda la que se consiguió y se podía cargar. De hecho casi se compra toda una despensa, sin dejar de lado el exquisito vino tinto dulce, artesanal (todas las botellas disponibles). De regreso en el vehículo:

—Cambiando un poco de tema —dice Rubén, interrumpiendo una charla en la camioneta sobre qué harían si para peor alguien se enfermara— ¿Por qué algunos no podremos hacer cosas extrañas?

—Supongo, es cuestión de tiempo... —dice Carla.

—A mí me gustaría volar —dice en chiste Noemí, aunque era lo deseado por ella.

Estando hablando de esto, se comienza a oscurecer todo alrededor, no como si se hiciera de noche; como si alguien gradualmente descendiera la fuerza de la luminosidad comenzando a envolver lo que se observa, en la carencia total de luz.

—¿Alguien está haciendo esto? —Pregunta Rubén, quien conduce.

Habla Cristian:

Alguien. Adelante, en nuestro camino;

nos envuelve en extraño manto.
Su palpitar del corazón retumba,
en su pecho ¿habrá amor?

—¿He? —dice Rubén, deteniendo la camioneta alejándola metros del camino.

—Qué hay alguien pero no sabe si es bueno o malo —aclara Noemí. Añade:— Y me parece, estamos entrando en algo no real...

En ese momento de mirarlos, se los observa como a estatuas. Ellos comienzan, a influenciados, tan sólo a vivir una especie de sueño consciente, una ilusión en las mentes, provocada por este extraño que puede conectar en misma ilusión a varios haciendo vivir una irrealidad.

—¡Esto no es real! —Grita Noemí. Al hacerlo, respiran fuerte y parpadean, apenas pudiendo moverse un poco.

Sintiéndose raros, un extraño vestido de negro comienza a acercarse. No se observa nada, sólo se ven a sí mismos y al extraño flotando en un ambiente negro. Noemí es la única que puede moverse bien.

—¡Qué estás haciendo! ¿Quién eres? ¡Déjanos en paz! —le dice Noemí al extraño vestido de negro.

—¡Ja! Así que... ¡Ja! Puede hacer lo mismo que yo —Dice el extraño riendo raro.

Sus amigos apenas mueven la cabeza para mirar de un lado a otro (en la visión). Carla consigue hablar:

—¿Qué nos pasa?

Repentinamente aparecen al lado del extraño cuatro seres gordos, con piernas largas y huesudas el doble de lo normal, brazos más largos aún, con tijeras brillosas enormes; sus cabezas son pequeñas, sus ojos como de gato, aunque más grandes. Comienzan a acercarse.

—Pasa... lo que ven.

—No pasarán esas cosas que hacés, andate y déjanos en paz —dice Noemí.

Al hacerlo comienza a levantarse un muro de ladrillos alrededor de ellos, y por debajo.

—¡Ja! ¿Quiere pelear? ¡Ja! ¡Ja! No se lo recomiendo.

—Noemí, observa la cara de aterrorizados de sus compañeros prácticamente inmóviles. Comienza a escucharse golpes contra el muro, muy fuertes, ensordecedores. Ella puede moverse libremente

—¿No sabe, puedo matarlos? Puedo...

—¡No puede hacer nada! ¡Nada! —le grita Noemí.

Los monstruos con tijeras, comienzan a escalar la pared unos, otros a golpearla; sumando al sonido de sus golpes, grandes bolas de nieve que les tira el extraño impactando en el muro, o son estalladas por Noemí antes de llegar a ellos. Los que escalan no pueden llegar a los jóvenes porque Noemí los hace caer.

—¡Ja! ¿En cuantas cosas podrá tener la mente al mismo tiempo? —grita el extraño.

Comienza a escucharse sonido de algo que desciende fuerte, un sonido algo agudo, Noemí mira hacia arriba, son bombas. Una bomba cae, las otras comienzan a estallar a lo lejos. Se la ve temblar a la bomba caída, todo tiembla, un rayo de luz se observa partir quebrando el hierro de la bomba, y el tiempo se detiene ante su mirada.

—Bueno, bueno... No tan mal por ser una principiante. Pero como verá, ya estalló. Dejo avanzar el tiempo muy poco, y mueren. Se quedarán muertos del susto, y cuando digo muertos, es muertos.

—¿Qué quiere? —dice Noemí.

—¡Ja! Sabe no puede vencerme. ¿Ahora intenta sobornarme? —Hace una pausa el extraño vestido de negro y añade saltando el muro:— Cuénteme todo lo que están haciendo, no se preocupe, sus amigos apenas vieron el proyectil y el tiempo para ellos no está trascurriendo significativamente, aunque mejor no tarde mucho.

Y comenzó una especie de interrogatorio al cual Noemí contesta con la verdad, y del cual el extraño nada responde. Un interrogatorio muy largo para Noemí. La cual aguardando preocupada otra pregunta tal como: “¿Hasta cuándo se quedarán aguardando a los extraviados?” “¿Qué pensaban hacer?” “¿Qué pensaban de sus habilidades?” “¿Qué harían con el tesoro?” “¿Por qué no le dieron los anillos al *señor del olvido*?” “¿Por qué no

olvidaron todo yéndose a sus casas?”. Interrumpe:

—Ok. Veremos como continúan. Le voy a decir lo siguiente: Si hubiera querido los hubiera matado, puedo afectar la mente de otros, para entrando en un profundo sueño, afectarlos. No sabía que usted podía hacer lo mismo. Aunque... usted no tenga remota idea aún de todo lo que puede hacer, es una facultad, temible en todos los mundos, incluso por compañeros. Luego, no pensaba ir tan lejos. Tengan cuidado los que afectan las mentes.

Desaparece la bomba trémula y rajada a punto de estallar, luego todo salvo las personas, y aparecen en una pradera de campo.

—No atacaré, no deseo dañarlos. No haga nada. Igualmente no le serviría...

—Ok —le responde Noemí.

A los gritos, los compañeros de Noemí se tiran al suelo, y/o se cubren con los brazos, hasta cuando se dan cuenta del cambio de la escena. Carla va a hablar y el extraño dice:

—¡Silencio!

—Mejor háganle caso —dice Noemí. Añade:— Puede afectar las mentes y apenas pude hacer algo.

—¡Ja! —dice el extraño vestido de negro—. Ahora volverán a estar conscientes en su vehículo. Escuchen, las *puertas* tienen un retardo en el tiempo, sus dos amigos que las han atravesado tardaron en llegar al otro lugar, algo más de quince días de este planeta. Cada ida o vuelta les da un desfajase de tiempo, el pasar de una *puerta* a otra. En esos días el viajante no se da cuenta del transcurso del tiempo, hay algunas *puertas*, cuando llevan a lugares muy lejanos que tardan más, otras menos. Esta tarda poco más de quince días de ustedes, a donde los he llevado, pues puede conducir a distintos lugares, incluyendo algunos que son como morir. Es por la distancia en velocidad tiempo la tardanza en el viaje, y hacia dónde llevan algo ya les han explicado.

—¿Y por qué no nos lo dijeron dejándonos esperando? —dice Noemí.

—Muchacha, lamento no decirles más, sólo para compensar el injustificado susto dado... Por luchar un poco contra tí, Noemí. Les voy a dar dos recomendaciones. A nadie se las dirán si no desean mi venganza. Pues no puedo decirles nada, sólo debía

preguntarles. En primer lugar: Si no atravesarán las puertas no agarren nada de allí y tendrán alguna oportunidad a volver a ser como lo eran antes, luego de años, y nunca se les ocurra hacerle frente al que llaman *El Anciano*. Ni a mí. Y en segundo lugar: les digo, si atraviesan la *puerta*... bueno... me agradan... yo la atravesé un día, y actualmente la atravesaría de nuevo de poder decidir sabiendo todo lo que me ha ocurrido, háganlo todos. Ahora los dejo, nunca digan a alguien estas dos recomendaciones se supone la elección debe ser de ustedes, casi sin ayuda. Ni siquiera las mencionen dando a entender que se las dije, o dijo: “el extraño”, “el que se mete en las mentes”, “el vestido de negro” o como sea me llamen, puede haber alguien escuchándolos. Podrían considerar que estaré de su lado si se vuelven *guardianes* en contra del *olvido* de las *puertas* y los *objetos*...

El extraño mira a Noemí y le dice:

—¡Si sigue será muy buena! ¡ja! Cuando descubrí lo que podría hacer, fue en una pelea familiar. Le juro, fue más grande mi susto, que el de ellos ¡ja! ¡Pensé, las cosas se movían solas! Salí corriendo y me encontré flotando en la nada ¡ja ja! ¡Qué susto me di! Muchacha... y ustedes. Aguarden... los devolveré a su realidad...

—¿Puedo preguntar algo más? —Dice Noemí.

—Sospecho, pueden sus cuerpos inertes no estar tan bien luego del tiempo aquí pasado, cuando lo frené... tal vez haya transcurrido casi un minuto desde su última respiración.

—¡Sácanos de aquí! —Grita Flavia.

El extraño dice su repetitivo ¡Ja! Comienza a alejarse toda imagen provocada en las mentes por aquel, y sintiendo faltante el aire, estando un poco mareados y confundidos, vuelven a la realidad agitados. Noemí, habiendo allí descubierto su facultad, hace imaginar en la mente de los demás, la siguiente frase resonando en su voz:

—No hablen de lo ocurrido ni entre nosotros, sobre las dos recomendaciones de *él que afecta las mentes* —Todos la miran, añade en voz audible:— ¿Por qué mejor no nos vamos rápido?

Al llegar, luego de terminar de recorrer el rumbo, ocultar la camioneta, cargar algunas cosas y emprender nuevamente cami-

nando, cargando lo más posible el recorrido hasta donde estaban los demás... Llegando cansados y un poco alterados al campamento, al dirigir una mirada se llenan los corazones de alegría, con el observar de Marcos abrazado a Mónica. ¡No podían ver algo mejor en ese momento! Preguntando por él y David corren a abrazarlo.

—Recién llego y no vi a David, en realidad atravesé la *puerta* un segundo. Vi hay un bosque bien cuidado, rodeado de cielo color naranja. Enseguida volví para atrás, a los segundos, y cuando volví aquí no estaban. Ni siquiera respiré en aquel lugar ¿En serio transcurrió un mes?

—Sí, más o menos... —responde Rubén.

Todos se fueron enterando del encuentro con el *extraño que afecta las mentes*, pese a lo que había dicho en un principio Noemí y de que les había contado sentados en un prado imaginario, sobre la tardanza poco mayor a quince días en esa *puerta* en particular, que parece ser la afecta él, o la puede programar de algún modo para llegar a un destino particular, y no a cualquiera; todos se enteran en ese momento que luego de haber hecho muchas preguntas dijo tal cosa el *extraño que afecta las mentes*. Se relató todo, salvo aquello que no debían decir, al menos por tal tiempo. Se está pendiente de si al rato llega David, lo cual así pasó. El contó además de lo dicho por Marcos:

—Me pareció, había algo observando. Antes de explorar, intenté comprobar si podía volver. Por cierto me siento más seguro, y más fuerte. Es un poco extraño pero creo algo se transformó en mí para bien. El aire de allí supongo es respirable...

—Sí... —Añade Marcos—. Noté lo de que algo se transformó o terminó de hacerse también. Creo, nunca volveremos a ser los mismos.

Al anochecer, se realiza una fantástica fiesta, donde fantástica fue algo literal. Hubo mucha diversión. Y se decidió luego de una charla, al día siguiente, atravesar todos *la primer puerta*. Aun alejándose más de donde tal vez nunca se debería haberse ido cada uno; adentrándose así más en lo desconocido. ¿Pero quien puede saber el final de las cosas sin llegar a tal momento? Sólo Dios.

11

UN MUNDO DISTINTO

El Grupo de los Diecinueve Jóvenes está ante la *primer puerta*. Levantado el campamento, llevando mochilas con algunas cosas uno a uno comienza a atravesarla; penetrando, en la luz que envuelve se observa desvanecer a cada uno.

Una vez reunidos del otro lado, con preocupación en los corazones se observa alrededor. Adelante, hay un tortuoso camino de tierra prolongándose hacia lo lejos. Árboles rodean a los costados junto a mucha vegetación. El cielo posee tonalidad naranja con tres lunas de distintas dimensiones en él. Detrás de la *puerta*, rocas rojizas se elevan formando una montaña cuya cima no se alcanza a observar, esta se pierde en neblina rojiza. Caminando unos pasos se observa en silencio todo al alrededor. Hay un sentirse muy fuertes y renovados. Las primeras palabras:

Sugiero —dice Marcos en voz baja—. David y Cristian, caminen primero. Mónica nos cubra con su *escudo de protección* y David, irradie ante la primer señal confusa de vida, paz. ¡Cristian! Dinos obviamente...

Cristian interrumpe:

¿Tendrá límites la mirada en lejanía?

Un mundo distinto delante nuestro,
se levanta coronado por la belleza.

Pero a poca distancia se acerca
un grupo de guerreros,
para nosotros, no un son desafío...

—¿Se acercan? —pregunta Juan.

—Se acercan —afirma Cristian.

Comienza a escucharse un sonido de personas trotando, con golpeteo de metales -a los jóvenes se los observa un poco asustados-, Mónica aunque viéndosela normal está protegiendo al grupo. Al instante, vestidos con armaduras y con espadas anchas en sus manos, llegan trotando unos treinta hombres, estos se detienen bruscamente en formación delante del grupo. Levantando sus armas a voz muy fuerte dicen:

—Ronoh y senoob sinumoc rap erpmies!

Algunos del grupo de jóvenes se sobresaltan, los extraños hablan en un extraño idioma. Con espadas levantadas se quedan observándolos.

—Hola... Paz... —Saluda inquieto e inseguro David sin hacer nada.

Algunas espadas se las comienza a notar temblorosas, y estos hombres vestidos de soldados feudales, se van desordenando en sus actitudes. Algunos de ellos disimuladamente se miran, y miran asombrados al grupo de jóvenes, lentamente van bajando las armas, y comienzan a murmurar entre ellos. Se quitan el yelmo, sus rostros no reflejan cicatrices de guerra, primero unos, luego otros, comienzan a bajar su mirada al suelo mientras descienden sus armas y las envainan. Uno hace una reverencia, y se inclina levemente avanzando unos pasos. Los otros comienzan a caminar hacia atrás sin darle la espalda. El que avanzó dice algo:

—Nes lod illotsec lad los —el que habla, destaca del resto por poseer armadura más adornada.

—No entender —dice David intentando utilizar la menor cantidad de palabras, por las dudas de ser mal interpretadas. Quién sabe si las comprenden, o con qué sentido las comprenderían.

Sin más se alejan rápidamente los treinta.

—No hablen, ni se muevan —dice Cristian. Quien, luego de observar donde sus compañeros no alcanzan a ver, añade:

Corren veloces sin mirar a atrás.

Se sacan y llevan piezas de su armadura.

A la derecha un gran castillo,

a la izquierda un humilde campamento.

El camino faltante, acortándose lo van,
de la diestra corre alguien a su encuentro.

Cristian hace gestos de desconcentrarse, añade:— Sospecho tardarán horas... Mejor nos sentamos, creo son amigables. Igual atentos por las dudas...

—Sí obvio, estemos atentos —dice Juan.

—Mejor esperamos acá —dice Carla— ¿Ustedes también tienen hambre?

Se esperó charlando de lo asombroso que resulta para ellos estar allí, el aire puro, y lo raro de la ausencia de animalitos. Se aprecia en tal lugar un envolvente, extraño e inmenso silencio que se impone.

Llamó la atención una pequeña planta que pasó por delante arrastrándose. Carla dijo que era una planta, y que ella no la estaba afectando. Continuaron charlando un poco, Cristian dice:

—Veo, tres o cuatro veces más lejos de cuando veía al concentrarme, antes de atravesar *la puerta*. Me resulta extraño donde estamos, sospecho es un lugar preparado artificialmente...

Transcurren largas horas y Cristian dice ver acercarse una chica, esta se encuentra en una especie de patineta, auto impulsada sin ruedas; deja “la patineta” a unos kilómetros arrojándola donde no sea visible, y continúa acercándose a rápido paso. La describió entre versos de forma tal que más de uno deseó ser poeta para no dejar pasar el disfrute de la cotidiana belleza, especialmente los varones. Cristian:

Creo que en sus cabellos,
quedaron reflejos de estrellas.
Se entreabren sus finos labios,
de pétalos de rosadas rosas
por su respiración de agitados
aires que provocan cálidas brisas.
Quisiera respirar su aire, cercano,
pasa en su interno pecho
donde su corazón fuerte palpita...

(...)

Hablando Cristian este poema ante la atención de todos, a los minutos, se escucha que otros salen de la *puerta*. Sobresaltan al verlos avanzar a paso firme, y nos apartamos a los costados del camino para que pasen cuatro personas: un rey, pues vestía como

tal, y llevaba puesta una corona, acompañado de tres caballeros. Parece ser atravesaron la *puerta*, teniendo el rey en alto una espada, y en tal postura continúan avanzando.

Ninguno poseía un anillo, sólo el rey una *espada que brilla* al igual que el *collar cambiante de color*.

El rey los mira, pasando observa el *collar* de Marcos, se detiene a observar de cerca su cara de asombro mezclada de admiración.

A Marcos se le hincha el pecho de respirar profundamente. El rey detenido lo observa, parece comprender la expresión de los ojos que fijos lo miran, un joven audaz y valiente guerrero dispuesto a seguirlo. Cruzan miradas de fuego Marcos y el rey, esas miradas que nadie se atreve a interponérselas, nadie, salvo el amor.

—Marcos —dice Mónica—, por favor no te alejes de mí.

Su voz logra atenuar sus ansias, aunque Marcos se consumía por la pasión, deseando continuar tras ellos. Mira a sus otros compañeros, los cuales comprendiendo la situación, le expresan una negación con movimientos de sus cabezas.

El rey mirándolo fijo y en silencio, posa su mano un instante en el hombro de Marcos, y continúa mirándolo fijo. Al hacer esto, los tres caballeros que estaban detenidos a la espera de qué hace su rey, sacan sus espadas y le indican con gestos a Marcos, incline su cabeza; él lo hace y cuando está por doblar sus rodillas en señal de reverencia, rápidamente no se lo permiten. El rey desenfunda otra espada y suavemente golpea con su espada a esta otra, y con ésta suavemente el hombro derecho de Marcos. Le entrega la espada -replica de la que resplandece, sin ser realmente especial, aunque muy elaborada-, le dirige una cálida sonrisa, murmura inentendibles palabras, y le da un anillo que llevaba en la mano. El rey observa luego a Mónica, le dirige otra rápida mirada a ambos y sonríe asíéndose comprender. Vuelve a continuar su marcha junto con sus acompañantes, según diría luego Cristian, al castillo. Al rey se lo observaba un poco preocupado y cansado.

Cuando se alejan de la visión de Marcos, a Marcos lágrimas comienzan a caerle lentamente rosando sus mejillas. Sabe, tal

vez, ha perdido la oportunidad de su vida, por no haber seguido al rey y sus caballeros, de vivir aquella época y circunstancias para él apasionantes. Sus sueños han pasado delante de él, le han invitado a realizarlos, y no lo ha hecho; se siente fatal.

—Gracias por elegirnos Marcos —dice Carla—, si se nos presenta la posibilidad intentaremos ir todos juntos con aquel rey y sus caballeros.

—Estate seguro —añade su amigo Mateos—. Te acompañaremos.

Todos consintieron, algunos incluso sin comprender el porqué de las lágrimas de Marcos, o el porqué debían estar de acuerdo para no quedar desubicados, cuando en realidad no deseaban ir a ningún castillo a pelear cuerpo a cuerpo con espadas (si las llevaban supuestamente las usan).

A la hora, la señorita mencionada por Cristian llega y dice:

—¡Hola lindos! ¡Éxitos y tranquilidad! —Saludándolos de esta forma, añade:— Pueden llamarme Abbila.

Luego de saludarla los diecinueve cordialmente y con grandes expectativas, añade Abbila:

—Les pido desde ya disculpas, si en mi ignorancia menciono en algún momento algo causante de molestias en ustedes. Esto si llegara a ocurrir, sería fruto de mi incompetencia, pues de ninguna manera deseo causar algún tipo de incomodidad en alguno de vosotros.

—No te preocupes —le dice Flavia.

Marcos aún pensando en el rey, pregunta:

—¿Pasó recién un rey y su escolta personal? ¿Los conocés? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van?

—Vienen cada tanto, de otra esfera, perdón planeta. Hoy, a reunirse con un *líder de los guardianes de las puertas*. No los conozco al rey y sus seguidores, sinceramente he estudiado para poder entablar comunicación con ustedes. Otro grupo se encargan de la comunicación con ellos.

—Nos saludaron como treinta personas —dice Nicolás—. No los entendimos ¿Tenés idea de ello? Luego se fueron, parecían nerviosos.

—Fueron a pedir me buscaran a mí. Es la comitiva de recibi-

miento para el rey y sus seguidores que vieron. Los confundieron, y tal vez los saludaron como a ellos: “¡Honor y buenos caminos por siempre!” —Dice Abbila.

—Disculpa... —dice Sabrina—. Si me lo permites: ¿Cómo era nos saludaste a nosotros, y por qué sólo una chica? —Pregunta Sabrina.

—Les pido disculpas si les ha molestado —dice Abbila—. Perdónenme por favor.

—Discúpanos vos a nosotros —dice Carla—, la pregunta es simple curiosidad...

—Comprendo... —Dice Abbila—. El saludo que me han indicado darles a aquellos provenientes del planeta Tierra, en general, en este tiempo es: “¡Éxitos y tranquilidad!” Y sólo una chica para que no se sientan atacados. Si son personas con armas el saludo sería “Paz, ¿En qué podemos ayudarlos?”; si son científicos, “Salud y bienestar les deseamos ¡Son bienvenidos!” y he aprendido muchos saludos en diez idiomas de vuestra tierra, con distintas combinaciones; a los jóvenes me enseñaron, añade “Hola lindos”.

—¿Han pasado otros humanos por aquí? —pregunta Marcos.

—Sí, aunque ustedes son los primeros con los cuales dialogo.

—Dice Abbila. Añade—: Estoy muy contenta de hablar con ustedes.

—Y nosotros contigo —dice Mónica.

—¿Vienen seguido, humanos aquí? —pregunta Ceci.

—Muy pocos, por esta *puerta* ustedes son los primeros desde muchos cientos de años. Por ello no estamos en realidad totalmente preparados. Sin embargo, les voy a pedir me acompañen, pues cerca de las *puertas* no conviene estar sin conocer quienes las atraviesan... Comprenderán existe gran diferencia entre algunos seres, incluso a veces llegan aquí sin que los esperemos.

—¿En qué idioma hablan los de los reinos? —Le pregunta Marcos.

—Es gracioso, casi una imposible coincidencia, y muy extraña por cierto. Que se cruzaran y mucho más aún que en la lengua de los nobles le nombre ayudante del rey frente a sus cuatro principales colaboradores... Es gracioso o el destino... Y usted

sin saberlo, hablan su mismo idioma, Marcos. En realidad muy parecido, hay palabras distintas, pero no me pregunte más por favor. Aunque les cuento, se dirigieron a ustedes con el idioma de los nobles... Es algo solemne.

Abbila pidió se la acompañara, y guió en dirección a un campamento. A Marcos le costó ponerse en marcha, estaba como petrificado. Se la notaba muy contenta a Abbila; según dijo, esperaba tener esta oportunidad en su vida, pero se excusaba una y otra vez cuanto se le efectuaban algunas preguntas, respondiendo que su función era simplemente recibir y trasladar “a los de la Tierra”, hasta donde vendría alguien capacitado para responder, sólo podía decir cuestiones muy básicas.

Contó, la ausencia de los animalitos es a causa de no provocar sustos innecesarios con algún *visitante*. Y también para que éstos no atravesasen *la puerta*, ya que de hacerlo podrían morir o ir a un lugar en donde no deberían estar afectando ecosistemas. Advirtió entonces, nunca atravesar una *puerta* sin el *anillo* (u otro *objeto especial*) pues estos sirven de conexión entre la *puerta* y los cuerpos, siendo una medida de seguridad para no perderse, o morir, entre confusión con otras cosas o con si mismo. También comentó existen algunos *objetos*, como la espada que posee el rey, los cuales haciendo demorar más el viaje, pueden trasladar a varios, luego de ser tocada por los *viajeros*.

En un momento, de lejos, se observaron las torres de un casti-
llo:

—Es para recibir a los que vieron —dice Abbila—, y también a otros... Iríamos allí pero ya está ocupado ese lugar. Disculpen, pero el rey suele pedir consejos de guerra y paz, desean hablar solos de consejos que afectan a muchos.

Al poco tiempo, se llega a un lugar semejante a una pequeña aldea, con unas diez casas redondas, realizadas con paja, adobe, y troncos. Posee en medio una fogata, rodeada por piedras. Invitaron a ponerse cómodos.

Un grupo de personas vestidos con túnicas blancas y sandalias que parecían de cuero blanco, asisten y brindan comodidades. Éstos conversan con algunos muy pocas palabras, pues no comprenden bien el idioma, se los observa muy contentos.

Trajeron sillas, cubiertos, agua, pan muy sabroso, frutas y semillas que Abbila dijo eran totalmente comestibles. Cambiaron unas camas de paja por unas de lona enganchada en una estructura de caños de metal -la cual era muy cómoda-; prendieron antorchas... fueron ambientando el lugar de forma acorde. Hasta comenzaron a realizar música con unos instrumentos musicales parecidos a arpas con un caparazón extraño detrás, de unas ocho cuerdas, éstas reproducen sonido al ser tocadas con un arco. La melodía a veces asemeja como si fuera el viento de fondo con música de violines.

A las horas, comenzando a tornarse de un rojo fuerte el cielo, llega aquel encontrado por algunos: *el extraño vestido de negro que afecta las mentes*.

—¡Estén tranquilos! ¡No hay ningún inconveniente! —Los saluda así, y saluda a todos los de allí como si los conociera.

—Es él, del que hablamos, *el que afecta las mentes* —Dijo Noemí a sus compañeros.

—Él es *un guardián* de los más fuertes que he oído —dice Abbila señalando *al que afecta las mentes*, añade:— Su nombre es difícil traducirlo a su idioma... Supongo, podrían llamarlo Sueñosreales. Su nombre es dicho en señas, luminosidades y en distintas voces. Ha derrotado *a los que desean el olvido*, incontables veces, incluso es temido por algunos *guardianes*.

—¡Ja! —Interrumpe Sueñosreales— Me alegro que aquí estén... Sí, llámenme el Señor Sueñosreales, no me agrada "*el que afecta las mentes*". No me teman, no usaré mi fuerza contra ustedes, salvo se los avise, muchos cobardes me temen, no me teman, seré su amigo.

—Muchos *guardianes* —les dice Abbila—. Han deseado poder hablar con el Señor Sueñosreales, en realidad todos aquellos que escucharon hablar de él. Sueñosreales viene de una edad muy antigua, tal vez más de diez mil años de ustedes.

—¿Cómo puede ser posible? —dice David.

—David ¡Hombre con la fuerza de la paz! Poseedor de una virtud, más valiosa que cualquier arma. *Los guardianes de las puertas* somos aunque pocos, una multitud. Sólo muere uno de nosotros, si es vencido por alguien o por viejo, al no desear ser

más guardián de las *puertas*, siendo esto último muy pocas veces dado y algo complicado. En su caso, si atraviesan una *puerta* cada quince años aproximadamente (aunque sea la misma) sus cuerpos se regenerarán y no envejecerán. —Añade, ahora mirando a Abbila—: Abbila, en poco, no dudo usted también será *guardiana*, intentaremos así sea. No obstante, debo pedirle a usted y a los presentes; como sabe, nos dejen solos. Debo hablarles secretos a estos nuevos. Como siempre, les estamos muy agradecidos a su esfera y pueden contar con nosotros.

Hasta luego —Saludó Abbila y añadió contenta:— Aguardo ansiosa su aviso Sueñosreales, estoy muy feliz.

Se saludaron, y muy alegres por el encuentro, los de túnicas blancas, saludaron al grupo nuevamente, y al Señor Sueñosreales con una reverencia, para a paso ligero marcharse.

—¡Novatos! —Dice Sueñosreales— Es tarde ya. No ignoro de las tantas preguntas que rondan en sus cabezas; es más, les digo por si no se han dado cuenta, cuando quiero escucho sus pensamientos. Les daré respuestas mañana, tuve antes de estar aquí, un trabajo extra que no deseaba y no muy grato para mí. Iré a descansar, además siento su deseo de hablar entre ustedes. En este mundo, como ocurre en pocos, los *guardianes* estamos totalmente en paz. No se alejen y siéntanse en libertad, estaré en profundo sueño. Hasta mañana...

Se escucha un “Hasta mañana” proveniente del Grupo de los Diecinueve Jóvenes y entrando en una cabaña Sueñosreales añade dirigiéndoles una rápida mirada:

—Una noche aquí son unas dieciséis horas de vuestros relojes, nos vemos entonces... ¡Pienso aprovecharlas!

Al poco tiempo el grupo estaba disfrutando de haber llegado a buen fin, habiendo sido recibidos amablemente y charlando de todo lo nuevo y asombroso. Marcos, además totalmente feliz de su espada ¡forjada en lejano mundo! La observa de vez en cuando haciendo reflejar la luz de las lunas en su rostro, además el anillo, y el nombramiento...

En la aldea había todo lo necesario y se sentían cómodos. El cielo se tornó repleto de estrellas, el infinito se observa violeta oscuro.

—Marcos ¿Por qué esa pasión por todo lo referente a castillos, reyes y caballeros? —Le pregunta Estefanía a Marcos en un momento de silencio, a lo cual más de uno se acerca por la curiosidad.

—En realidad es un gusto por la época feudal —dice Marcos —, pues la de los samuráis u otras, para nuestra cultura no es tan afín. Me apasiona el honor, y en los castillos veo un cúmulo de virtudes reunidas en esas fortalezas que perduran por los siglos.

—¡*Che!* oigan esto ¡Vengan! —grita Juan que escuchó.

Marcos repitió nuevamente sus palabras a lo cual se motivaron a pensar.

—¿Honor no es algo orgulloso? —pregunta Sonia (no de buena manera).

Marcos, se pone tranquilamente en pie, con sus ojos fijos en ella, intenta forjar una respuesta no agresiva sin lograr crearla en su mente.

—Je, je —Mateos ríe e interrumpe, cruzándose entre la mirada de Marcos, añade:— Permíteme contestar, antes que pierdas tu honor por enojo.

—¿Pero qué hice, están locos? —dice Sonia.

—Sonia... —dice Mateos— No hiciste nada, es sólo un problema de comunicación... Y... honor y orgullo nada tienen que ver. Llamar orgulloso a alguien que busca el honor es algo parecido a llamar ladrón a alguien que ama la justicia; o llamar débil a un cristiano que vence vicios y ama hasta la muerte; o llamar a un poeta insensible; o llamarte a ti maltratadora de animales; o a Carla decirle no cuida la naturaleza es decir, nada que ver...

—Perdón, Marcos no sabía lo que decía. Me enojaría mucho si me dicen que no quiero a los animalitos o les hago daño.

—*Todo bien.* —Murmura Marcos sin mirarla.

Comenzaron así, los que tenían algún concepto formado sobre el honor, a manifestar su opinión desde su punto de vista:

—En mi caso —dice David—. Todo honor se lo doy a Dios, pero eso no quiere decir que no actúe con honra. Es que por ser cristiano, al creer en Dios, le doy gracias por su ayuda y no busco gloria propia. Sin Dios nada bueno puedo hacer, y creo que nada bueno tengo sin su ayuda, sin Él, amigos, estoy perdido.

—Humm creo que vamos a conversar largo... y de las buenas charlas... —Dice Carla, intentando una continuación de este tema.

—David, ¿Porque no defines: Honor? —dice Mateos. Añade: — Lamentablemente es una palabra cada vez menos utilizada, y no vendría mal definirla.

—He... Sí, honor... Es... Reconocimiento y hacer actos dignos de una buena persona, es algo bueno. —Dice David.

Cristian:

Busco poemas queden en el recuerdo,
han querido comprar mis versos,
pero ellos no tienen precio.

Este poeta no callará, tiene honor.
No oculta la verdad, ni le teme.

Prefiero morir de hambre antes que el robo.

Reconozco mis errores, y peleando por lo bueno,
moriré. Vivo, aprendiendo a cada paso a ser mejor.

—No pelear contra el débil ni huir del fuerte, sino defender una justa causa con valentía siempre —dice Marcos—. Honor es la vida del caballero, se entrena cada hora, para poder ser justo a cada momento, su único temor es ser injusto. Obviamente, ama las virtudes e igualmente por ellas se esfuerza.

—El honor —dice Mateos—, es la resultante de toda una suma de virtudes y es la esencia de la moral. Impulsa a cumplir lo éticamente correcto con el prójimo y con uno mismo en todo tiempo, te gozas en el honor y si caes... caes con honor.

—Desde cosas pequeñas hasta muy importantes —dice Carla—, suman o restan en el honor. Incluso, según las culturas los valores cambian, pero siempre se exalta lo bueno y se condena lo malo. Es de honor decir la verdad, ser fiel, amable, y respetar la dignidad humana.

—No pelear contra indefensos —añade Verónica—, y si te atacan, incluso sabiendo puedes ganar dañando al otro, la violencia en cualquiera de sus manifestaciones es el último recurso empleado. Alguien con honor debe tener templanza y dominio propio, no ser impulsivo. Aunque si golpea, golpea. Pero es el último de los recursos, y a veces puede preferir morir antes que res-

ponder a la violencia con violencia.

—La justicia es infaltable —dice Sabrina—. El respeto hacia los demás. Todos son dignos de honra y de no ser deshonrados.

—Si cometes un acto digno de deshonra —añade Marcos—, es una herida dolorosa en tu alma, te acompañará hasta la muerte. ¡Y espero Dios perdona luego de esta!

—Te mantienes firme en tus principios aunque te rodeen injustos —añade David—, y no serán sus palabras tan dolorosas como volverte injusto. Lo peor es ser una vergüenza a lo que se ama, aunque Dios da segundas oportunidades.

—¿Y no te gustaría que te consideren el mejor predicador? —Le dirige esta pregunta Mateos a David

—Y... No voy a mentirte... —responde David.

—Creo que todos los hombres y mujeres —dice Mateos—. Todos los humanos sin excepción, aunque sea un poco de gloria buscan en sus corazones. Y para mí todo buen acto es digno de mención.

Y de esta forma se comenzó a tomar en cuenta -algunos por primera vez-, de lo que significa honor. Palabra que se iba sumando a las conversaciones y encendía fuego en los corazones. ¿Por qué será que una palabra tan bella se use tan poco? Algunos se preguntaron.

Luego, se comprendió lo extenso del tema, y aunque no se lo puso a analizar cada punto, se debatió un poco lo que algún día sería incluso el código de honor. Lo primero que se decidió y se repitió varias veces fue:

“No atacar si no nos atacan, aunque aquello que veamos sea muy extraño y tengamos temor. Si nos atacan, intentar primeramente no dañar. Siempre, siempre ser buenos y justos.”

Las horas pasan y el cansancio se hizo cada vez más intenso, motivando a buen sueño. Cada cual fue a reponer fuerzas, para poder al día siguiente estar atentos.

12

HISTORIAS DE GUARDIANES

—Extraño escuchar un poco de heavy nacional y folklore — dice Juan.

—Yo también —dice Marcos—, y algunos tangos tomando unos buenos mates con *mis viejos*. Qué bueno loco... Unos tangos... En algún tiempo atrás quise aprender a bailar tango, pero nunca me animé...

Charlan Juan y Marcos mientras miran como entrenan Pablo y Verónica artes marciales. De vez en cuando entrenan, desde antes de atravesar la *puerta*. Se acerca despertándose de buen sueño, Mateos, quien dice al sentarse cerca de Juan y Marcos:

—Me encantaría unos buenos mates... *¿ni ahí, no?*

—No hay mate *che* —dice Marcos—. La yerba no pasó... Ni el agua, ni algunas otras cosas.

—Sí, es extraño —dice Mateos—. Desaparecieron algunas cosas de las mochilas al pasar. Y estuve pensando al despertar: Juan, habías tirado un jarrón de oro a la *puerta* ¿Dónde habrá ido a terminar?

—Tal vez cayó de este lado —dice Juan—, después de que pasó Marcos y David.

—Es lo que supongo —dice Mateos—, pero si no está es porque alguien se lo llevó, y si alguien se llevó lo que no le pertene-

ce, tal vez no estamos rodeados de gente buena. Pero también pudo haber pasado otra cosa. Se disolvió en el viaje al atravesar la *puerta*. Pudieron agarrarlo para algún fin distinto al robo, como por ejemplo exhibirlo en un museo o algo similar. En fin... Espero no sea, que alguien se lo llevó, tipo robo. Sería interesante saber qué pasó con ese jarrón.

Uno a uno se fue reuniendo, saliendo de las cabañas. Algunos charlando distintos temas que estuvieron pensando, de los que perturban el pensamiento nocturno.

Vinieron los de túnicas blancas, trayendo víveres, y se marcharon sonrientes. Pablo y Verónica dejan de entrenarse para reunirse también con los demás. Viene Abbila quien se acerca a Marcos y le dice:

—¡Gracias Marcos! Juro daré mi vida por ti, si así lo necesitas.

—¿Qué me perdí? —dice Mónica.

—¿No hablaron con Sueñosreales? —dice Abbila.

—Bueno... —Se escuchó a Sueñosreales saliendo de una cabaña. Ahora si voy a...

—Buenas... —Dijo interrumpiendo *El Anciano*, apareciendo sin que nadie viera de dónde.

—¡Qué emoción! —dice Abbila—. Pero... ¿Quiénes son estos jóvenes que el *Líder de los guardianes* y Sueñosreales, vienen ambos a su encuentro?

—¿*El Anciano* es el *Líder de los guardianes*? —Murmura Nicolás.

El Anciano va a ubicarse al lado de Sueñosreales, se escuchan claramente sus pasos en medio del silencio. Se lo mira, está aguardando algo, alrededor del grupo envuelve a metros una espesa oscuridad, sólo se observan, sombras de aquello que rodea.

—Que los acontecimientos no siempre salen como uno espera que ocurran —dice *El Anciano*—, no es una novedad en esta vida. —Con voz calma aunque dejándose notar descontento y un poco apenado, continúa diciendo:— Ha sido destruida otra *puerta*, incluyendo el mundo, se han acertado más posibilidades. Han quedado muy pocos rastros de su memoria. Allí había muchas cosas interesantes, vivían animales inmensos y vegetación muy

extraña, de las cuales algunas especies de arbustos, eran más parecidas a fauna que a flora. Es una pérdida invaluable también su estado estratégico. Se ha perdido gran sabiduría, y se ha demostrado que no estamos del todo preparados, que no estamos siendo lo suficiente, en este y sospecho en otros casos también. Suponemos fue un meteorito que chocó. Si nos hubiéramos enterado antes, no hubiera pasado esto, pero allí no había ningún *guardián* atento. ¿Comprenden? Y con esto no digo que los enviaré a solitarios mundos... En fin, estuvimos hablando Sueñosreales y yo, junto a otros líderes, los cuales están a miles de años de ser tanto como Sueñosreales... en relación a ustedes.

El Anciano suspira profundamente, su suspiro se vuelve para los jóvenes una preocupación.

—¿En qué podemos ayudarlos? —Dice Marcos que al instante se estaba preguntando una vez más, por qué será, no piensa mejor andes de hablar ¿Quién sabe si todos estarán dispuestos? Duda que algunos estén dispuestos a vivir aventuras en lejanos mundos.

—Ustedes... Los humanos... —Dice Sueñosreales— Me sorprenden... Pero primero deme su *collar*, aquel que llaman *el cambiante de color*. Ya no le pertenece.

—¿Me pide el *collar* del cual dije cuidaría a mis padres en promesa? —le responde Marcos.

—¿Sabes? —dice *El Anciano* transformada su mirada cálida en penetrante—. Somos los dos guardianes más sabios y fuertes.

—Escuche... —dice Sueñosreales amenazante— Estuvieron hablando del honor hace poco. Cuando duermo sólo mi cuerpo duerme. Incluso en sueños a veces transito por lugares lejanos y hablo con *guardianes*; recuerden luego, o no de mí; y estoy muy pendiente de ustedes. Sé lo de su promesa, pero no la hizo sabiendo.

Marcos se pone despacio en pie, David igualmente y así uno a uno. De un lado *El Anciano* y Sueñosreales; del otro el Grupo de los Diecinueve Jóvenes, y Abbila que justo estaba allí. Ella dice:

—No deseo tanto ser *guardiana*, como para hacerlo de esta forma. ¿No...

—¡Ja! —interrumpe Sueñosreales— ¡Míralos! No saben que

hacer...

—Sé perfectamente que hacer —dice Marcos—. No tengo porqué tener dos *objetos especiales*.

Se dirige a Abbila e intentándole colocar *el collar cambiante de color*, este no se acerca a su cuerpo.

—Hay que esperar un poco —dice Sueñosreales—, lo correcto, primero: ¿Es cobarde?

—*A bueno...* —dice Juan— *lo que faltaba*.

—No soy cobarde —dice Marcos enojado—. Me pregunto si ustedes son sabios o no.

—¡Marcos! ¡Que decís! —le murmura Mónica.

Y al decir esto se concentra con todas sus fuerzas, se la observa estática respirando suavemente con mirada fija en Marcos, y pendiente de todos los compañeros, esperara como si fuera a explotar algo, para protegerlos. En un abrir y cerrar de ojos Verónica está tras Sueñosreales, al tiempo que Noemí aunque sintiéndose más fuerte que nunca, apenas logra disipar el manto de irrealidad con el cual Sueñosreales ha rodeado. Sueñosreales hace un profundo suspiro, con mirada desafiante mira a los jóvenes hace un gesto de negación, deja de afectar a las mentes. Los jóvenes para nada están nerviosos y una profunda concentración los invade, David está muy atento. Crujidos de madera se escuchan entre los árboles.

—¿Qué opinas Abbila de todo esto? —Le pregunta *El Anciano*, el cual da la impresión comenzó en ese momento a brillar tenuemente.

—Mi respuesta es a la paz —dice Abbila—. No comprendo porqué le preguntó el Señor Sueñosreales con respecto de si es cobarde a Marcos. Por favor, le pido si es posible aclarar el porqué para evitar malos sentimientos.

Sueñosreales sonríe, mira a *El Anciano*, ambos se miran.

—¿Responde sin preguntar a sus superiores? —dice Sueñosreales con ironía.

—Espero no molestarlos a ustedes —dice Abbila—, me gustaría poder comprenderlos, y por ello realicé mi pregunta.

—Son fuertes juntos —dice *El Anciano*, añade:— Tememos dañemos a alguno sin querer, no me lo perdonaría nunca.

—¿No se perdonaría el dañarnos, o el dañarnos sin querer? —
Le pregunta Mateos.

—¡Ja! Cristian, que opina de estos versos —le dice Sueños-
reales:—

Vientos antiguos se reunieron,
llevan voces de distintas tierras,
desean transmitir las a nuevos,
y se preguntan: ¿Dignos serán
al pasar de los tiempos?

Cristian—:

¿Hay que ser digno a cambio de respuestas?
El ave levanta vuelo, y el viento nada le pregunta.
Él sopla a donde le lleva su ausencia.
Aunque a veces tornados se forman,
entre distintos vientos, todo continúa.
¿Por temor los antiguos callarán?
No, pero temerosa es su búsqueda
de aquellos a quienes enseñarán.

Sueñosreales—:

Los jóvenes no se inclinaron a recoger oro,
siguieron a firme paso el camino,
hablan de la ética, el bien, y el honor.
Pero ¿cómo ver más allá del tiempo?
Cuando difícil se vuelve el entorno
¿se extraviará o no, el corazón?

El Anciano—:

Cuando los maestros no miren
¿Cómo se comportarán los alumnos?
¿Y si nadie puede enseñarles,
tan sólo mostrar un camino?
Podríamos respuestas darles,
pero aquí estamos para mostrarles,
más que respuestas, un rumbo.

Cristian—:

Estos jóvenes aman a las virtudes,
si uno se apartare de ellas,
los otros, lo volverán a la belleza.

Mientras las soledades no nos agobien,
imposible perezcan, aún pese a larga agonía,
nuestras almas volviéndose oscuras;
y aún, si la compañía está lejana:
¡Nuestras buenas causas nos acompañan!
La memoria del bien nunca se nos apaga.

Sueñosreales—:

Largos son mis días, y más los del *Anciano*.
Hemos oído semejantes palabras,
y en algunos que no las cumplieron.
Por algún gran dolor se amargan almas,
por carecer de fuerte honor,
o por temer a la perversa soledad...
Se volvieron malos algunos caminos,
algunos se confunden... ¡Qué pena!
pensamientos y palabras dignas,
dejándose en olvido.

El Anciano—:

Nos preocupamos porque conocemos,
no nos confiamos, hasta estar seguros.
Y aún entonces dejamos alguna duda,
para mantenernos alertas en el tiempo.
No vengan tropiezos, ni las almas se duelan
por haberse extraviado los corazones.
Creemos que son dignos,
pero si lo serán siempre, no lo sabemos.

—*Este...*—interrumpe Juan. Adelantándosele a que Cristian responda—. Lamento romperles la rima, pero... ¿Podemos hablar claro? Si puede ser...

—No se preocupen —Dice *El Anciano*—, no los atacaremos, tan sólo quisimos probarlos nuevamente. Abbila sólo había sido probada en sueños. Felicitaciones Abbila. Tu amabilidad y templanza, sospecho, te será útil siempre, es algo muy bueno ser amable y tener dominio propio. Ahora pónganse cómodos por favor...

Lo hicimos, confiamos, era más conveniente confiar que no; aunque lo sucedido, dio una pizca de desconfianza. Y continuó

El Anciano relatando explicaciones e historias con mirada cordial. No sin antes volver a estar rodeados nuevamente, por una especie de noche provocada por Sueñosreales. *El Anciano* dijo:

—*Escuchen en silencio, luego hablen, les explicaré algunas cosas. Desde remotos tiempos los guardianes de las puertas intentan conservar a las mismas; algunos como ya saben intentan destruirlas, o destruir lo relacionado con ellas. Estas conexiones entre los mundos no sólo nos llevan de un lugar a otro para disfrutar bellezas, algo que por sí ya justifica su razón de ser. También es aquello que mantiene en vida a los guardianes, cuando pasan sus cuerpos se reactivan, frena por años el envejecimiento, pero esto no es lo más importante, aunque para algunos sí lo sea. No hay que perder la verdadera meta, la de un guardián no es por un fin egoísta de perdurar su vida. Hay mundos que comparten conocimientos, he incluso solucionan problemas compartiendo su ciencia con otros. Los que desean caigan las puertas en olvido, tienen también sus razones. Por ejemplo ustedes ya no son los mismos que eran antes, existe el temor, trastornen mundos o civilizaciones enteras, de hecho guardianes han tenido que pelear contra guardianes, y son más los fallecidos por los mismos guardianes que por aquellos señores del olvido, estos últimos en realidad poco es lo que pueden hacer. Perdieron cuando se hicieron los objetos especiales hace mucho tiempo.*

Aquel que los atacó a ustedes es un antiguo guardián de las puertas, puede transformar a otros, es algo muy extraño lo que puede realizar, modifica la materia temporalmente, aunque únicamente por ahora en aquellos perros-lobos que vieron, y dos o tres especies más. Hace esto o convertir en cenizas lo que alcanzan sus rayos. Si están mucho tiempo convertidos, los convertidos, luego pierden su consciencia y se vuelven lo transformado. Tuvieron previsible suerte de que un antiguo guardián de fuego los salvara, uno de ustedes lo ha visto.

Aún les contaré más de aquel que los atacó y sigue vivo: Lamentablemente, vio como pueblos enteros morían para poder conseguir un objeto especial, un tirano; al cual él le dio merecido fin. Pero lo que vio, fue herida en su alma por siempre, oca-

sionándole dudas. Recuperó muchos objetos especiales para entregarlos durante siglos, hasta que cambió de bando, fue al tener que vencer en batalla a su compañera de miles de años, y todo por una simple diferencia filosófica sobre el bien y el mal, de la cual no pudieron ponerse de acuerdo, dejando decidiera el destino estando cada uno en bandos opuestos... Fue terrible, su amada, no resistió, no queriendo ser derrotada combatió contra él hasta morir. Pero esa es una historia que la sabrán completa, tal vez algún día en todos sus detalles, está escrita. Me da tristeza, y causa temor entre los jóvenes guardianes. No obstante, espero comprendan el porqué de tantas pruebas que les hemos realizado, no queremos se repita algo así que no deja de ocasionar dolor y problemas...

Hay algunas esferas donde muchos conocen de las puertas, de hecho en este mundo todos conocen de ellas, pero en el suyo no es así, porque la mayoría destruye lo que no comprenden.

Del mundo del cual vienen han sido destruidas tres puertas, éstas, estaban como la que han atravesado: prácticamente abandonadas a su suerte. Sueñosreales, yo, y guardianes amigos hemos decidido a último momento sean todo un grupo que al menos cuiden por siempre la puerta por la cual han pasado, y la otra que hay... también. Si una puerta dejara de estar allí, no sería bueno para su mundo, pues quedaría alejado del resto. Su mundo nunca estuvo solo, es bueno nadie este solo. La maldad suele generarse por fines egoístas, o por estar alejados de otros que siguen el bien.

Los guardianes disfrutamos de las bellezas de los mundos, y también trabajamos fuertemente para su bien, y no nos gusta ir quedando cada vez menos.

Aquel rey que se cruzaron, vino a reunirse conmigo. Intenta vencer a un tirano, espero algún día posea paz en su tierra y pueda recorrer mucho ampliando su sabiduría para volverse un líder; tiene talento para ello.

Posee un reino y pequeños reinos unidos a él, formados por bravos valientes, menos todo el resto de los reinos en su esfera que están en su contra, por no importarles ninguna ley... pero las leyes son necesarias para vivir en paz... Sueñosreales me

contó entre otras cosas, que hasta ustedes se han comentado algunas normas ¡imagínense una esfera sin ellas! Si estos reinos sin leyes son vencedores, solo traerá sufrimiento, porque es lo que trae el reinar por la fuerza sin buena ley: sufrimiento.

Un guardián, un día fue a aquel mundo, recorrió muchos reinos hasta dar con este rey, un rey justo. Ese guardián está dentro de los pocos que murieron de ancianos, pues, no aceptaba atravesar la puerta hasta no encontrar un justo allí. No concebía que no fuera capaz de encontrar al menos a uno acorde. Gracias a Dios, lo halló en sus últimos días, sino, hubiera sido otra historia muy triste. Este rey, ahora es guardián y lucha en contra de aquellos que reinan con el terror, obviamente recibe nuestra ayuda y protege además la puerta en tal esfera. Aunque mucho no podemos intervenir por ahora en su esfera, damos concejos, información muy útil, y alguna ayuda extra espero se le pueda brindar pronto.

Escuchen... esto de las puertas se remonta a una edad tan lejana que sólo conocemos una leyenda del inicio, aquella que les he contado. Es muy importante que algunos mundos no queden desconectados.

En lejana galaxia, una raza de conquistadores, luego de conquistar todo su planeta se dedicó a conquistar otros, conquistando así mucho de una galaxia. De hecho, hay una gran batalla que no se sabe hasta dónde llegará y que nos tiene muy preocupados y hasta incluso ocasionó unas bajas, porque quisieron conquistar puertas. El problema es que lejos de ser malvados son todo lo contrario, pero son conquistadores. Para peor hay grandes discusiones al respecto de aquellos, entre los guardianes. Conquistaban regalando cosas, adeudando así a todos, una forma muy sutil de conquista. Lástima que donde comenzó este problema no había ninguna puerta, y ningún guardián sospechando qué ocurriría ¿Qué pasaría si no dejan de conquistar? ¡Entérense un poco de lo que pasa en el universo! ¿Ustedes pensaban que estaban solos?

Hay otro conflicto, entre los que desean el olvido y los que no. Mejor dicho de aquellos que desean tener en su poder las puertas que les conviene y destruir las que no, para ellos así

controlar a su forma, que no es tan especial como la de estos conquistadores que recién les dije. Desean ser ellos los más importantes y luego el resto del universo. Tal vez podría ser admisible no se conectarán los mundos, pese al riesgo de no saber qué se está gestando, o no poder ayudar, como así tampoco el contemplar sus bellezas. Pero aquel que tiene el liderazgo entre los señores del olvido, en realidad, aunque lo niega: desea hacer lo que quiera sin que nadie se le oponga. Obvio que no puede, porque nosotros hacemos solo lo que juzgamos en libertad, correcto. Asimismo los que desean que no existan las puertas y los objetos especiales, se han aliado con ellos.

Entonces Sueñosreales, sabiendo otras dudas de los jóvenes, continúa:

—¿Cómo saber que somos el bando correcto? Buscamos únicamente personas morales con la capacidad de ustedes, que no se acobardaron a sus superiores enfrentándonos cuando mostramos un comportamiento inadecuado. De hecho, si no lo hubieran hecho así, ahora no estaríamos hablando de lo que estamos hablando. Se podría decir superaron nuestras primeras expectativas ¡felicitaciones! Los *guardianes* deben defender la verdad, incluso si alguno de nosotros se revela extraviándose, provocando mal en lugar de bien, no hay un jefe, hay *líderes* y cada uno es responsable de sus actos y dará cuentas de ello. Pero recuerden: las luchas son el último recurso, primero hay que saber si no se está equivocado. Entre nosotros valoramos más una pelea en diálogo ganada, que una de facultades, porque la verdadera fuerza es la de la sabiduría, cuidado: no charlatanería. Cuando gana la sabiduría hay mejores resultados ¿obvio no?

¿Quién es el mayor *líder*? El de mayor sabiduría y honor. Hay algunos que su honor es mayor que su sabiduría estos son prestigiosos, hasta incluso admirados, pero no son los más consultados y por consiguiente no son, podría decirse los mayores líderes. Luego hay algunos sabios, pero no todo es simplemente pensar.

Sí, bien lo has notado Cristian, Sueñosreales está entre los de mayor honor, *El Anciano* entre los de mayor sabiduría y honor. Los dos peleamos, aunque quien habla peleó las batallas más bravas. Pero si *El Anciano* posee una opinión contraria a mí, no

actúo antes de llegar juntos a una misma decisión; porque a pesar de que soy sabio, *El Anciano* lo es más, y muchas veces me di cuenta gracias a él que estaba equivocado, o mis decisiones no eran tan buenas como las suyas. Una vez discutimos sabiamente algo así como poco más de un año entero de ustedes, sobre un tema muy importante en que no estábamos de acuerdo, largas horas cada día y noche, pero al fin me di cuenta que era mejor la decisión de *El Anciano* que la mía. Decisión muy difícil por cierto. Algún día espero poderles contar esa larga historia... sepan entonces, más importante que la fuerza es la sabiduría —Dice Sueñosreales.

—*Gracias* —dice *El Anciano* y continúa relatando historias —: *Hay un mundo lejano donde todos viven en bosques, bosques con millares de hermosas distintas flores... son personas muy sabias y precavidas, en un momento decidieron no avanzar más en su ciencia, sepultaron armas y cuidan ahora el bosque, este es más valioso que el oro para ellos. Poseen distintas creencias, se respetan y fue su respeto lo que los llevó a feliz final, pues ahora todos en aquel mundo, viven felices. Aprendan: El respeto.*

Otro lugar hay, en donde aún pelean con espadas; muy parecido a vuestro mundo hace años. Pero tanto pelean, que sólo resplandece su carencia: La paz. Y así continúan desde que he sabido de ellos, y es curioso no les interesa la mayoría de los adelantos tecnológicos que hacen que las civilizaciones se modernicen.

Uno de mis preferidos es la esfera de agua, sólo hay roca y arena en el centro. Aprendieron a aceptar la existencia de un sol, por sentir su calor apenas perceptible ¡Y nunca lo vieron! Pues viven los seres en una ciudad submarina, tal vez hundida hace muchos años. Aparentemente, es el resto de antiguo mundo, o colonia olvidada. El agua continuamente hierve en la superficie y notaron pequeña tibieza en lo alto de su cúpula transparente. Aprendan: A observar aun sin ver, con el razonamiento.

Hay un mundo donde pelean muchos señores del olvido y guardianes; un mundo lleno de puertas donde estas no se destruyen. Esa esfera es muy rara, algunos dicen allí comenzó todo.

Allí, se buscan objetos, reina en esa esfera el caos, juntándose, criaturas de mundos distintos. Sólo van por propia voluntad los fuertes y nunca solos, pues hay muchos peligros... Esto se los digo, porque deben saberlo. Por si acaso alguno apareciera ahí...

—En general, las *puertas* no dejan pasar seres demasiados ajenos al lugar donde desean ir —Interrumpe Sueñosreales—. Es muy importante poseer un *objeto especial*, para no terminar perdido. Donde generalmente van muchos al atravesar las *puertas* sin *objetos especiales*, es a aquel mundo, el *mundo del caos*. También van allí algunos que iban a algún lugar donde una *puerta* ha sido destruida y no pueden llegar.

—Así es —dice *El Anciano*—, igualmente algunos *guardianes* como ser Sueñosreales y yo, podemos comunicarnos con la inteligencia de las *puertas*, para marcar un final de recorrido al *viajero*.

—Veía *aves de fuego* en mi mundo y aquí no veo ninguna —dice Marcos.

—Aquello que así llamas —dice *El Anciano*—, se sospecha son *antiguos guardianes*, no están de ningún bando, aunque protegen. Y al hacerlo nos agradan. Parece ser vienen de una esfera muy próxima a una gran estrella, donde no se puede llegar. Viajan sin usar las *puertas*, atraídos a lugares hostiles cuando una *puerta* es destruida o va a serlo. En ocasiones, suelen estar cerca de *los objetos especiales*. Suelen proteger a los novatos como ustedes, si les notan corazón inclinado al bien, de aquellos que *desean el olvido* u de otros seres. Si no son personas de bien, pueden consumirlos en llamas si pueden, quedándose cerca de los *objetos especiales*. Aparecen, desaparecen, a veces no intervienen... son seres inteligentes y misteriosos, con los cuales actualmente, que sepa, ningún *guardián* puede comunicarse en diálogo con ellos. Sospecho, han perdido a través de los tiempos su facultad de comunicarse, incluso sus vidas... Aunque viven, creemos reaccionan como máquinas programadas, las cuales realizan ecuaciones lógicas en sus mentes, siendo esa su inteligencia, hacen a veces más mal que bien. Hasta incluso son inseparables los jinetes de las aves. Se acercan o se alejan, incendiando o no...

Sí, confunden... Luego no sabemos, cómo es que saben tanto, por ejemplo eso de proteger a los novatos. Eso nos llevó a pensar a algunos, que por sobre los guardianes, hay guardianes.

De esta forma se habló, extendiendo lo ya dicho, como una hora, hasta que *Él Anciano* comenzó a finalizar el dialogo. Diciendo:

—A esta esfera solemos venir a reunirnos, enseñar, y a descansar, pues aquí estamos seguros, en paz. Ahora deberán aprender un poco por si mismos, pues si les enseñáramos lo más sencillo, únicamente les quedará lo complejo para continuar con su comienzo. Mejor será aprendan a aprender solos.

Pero antes, hubo muchas preguntas de los jóvenes y respuestas que no respondió ni *El Anciano* ni Sueñosreales. En realidad respondían mucho de formas tales como: “Eso lo sabrán a su debido tiempo”; “Aquello lo deben decidir ustedes”; “Cualquier duda importante, ya les enseñaremos como comunicarse”; “Por ahora les aconsejo intenten no involucrarse en cosas importantes o que les resulten raras”; “Contemplan mucho para adquirir sabiduría”.

—Ustedes deben también marcharse —dijo *El Anciano* antes de saludar para irse—, algunos ni siquiera saben lo que son capaces de hacer. A partir de ahora, por su bien y el de indefensos, no deberán nunca enojarse e intenten no dañar a alguien o algo. Es un misterio... pero un segundo es casi nada de tiempo, y a su vez puede estar en un segundo decisiones enteras, destinos que marcarán siglos o aún más. No estén ansiosos ni apresurados. Y tampoco pierdan el tiempo.

Y esto fue lo último que dijo, para saludar y retirarse.

Abbila ese mismo día también fue *guardiana*. Estaba muy emocionada, Sueñosreales suspendió *el collar cambiante de color* en el aire, se volvió en su parte posterior como de pequeños diamantes y le dio un pinchacito a Abbila, al rato de tenerlo en su cuello. Sueñosreales dijo:

—Ya descubrirá sola que facultades le dará. Estos *objetos* surman o restan pequeños cambios genéticos en los *guardianes*, y al poco tiempo le acrecientan habilidades. Poco podemos decir o enseñar al respecto. Salvo... transmitir experiencia el que posea

las mismas habilidades, y recomendar una y otra vez, hagan lo correcto y no actúen apresuradamente.

—¿Entonces a mí podrás enseñarme? —Le dijo Noemí, presente como el resto mientras le hablaba a Abbila. A lo cual Sueñosreales asintió no muy entusiasmado. Al poco tiempo, horas, de estar ambos aparentemente en silencio sentados uno delante de otro, Noemí les contó a sus compañeros:

—Me enseñó muchas cosas, lo más impactante es la irrealidad del tiempo, pues en un rato, en nuestras mentes, estuvimos muchos días, incluso no sé si hasta un mes. Me dio muchos consejos, de los cuales ya les contaré. Me enseñó realmente mucho, incluso me mostró algunos de sus recuerdos.

Regresaron nuevamente los de túnicas blancas, Abbila ya no estaba, se despidió contenta, no sin ratificar su promesa realizada a Marcos, pidiéndole disculpas a Mónica por su atrevimiento.

De esta forma se pasó otra noche, al día siguiente se regresaría, pues verdaderamente se había demorado mucho. Se pidió a Marcos diga las últimas palabras del día, se puso de pie, de espaldas a la fogata en el medio de la aldea, dijo:

—Espero estemos bien. Actuemos bien, y así continuemos siempre. Por favor, cada pequeño problema hablemoslo; así no se hace peor. Estoy seguro hicimos bien en atravesar la puerta, y no nos arrepentiremos.

David, en aquel mundo distante, elevó una corta oración a Jehová, para que así fuera. Cristian unos versos, y cada uno se marchó a descansar o meditar en silencio.

Al emerger la claridad de la estrella más cercana que alumbra allí, se volvería a reunir para marchar atravesando *la puerta* a la Tierra.

13

DE REGRESO

Al amanecer, el grupo va a regresar atravesando *la puerta*, acompaña hasta esta Sueñosreales. Con considerable silencio se recorre el camino de regreso. Se descubre en Sueñosreales un cambio de ánimo, se lo nota enojado y no dice el motivo.

Sueñosreales saluda ¡dando un abrazo a cada uno! Actitud que sorprende, porque él suele saludar siempre con una leve reverencia, o levantando una mano a metros de distancia.

Marcos está por atravesar *la puerta* cuando Cristian dice:

—Esperen un momento ¿Sueñosreales, hay algo que te preocupe?

—El ser Sueñosreales —responde.

A lo cual todos se quedan mirándolo.

Marcos sabe que Sueñosreales escucha los pensamientos, tal es así que comienza a hablar sin pensar, o mejor dicho hablando lo que piensa en el mismo momento en que lo piensa, cosa que a veces hace, y en general es un error.

—¿Cómo podemos confiar en ti? —dice Marcos.

—La verdad, me da igual confíen en mí o no —dice Sueñosreales.

—Es mentira —afirma Noemí.

—No cruzaremos la *puerta* hasta que te alejes —dice Marcos.

—Justamente vine, para que no se pierdan y vuelvan seguros —dice Sueñosreales, dándose cuenta de que todos dudan de él, lo cual le molesta en gran manera, porque tienen razón.

—¿Qué opinas de la mentira y la amistad? —le pregunta Mateos.

—¡Ja! ¿Ahora debo darles explicaciones a ustedes? Se nota que son humanos... —dice Sueñosreales.

—Se te nota estás aquí, con nosotros, sin quererlo —dice Carla.

—No dispongo ahora de tiempo para charlas, deseo irme a arreglar unos asuntos... —dice Sueñosreales. Hace una pausa pensativo y continua:— Saben, tengo honor y no miento ni omito. Pero esto tal vez me cueste perder la confianza de otros en mí. ¿Contradictorio no?

—Indudablemente —dice Marcos.

—Me dijeron no les diga nada antes de atravesar la *puerta*. Acá recién empieza todo, están en el principio de su historia —dice Sueñosreales.

Observa al grupo que lo mira con miedo. Sueñosreales vuelve a hacer una pausa y continúa diciendo:

—Por ello estoy molesto, porque luego de un debate que duró toda la noche, llegamos los *guardianes* que intervenimos en mucho para que ustedes lo sean. A la decisión que no me gustó, de que los haga ir a mundos lejanos en pequeños grupos, apenas cuidándolos algunos guardianes de a ratos. La verdad que en estos tiempos la situación es complicada. Hay muchas cuestiones para estar atento...

—¿Por qué? —pregunta Marcos preocupado.

—Muchos motivos distintos con movimientos de civilizaciones y líderes, líderes que no son precisamente *guardianes* y en algunos casos cuesta saber si son con buenas o malas intenciones, o en que terminarán. Con respecto a ustedes, ocurre, son *nuevos guardianes*, y juntos los diecinueve son muy fuertes. Pa-

recería que los *objetos especiales* actuaron como si pensarán estar siempre juntos... extraño... En fin, no hay tiempo ya... El problema es no podemos enseñarles, porque tenemos otras cosas que hacer, además enseñarles a ser *guardianes* un poco va en contra de nuestros principios... si hacen las cosas bien, estarán bien. Hasta ahora vienen haciendo las cosas muy bien, tanto que hemos venido los dos más importantes a su encuentro, esto dará que hablar en la *comunidad*...

—¿Nos temen? —pregunta Sonia.

—No, no; no es eso —dice Sueñosreales—. Deseamos ver como actúan no estando juntos, porque juntos le sería fácil, y tal vez no sean tal cual son. En realidad, muchas veces no estarán diecinueve *guardianes* enfrentando problemas, sino sólo uno, dos o pocos de vosotros, lamento decirles... pero eso es lo que suele ocurrir. Aunque tal vez si estén todos juntos en un futuro, eso resta por verse, depende de los destinos. Sean sus actos buenos siempre.

—Comprendo, siguen las pruebas —dice Marcos.

—En parte sí, en parte sería bueno ayudaran un poco al tiempo de que crecen en sabiduría. Igualmente créanme, lo disfrutarán si saben hacer las cosas bien; pues irán a lugares acordes y extremadamente hermosos para cada uno de ustedes. No será largo tiempo y aprenderán. Ustedes, vuestros nombres no dudo tendrán fama, pero, intentemos sean merecedores de ella, realicen actos dignos. Comprendan...

—Además esa *puerta* por la cual vinimos —dice Mónica—, corre más peligro por nosotros que por otros, pues si hablamos de ella...

—Así es, de todas estas cuestiones estuvimos debatiendo. Son muy nuevos. Además deseamos a su regreso enseñarles *El Anciano* principalmente, y yo, sobre el comportamiento que tuvieron frente a situaciones y entre ustedes, al verse en mundos distintos. Es así como se acostumbra enseñar entre nosotros... No hay un “colegio de guardianes”. Mi tarea, será observarlos en largos sueños míos, para lo cual quedaré en esta esfera. Hablaré con ustedes de ser muy necesario, si estuvieran por cometer, en mi opinión, un grave error. Se supone no debían saberlo, pero se

lo tanto que se preocupan. El problema es, no puedo estar pendiente de los diecinueve al mismo tiempo y todo lo que les pasa al detalle alrededor, pero sinceramente, confié, harán las cosas bien. —Dijo Sueñosreales, y dirigió una cálida sonrisa, dando a entender que hasta ahí había llegado la conversación.

Algunos estaban a punto de llorar. Estaba claro, la respuesta a ¿no volveremos a nuestros hogares? en cada uno, y para peor separados. Marcos tomó de la mano a Mónica, no deja de murmurar:

—“Por favor no nos separes... Con ella... quiero estar con ella... Te pido sólo eso...”

Da un paso hacia la *puerta*, le suelta la mano a Mónica, y en silencio se desvenase al avanzar como atravesando la *puerta*.

Rápidamente uno a uno atravesó *la puerta*. El último en pasar fue Miguel, pues quiso decir antes de pasar por ella, aunque sabía le convenía callar:

—Desconfío, hasta no me demuestren lo contrario, de ustedes dos. Pero muchas opciones no tenemos.

Y también atravesó la *puerta*. Sueñosreales estaba profundamente concentrado y nada respondió.

Luego, a los minutos, vino *El Anciano*. Quedándose también en silencio al lado de Sueñosreales hasta que este pensativo dijo:

—Ya están bien encaminados todos. ¡Ja! Deseo ver la cara de Marcos y su novia cuando los reciban el rey que antes vieron, con caballeros levantando espadas, y a lo lejos el sonido de los cantos... No hubieran dudado ni un segundo en ir. Marcos se hubiera lanzado si supiera. Allá los espera toda una aventura en la cual suponemos triunfarán, y a los otros... Espero estén todos bien.

—Si así es. Lamento haber influido tanto para que tomaras la decisión de separarlos sin decirles nada. No importa lo hayas hecho así. Es más, me alegro no hayas mentido; nunca pretendió alguien lo hicieras, ni se duda que eres el de mayor honor. Es difícil guardarles secretos a estos chicos. También les hubiera dicho la verdad, parece tienden a descubrirla solos, poseen algo en especial, especialmente juntos. Sí... estarán bien, aprendiendo, sacando confianza de sí mismos, y disfrutando de conocer leja-

nos mundos, aunque ahora estén apenados. Te lo repito... al volver a estar juntos, relatándose sus historias, habrán aprovechado más al mismo tiempo. Aprendido así cada uno por diecinueve.

—¡Ja! No lo dudo. Hazme un favor... que Abbila le deje junto con otro *guardían*, algún presente en forma de señal de que están bien, en cada uno de los hogares de los chicos. Pensé en una piedra que brilla de noche... *una lágrima de luz* y unas monedas de oro... a los humanos siempre les gustan. Escuché dijeron una media mentira de que habían encontrado algo. Así saben que están bien. Ya sabe... son humanos se preocupan mucho por lo que piensan los demás y en la ausencia —Dijo Sueñosreales, a lo cual *El Anciano* asintió y dijo:

—Será hecho, pero le está hagarrando mucho cariño a este grupo, cuidado. Recuerda que para los guardianes no existe familia, sino hermanos de lucha. Cualquier cosa que te ocurra no dudes hablarle a tu mejor amigo. —Apoya *El Anciano* la mano en el hombre de Sueñosreales, y se aleja sin esperar respuesta alguna.

Sueñosreales dirige una mirada hacia las estrellas, sabiendo que están, aun sin verlas de día. Dice antes de alejarse, unos versos a fuerte voz—:

Allí van los que quieren hacer algo distinto,
a cumplir sus deseos, en lejanos lugares.
Cosas nuevas rodearán y tomarán decisiones
avanzando siempre con paso recto.

Aprenderán, dejando...
¡Seguramente! huellas de bien.
Siendo al poco tiempo,
concedores de antiguos rumbos.

No lo dudo; saldrán victoriosos,
son buenos, fuertes vencedores.
¡No dejarán virtudes en olvido!
¡El grupo de los diecinueve jóvenes!

Javier R. Cinacchi

En ningún momento les olvidaré.
Estaré atento, estarán siendo,
ricos por dentro. ¡Éxitos,
y buenos caminos por siempre!

